

**Los espejos y espejismos de la democracia y
el colapso de un sistema de partidos
Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada**

(Versión preliminar de discusión)

Martín Tanaka
Doctorado en Ciencias Sociales
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FLACSO - Sede Académica de México
tanaka@servidor.unam.mx
Instituto de Estudios Peruanos (IEP)
mtanaka@iep.org.pe

Prepared for delivery at the 1997 meeting of the
Latin American Studies Association
Continental Plaza Hotel, Guadalajara, Mexico, April 17-19, 1997

Introducción¹

En este texto, analizamos el colapso del sistema de partidos en el Perú, a la luz del examen del período 1980-1995. Sostenemos que el sistema de partidos en el Perú logró cumplir con criterios mínimos de representatividad en su desempeño a lo largo de los años ochenta, logrando expresar las preferencias electorales, las demandas de los principales grupos de interés y movimientos sociales, y estructurando la disputa política dentro de los márgenes del pacto establecido en la Constitución de 1979. Mal que bien, el sistema de partidos era el espejo en el que se veía reflejada la sociedad en el ámbito político. La racionalidad de la acción de los actores partidarios en este período se entiende en base a una lógica que llamamos *electoral-movimientista*, que combina la actuación en la arena electoral, la intra-partidaria, la de los grupos de interés y movimientos sociales, bajo las restricciones que impone la arena de las políticas públicas.

En el contexto del proceso electoral de 1989-1990, que coincide con el momento crucial del agotamiento del modelo “Estado-céntrico” dentro del cual se había ubicado el Perú en las últimas décadas, los partidos y la lógica con la que actuaban se descolocan relativamente, al desatender la arena de la opinión pública, de creciente importancia desde entonces. Ello permite la sorprendente llegada a la presidencia de Alberto Fujimori, un *outsider* con un fuerte discurso anti-partido y anti-institucional, quien encabeza con éxito el paso hacia un nuevo modelo más orientado hacia el mercado. En el marco de estos cambios estructurales, se produce un enfrentamiento entre Fujimori y el sistema de partidos, que gana el primero en la medida en que logra expresar mejor los cambios y la nueva situación del país; la lógica con la que habían funcionado con relativo éxito los partidos en los ochenta va quedando progresivamente atrás, y se abre paso una lógica que llamamos *electoral-mediática*, en la que la representación se juega crecientemente en la arena de la opinión pública. Los partidos quedan presos de *espejismos*, de imágenes sobre la lógica de la representación que ya no correspondían a los nuevos momentos.

En el contexto regional, el Perú se distingue de casos como el de Bolivia desde Paz Estensoro, Argentina con Menem o Brasil con Cardoso, porque el cambio de modelo es encabezado por un *outsider* enfrentado a los partidos, que lleva a que éste

¹ El presente texto es una versión preliminar de discusión de las ideas que defenderemos en la tesis doctoral que próximamente presentaremos en la FLACSO - México; por ello, todos los comentarios son bienvenidos. Tengo demasiados agradecimientos que hacer para un texto no acabado, pero me siento obligado a mencionar a todas estas personas (omitiendo injustamente a algunas para no hacer esta lista excesivamente larga), que me han ayudado a desarrollar estas ideas: Marcelo Cavarozzi, Soledad Loaeza, Julio Cotler, Nicolás Lynch (quien compartió generosamente información conmigo de la investigación que realiza sobre el mismo tema), Guillermo Rochabrún, Romeo Grompone, Henry Pease, Catherine Conaghan, Cynthia Sanborn, Maxwell Cameron, Kurt Weyland, Susan Stokes, Julio Carrión, Carlos Iván Degregori, César Martinelli, Silvio Rendón y Daniel del Castillo. Tengo que agradecer también a instituciones como FLACSO México, el Centro de Estudios Latinoamericanos de Universidad de Georgetown, el Instituto de Estudios Peruanos, el Instituto de Diálogo y Propuestas, y la Facultad de Ciencias Sociales de Universidad Católica del Perú, por darme estimulantes espacios para discutir estas ideas. Obviamente las limitaciones del texto son atribuibles exclusivamente al autor.

cambio no implique la reconversión de las identidades partidarias, sino su liquidación. De otro lado, el éxito de Fujimori en encabezar el cambio de modelo es el elemento que explica su diferencia de otros *outsiders* que se enfrentaron al Congreso y al sistema de partidos, y fracasaron: Collor en Brasil, Serrano Elías en Guatemala, y más recientemente, Bucaram en Ecuador.

El texto termina con unas breves conclusiones que a nuestro juicio deja el caso peruano para la discusión sobre los problemas de la democracia y su difícil proceso de consolidación en la región.

El tema y el problema a explicar, en perspectiva comparada

En Perú (1980), Bolivia (1982), Argentina (1983) y Brasil (1985) vivimos el tránsito a la democracia, después de muchos años de dictaduras militares, en el contexto de una “oleada democratizadora” que involucró a muchos más países del continente. Los nuevos regímenes políticos nacían en medio de grandes expectativas, poniendo fin a gobiernos militares represivos y cada vez más incapaces de expresar políticamente a sociedades crecientemente plurales y activas, y de encontrar la fórmula que permitiera manejar con éxito economías en crisis en medio de un entorno internacional altamente cambiante.

Los nuevos gobiernos democráticos enfrentaron rápidamente un dilema: de un lado, la necesidad de legitimar al nuevo régimen con políticas distributivas y de crecimiento, pero del otro, simultáneamente, crecientes restricciones externas que por el contrario ponen énfasis en la necesidad de realizar ajustes y estabilizar la actividad económica². Los ochenta son pues años de tránsito, de indefinición, y por lo mismo, de incertidumbre respecto al rumbo a seguir. En países como Perú durante Fernando Belaúnde (1980-1985), o Ecuador durante Febres Cordero (1984-1988) se intentaron sin éxito programas de carácter ortodoxo para enfrentar este dilema; se trata de intentos fracasados que se suman a otros ya intentados por los gobiernos militares en esos y en otros países desde la década anterior³.

La ineficacia de los programas ortodoxos llevó a que en algunos países se intentaran políticas alternativas. Tanto durante los gobiernos de Siles Suazo en Bolivia (1982-1985), Alfonsín en Argentina (1983-1989) con el plan “Austral”, García en Perú (1985-1990) con el plan “Inti”, y Sarney en Brasil (1985-1990) con el plan “Cruzado”, se intentaron políticas que salvo en el caso boliviano, mostraron éxitos importantes en el corto plazo. Sin embargo, todos los gobiernos mencionados terminaron en traumáticas experiencias hiperinflacionarias, o muy cercanas a ellas (ver cuadro 1 al final).

En estos cuatro casos, que son aquellos que vivieron más crudamente en América Latina la crisis en los años ochenta, el extremo desarreglo y la inestabilidad a la que se llegó cerró finalmente la posibilidad de ensayar alternativas y disciplinaron a sus

² La crisis internacional de la deuda estalló en agosto de 1982, al anunciar México que no podría atender sus obligaciones financieras externas.

³ Ver al respecto Conaghan, Malloy y Abugattás, 1990; y Conaghan y Malloy, 1994.

sociedades en torno a los rigores del ajuste y a políticas de reforma estructural orientadas hacia el mercado. Así, Paz Estensoro (1985-1989), Paz Zamora (1989-1993) y Sánchez de Lozada (1993-1997) en Bolivia, Menem (1989-1995, y 1995-1998) en Argentina, Fujimori (1990-1995 y 1995-2,000) en Perú y Franco (1992-1995) y Cardoso (1995-1998) en Brasil, expresan cada uno a su manera el fin de un modelo de desarrollo vigente durante varias décadas, organizado en torno a la centralidad política y económica del Estado, y el paso hacia un nuevo modelo constituido en base a otros actores, coaliciones, intereses, y una dinámica de funcionamiento distinta⁴.

En medio de estos profundos cambios, los sistemas de partidos en todos estos países atravesaron muy fuertes problemas, tensiones y desafíos, que se expresaron en altos índices de volatilidad electoral (especialmente en el caso de Brasil), desarrollo de liderazgos autoritarios (como en Argentina), aparición de liderazgos extrasistémicos (como en Bolivia), dramáticas “reconversiones” de las identidades tradicionales de algunos partidos históricos (como en Bolivia y Argentina), fraccionamiento de partidos (en los tres casos), entre otros fenómenos. Sin embargo, en medio de todo ello, los sistemas de partidos se mantuvieron en lo básico: evolucionaron, se transformaron, pero los actores principales de los sistemas de partidos de los ochenta lo siguen siendo en los noventa.

La continuidad básica de los protagonistas de los sistemas de partidos, en medio de las dificultades, puede verificarse en el conjunto de la región, incluso en el Ecuador, país con un extremadamente fragmentado y difícil sistema de partidos. Incluso algunos intentos de golpes o “auto-golpes” de Estado en los últimos años han fracasado (como en los casos de Venezuela o Guatemala con Serrano Elías), y en los casos en que se han registrado enfrentamientos críticos entre el poder ejecutivo y el legislativo, los desenlaces han favorecido a los partidos en el Congreso (como en los casos de Brasil con Collor y más recientemente, en Ecuador con Bucaram).

Así, en varios países de la región, pero como parte de una tendencia general que atraviesa a todo el conjunto, asistimos al progresivo agotamiento del modelo político articulado en torno a la centralidad del Estado, con lo cual se debilitan también los actores y las formas de vincular sociedad y política vinculadas a este modelo. Sostenemos que durante los años ochenta tuvimos un modelo de acción política que puede ser caracterizado como **electoral-movimientista**, en el cual la representación política se lograba por medio de una combinación no siempre fácil ciertamente, entre una lógica que buscaba maximizar votos en la competencia inter-partidaria, y otra lógica basada en la capacidad de movilizar y expresar las demandas e intereses de los principales grupos de interés y movimientos sociales. A lo largo de los noventa, creemos que asistimos al progresivo paso de este modelo a un modelo que caracterizamos como **electoral-mediático**, en el cual cobra creciente importancia el desempeño de los actores políticos en la arena de la **opinión pública**, en la cual se ventilan temas de naturaleza más amplia, global, que los intereses y demandas particulares de grupos de interés y movimientos sociales, con cada vez mayores dificultades para vincular su propia dinámica con la del conjunto de la sociedad. En

⁴ Ver al respecto, entre otros, Cavarozzi, 1996.

medio de estas transformaciones, los partidos políticos se enfrentan al reto de adaptarse al nuevo escenario político y, como hemos visto, lo han hecho con relativo éxito.

En este panorama regional, el caso peruano se ajusta gruesamente dentro de la tendencia que hemos descrito. Pero se aparta de ella en algunos aspectos decisivos, que justamente nos proponemos explicar:

- **sólo en el Perú el proceso de transición del orden Estado-céntrico al orientado hacia el mercado ha sido encabezado por un *outsider***
- **sólo en el Perú hay una interrupción “exitosa” del orden constitucional, en términos de que efectivamente recompone totalmente el orden precedente, con amplio apoyo interno, y se consolida posteriormente**
- **sólo en el Perú no hay evolución del sistema de partidos, sino la desaparición completa del vigente durante durante los ochenta, incluyendo a todos sus actores, sin excepción⁵. Un caso extremo de crisis de representación de los actores políticos ante la sociedad, que terminan optando por *outsiders* e “independientes”.**

(ver cuadro 2)

Es interesante que este colapso del sistema de partidos en su conjunto haya ocurrido en el Perú, un país con un sistema de partidos que podríamos caracterizar como altamente polarizado y competitivo. La lógica indicaría que un colapso de esta naturaleza sería más probable en sistemas políticos más “cerrados”, en los cuales no se percibiera demasiada diferencia entre las alternativas existentes, en países con sistemas políticos caracterizados como “partidocracias”, como en el caso de Venezuela y también el de Colombia. De otro lado, este colapso ocurrió en Perú y no en países con sistemas de partidos tanto o más fragmentados y caóticos, como los de Brasil o Ecuador. Justamente en ambos países, el sistema de partidos expresado en el Congreso logró imponerse en críticos enfrentamientos al poder ejecutivo, como en Brasil con Collor (1990-1992) y más recientemente en Ecuador con Bucaram.

Ubicados en el contexto particular del proceso político peruano, el curso de los acontecimientos a lo largo de la década de los noventa no hace sino reforzar la sorpresa y la necesidad de una explicación. En efecto, ubicados hacia fines de los años setenta e inicios de los ochenta, lo que encontramos son posibilidades históricamente inéditas de consolidar una democracia y un sistema de partidos representativo. Por primera vez en la historia, en el difícil contexto de la transición, en el Perú se establece una democracia sin exclusiones, plenamente inclusiva como nunca antes en la historia (al permitirse el voto analfabeto). El sistema electoral fue muy inclusivo, prácticamente no establecía barreras de entrada, y el sistema de asignación de escaños en el Congreso era cercano a la proporcionalidad perfecta. Al participar el APRA y los diversos grupos de izquierda marxista en el juego democrático, además, podría afirmarse que recién se jugaba en democracia el ciclo político signado por violencia y exclusión, iniciado en los años veinte, cuando Haya de la Torre y Mariátegui constituyeron esos movimientos, en lucha

⁵ En las últimas elecciones presidenciales de 1995, ninguno de los partidos que formaron el sistema de partidos en los ochenta (es decir, AP, PPC, APRA e IU) obtuvo más del 5% de los votos, por lo cual todos perdieron su registro ante el Jurado Nacional de Elecciones.

contra la oligarquía tradicional. Esta sociedad política se complementaba con una sociedad civil crecientemente activa y movilizadora, tanto del lado de los intereses empresariales como de los trabajadores y nuevos movimientos sociales. Así, la nueva democracia peruana emergía después de doce años de dictadura militar con la tarea histórica de definir el rumbo del Perú post-oligárquico, cancelado por el velasquismo (1968-1975) pero que no había logrado constituir un orden alternativo.

Ciertamente el sistema de partidos que se constituyó en el proceso de transición (1977-1980) mostraba desde el inicio grandes debilidades y se enfrentaba a enormes desafíos. Sin embargo, podríamos decir sin dudas que a inicios de los ochenta, el gran problema era la **governabilidad democrática**, antes que la **representación política**. Incluso podría hasta decirse que el problema era justamente de un “exceso de representación” que atentaba contra las posibilidades de una gobernabilidad democrática⁶. El grado de polarización de los actores políticos, de movilización de los actores sociales, permite hacer esta lectura. En cierto modo, el cuadro asemejaba más al de Chile de los años sesenta, con tres fuertes bloques, cortados ideológicamente, con el PPC y AP a la derecha, el APRA al centro y la IU a la izquierda del espectro político. ¿Cómo y por qué fue posible que este sistema de partidos colapsara no por efectos de una dinámica excesivamente polarizada, por una crisis de gobernabilidad -como en Chile entre 1970 y 1973⁷- sino por una crisis de representatividad que afectó a todos los actores del sistema frente a un *outsider*?

La complejidad del caso peruano además permite analizar y discutir algunos temas teóricos especialmente relevantes. Uno de ellos es la relevancia de diversas variables de análisis para entender la dinámica política peruana y el colapso del sistema de partidos. ¿Cuál sería la incidencia de variables estructurales, institucionales y cuál la acción de los actores políticos? De otro lado, ¿cómo entender la racionalidad de la acción de estos actores, en función de los resultados? Si asumimos que todo tipo de actores políticos, ya sean *downsianos* (pragmáticos) como ideológicos, tienen como precondition para el logro de sus diversos objetivos la sobrevivencia política, ¿cómo entender el desenlace en el cual **todos** los actores desaparecen a la vez? El otro gran tema de interés es la discusión sobre la democracia, su conceptualización, y los problemas que enfrenta su consolidación.

En este trabajo, nos proponemos someter a discusión algunas ideas para entender el por qué de la particularidad peruana en el contexto regional, más precisamente el cómo y por qué del colapso del sistema de partidos, a la luz del examen del período 1980-1995, dentro de una perspectiva comparada. Esta última nos parece

⁶ Gobernabilidad y representación constituyen si no un *trade-off* inevitable, al menos sí una tensión, en la medida en que la representación se traduce en movilización en un contexto de crisis y baja institucionalización, como en el caso peruano.

⁷ Hacia comienzos de 1989, quizá el escenario político más verosímil en el Perú asemejaba el de Chile entre 1970 y 1973; con la crisis del centro (la DC en Chile, el APRA en el Perú), el país se polarizaba, y entraba en una aguda crisis de gobernabilidad. Diversos testimonios hablan del temor de Alfonso Barrantes, eventual candidato de IU a la presidencia en 1990, de convertirse en “otro Allende”...

fundamental para evitar lo que consideramos una falacia de “*determinismo retrospectivo*”⁸: en ella se asume que aquello que ocurrió estaba inevitablemente destinado a suceder, por lo que se suele incurrir en una visión excesivamente negativa de la experiencia democrática del período 1980-1992 que a nuestro juicio pierde mucho (lo sustancial) de la riqueza del proceso. La comparación con otros casos muestra precisamente que pese a todas las dificultades, como las que pasaron otras democracias y sistemas de partidos en la región de maneras también muy dramáticas, las posibilidades de desenlaces distintos con la evolución y no el colapso del sistema de partidos estaban abiertas en el Perú. Brevemente también, apuntamos algunas conclusiones que dejaría el caso peruano respecto a las discusiones teóricas arriba señaladas.

La democracia peruana de los ochenta. Los espejos (distorsionados) de la democracia y el funcionamiento del sistema de partidos

Ciertamente es muy difícil evaluar la experiencia de la democracia peruana entre 1980 y 1995 y el colapso final del sistema de partidos. No sólo porque es todavía un tema “caliente” dentro de la comunidad académica peruana, sino porque, como decíamos más arriba, el colapso final y la revisión de todos los problemas heredados y vividos (debilidad institucional, crisis económica, terrorismo...) parece sugerir casi naturalmente que hay una estrecha relación entre los malos desempeños gubernamentales, el mal funcionamiento del sistema de partidos, y los eventos del período 1990-95 que ponen fin a éste. A nuestro juicio ello constituye una grave simplificación del proceso político de esos años, que pierde su riqueza y complejidad. Por el contrario, nosotros sostenemos que el sistema de partidos funcionó efectivamente durante todos los años ochenta, logrando ser bastante representativo, en medio de grandes desafíos y dificultades, lo que resalta la importancia de sus logros.

Nos parece muy importante resaltar en este sentido la idea de que aún en condiciones tan adversas como las que vivió el Perú a lo largo de los años ochenta, el sistema de partidos funcionó y que podía legítimamente sustentarse la idea de que a mediano plazo la construcción de un régimen político democrático consolidado era posible, al menos es posible postular que el Perú no tiene por qué haberse desviado tanto del curso regional. En 1989 Cynthia McClintock publicó un artículo que justamente sugería esa idea⁹. Más allá de las dificultades históricas, estructurales, y las debilidades institucionales heredadas, creemos que no debe perderse la idea, sostenida en la literatura inicial sobre la transición a la democracia, de la importancia de la **acción política**, y la autonomía de esa variable frente a las ya mencionadas¹⁰.

⁸ Ver al respecto Scmitter, 1995, p. 14.

⁹ “The prospects for democratic consolidation in a ‘least likely’ case: Peru”. Ver McClintock, 1989.

¹⁰ No habría que olvidar la clásica formulación de Linz (1978) sobre la relación entre estructuras y política: dentro de una perspectiva del “individualismo metodológico”, entender que las estructuras acotan un campo de posibilidades, siendo la acción política lo que determina los desenlaces concretos...

Intentaremos demostrar que el colapso del sistema de partidos no puede derivarse simplemente de su supuesto "no funcionamiento". Creemos que éste tiene una explicación particular, que veremos más adelante. Incluso, hasta podría decirse lo contrario: justamente el funcionamiento efectivo del sistema de partidos a lo largo de los ochenta y la fortaleza, la consistencia de su dinámica representativa, es lo que de alguna forma explica el colapso. Es decir, los actores se habituaron a jugar con ciertas reglas que les funcionaron, pero que se fueron agotando rápidamente desde fines de los años ochenta. Precisamente la consistencia de los hábitos adquiridos dificultaron el cambio hacia las nuevas reglas de juego, como veremos.



En la medida en que el colapso del sistema de partidos en el Perú constituye el caso extremo de una crisis de representación política, empecemos definiendo cómo entendemos a ésta. Como sabemos, la idea de representación tal como la conocemos actualmente aparece estrechamente asociada a las democracias de masas que se van constituyendo en los países europeos occidentales entre la segunda mitad del siglo pasado y la primera de éste. Lo que consideramos como "modelo representativo clásico"¹¹ constituyó la solución histórica al problema de la representación política de las masas populares dentro de los marcos del capitalismo, bajo el formato de regímenes democrático-liberales. Dicho modelo descansa sobre tres pilares básicos: los sistemas de partidos, el Estado de bienestar keynesiano, y la incorporación de los grupos de interés y los movimientos sociales.

Los partidos y sistemas de partidos constituyeron, como ha sido señalado por muchos autores, vehículos que sirvieron para negociar las demandas conflictivas de diversos grupos sociales movilizados dentro de los márgenes institucionales del sistema político; en donde los diversos partidos, si bien agregaban intereses amplios y diversos, también se asentaban sobre clivajes y conflictos que les otorgaban sólidas bases representativas y les daban perfiles distintivos; los partidos de masas se desarrollan justamente como expresiones políticas de las principales clases en lucha. Como conclusión, luego de una historia llena de conflictos, los partidos terminaron siendo los vehículos de representación política por excelencia de las democracias liberales, pese a que el pensamiento liberal clásico desconfiaba de organizaciones que levantaran intereses particulares y no se constituyeran en base al "interés general" de la sociedad¹².

Como decíamos, el proceso de constitución de los sistemas de partidos fue un proceso históricamente conflictivo; finalmente, su consolidación institucional aparece asociada a la consolidación de los Estados de bienestar keynesianos. La grave polarización política de las primeras décadas de siglo se resuelve en gran medida con las posibilidades integradoras y distributivas a las que dan lugar las políticas keynesianas; la elevación de los niveles de vida, la posibilidad de los Estados de integrar a las masas a la ciudadanía en sus diversas dimensiones es lo que permite a los sistemas de partidos y al conjunto del sistema político construir su legitimidad, construir la imagen de la representación de los diversos intereses sociales¹³.

¹¹ Las ideas que se exponen a continuación pueden verse más desarrolladas en Tanaka, 1995.

¹² Ver al respecto, entre muchos otros: MacPherson, 1982; Offe, Claus, 1984; Pizzorno, 1981.

¹³ Ver al respecto Marshall, T.H., 1965, entre otros.

Pero incluso una dinámica representativa como la descrita resulta incompleta, en tanto los partidos a la larga, situados en una lógica electoral, tienden a privilegiar las demandas del votante medio, y a desatender relativamente las demandas de sectores particulares, que si bien pueden no ser mayoritarios, si son fundamentales para el funcionamiento del sistema político. Se trata de los grupos de interés. Ciertamente, gran parte de la estabilidad del arreglo de los Estados de bienestar descansó en la exitosa combinación de la lógica de representación vía partidos con la institucionalización de los grupos de interés (organizaciones de empresarios y trabajadores, básicamente), por medio de la constitución de diferentes arreglos corporativos¹⁴.

Con los años, la institucionalidad política conformada tanto por los sistemas de partidos como por los arreglos corporativos empiezan también a erosionarse, dando lugar al desarrollo más reciente de los llamados "nuevos movimientos sociales", expresivos de una sustancialmente mayor diversidad social, no expresable por los mecanismos de representación convencionales. La dinámica representativa se amplía finalmente dando cabida, con variables niveles de integración e institucionalización, a dichos movimientos, con demandas no vinculadas a los grupos de interés tradicionales, sino referidos a diversos intereses e *issues* que requerían nuevas formas de organización y expresión¹⁵.

Esto es lo que en líneas muy gruesas consideramos el modelo "clásico" de representación política. Para nuestros países, en el contexto de la transición a la democracia que vivió la región, la representación a nuestro juicio debe ser evaluada en función de, **primero**, la capacidad de los sistemas de partidos para expresar las preferencias electorales dentro de sus márgenes; **segundo**, por la capacidad de éstos de intermediar y expresar en la dinámica política los intereses y las demandas de los principales grupos de interés y movimientos sociales; el **tercer** punto es un poco problemático. Mientras que en las democracias "clásicas" el Estado de bienestar es uno de los pilares que sustenta la representación, en nuestros países, en el contexto de nuestras transiciones en contextos de crisis, este pilar se encuentra prácticamente ausente. Pero la debilidad en las capacidades distributivas del Estado se "compensaron" de alguna manera en la región por sus capacidades "políticas". Es decir, en medio de los procesos de transición lo que estabilizó a los sistemas políticos es la constitución de pactos, explícitos e implícitos, entre los actores relevantes, en torno a ciertas reglas básicas de juegos, expresadas por lo general en las Constituciones políticas.

En este sentido, del modo en que la literatura sobre las transiciones democráticas correctamente mostró, la autonomía de las variables políticas es la que permite que en medio de tantas dificultades, la instauración de regímenes democráticos se haya hecho posible, a contracorriente de lo esperado desde posiciones estructurales deterministas. Y pese a que los actores no estén comprometidos necesariamente con los valores o principios democráticos, ellos entran al juego de la democracia porque obtienen beneficios con ello, o en todo caso los costos de no entrar a éste superan a los de estar allí. Pese a que la democracia es un régimen en el que se pierden elecciones, los

¹⁴ Ver al respecto Kirchheimer, Otto, 1966; y los trabajos de Schmitter en Ocampo, 1992.

¹⁵ Ver al respecto, entre muchos otros, Benedicto, Jorge, y Fernando Reinares, eds., 1992; y Dalton, Russell, y Manfred Kuechler, comps., 1992.

perdedores siguen dentro del sistema con la esperanza de ganar en algún momento; en todo caso, nuevamente, los costos de romper el juego aparecen siempre como mayores. Al menos en el mediano plazo, la democracia puede perfectamente funcionar en base a estos cálculos; y con un poco de suerte, a largo plazo, estas reglas de juego pueden convertirse en hábitos y valores que den real solidez al sistema¹⁶.

Volviendo al caso peruano, creemos que puede afirmarse rotundamente que el sistema de partidos cumplió con estos tres **requisitos mínimos** durante los años ochenta, que efectivamente funcionó y logró cumplir sus tareas representativas. Ciertamente en el Perú se estuvo siempre muy lejos de una fuerte dinámica representativa, se trataba de un sistema de partidos joven y débil desde el inicio, pero estos **requisitos mínimos** sí fueron cumplidos.

Empecemos analizando el desempeño del sistema de partidos **en la arena electoral**. Efectivamente, las preferencias electorales de la ciudadanía quedaron ampliamente expresadas dentro del sistema durante todos los ochenta, incluso hasta las elecciones presidenciales de 1990, en función de los resultados en la primera vuelta que ganó Mario Vargas Llosa (ver cuadro 2). Entre AP, el PPC, el APRA y la IU, el electorado encontró durante todos los ochenta y hasta tan tarde como la primera vuelta de las elecciones de 1990, expresión política, como muestran además los niveles (razonables) de ausentismo, votos blancos y nulos. Además, en el contexto de una vertiginosa ampliación de la participación electoral (ver cuadro 3). Ciertamente, siempre hubo indicios de la gran debilidad de los partidos, expresadas en los altos índices de volatilidad electoral. Sin embargo, pese a los drásticos cambios en las preferencias electorales, ellas siempre, hasta 1990 inclusive, se encuadraron dentro de los márgenes del sistema de partidos (ver cuadro 4).

Ahora bien, la segunda muestra del funcionamiento del sistema de partidos es su capacidad de intermediar en lo político los intereses y las demandas de los principales **grupos de interés y movimientos sociales**. Así tenemos que los empresarios tuvieron por medio del PPC siempre un canal de expresión privilegiado, y en menor medida, en AP. Durante el gobierno de Fernando Belaúnde, en el cual se dio un proceso de liberalización bastante criticado por éstos, los empresarios tuvieron siempre un canal abierto para negociar por medio de la presencia del PPC administrando la cartera de industrias¹⁷. Posteriormente, a partir de la creación del Movimiento Libertad, liderado por Mario Vargas Llosa, muchos líderes de gremios empresariales pasaron a ser líderes del movimiento¹⁸; adversarios del FREDEMO calificaron a Libertad “el partido de los empresarios”.

Del lado de las organizaciones de trabajadores, tenemos muy estrechas relaciones entre los principales gremios y los partidos que conformaron IU. Los principales líderes gremiales eran a la vez notorios dirigentes de esos partidos: tradicionalmente la CGTP era controlada por el PCP, el SUTEP por el UNIR, la CCP por

¹⁶ Ver al respecto Przeworski, 1992.

¹⁷ El PPC tuvo la cartera de industria entre el 28.7.85 hasta el 11.4.84; y la cartera de justicia durante todo el gobierno.

¹⁸ Ver al respecto Conaghan, 1996.

el PUM, etc. En Gonzales y Samamé (1991), incluso se critica la relación tan directa entre los gremios de trabajadores y los partidos de izquierda. Se afirma que las relaciones resultan excesivamente segmentadas, mientras que en una representación más democrática habrían relaciones más densas entre las diversas organizaciones gremiales y el sistema de partidos.

Estas constataciones concuerdan con lo señalado por Touraine (1989) sobre la dinámica política en América Latina, en la cual una de sus características sería justamente la ausencia de autonomía de la sociedad frente a la política. En este sentido, lejos de encontrar problemas de representación de los partidos respecto a los principales grupos de interés, encontramos más bien exactamente lo contrario: acaso los partidos pecaron por ser **excesivamente representativos** de esos intereses, dificultándose una acción política más autónoma... o si se quiere también, una acción gremial más autónoma de los partidos.

Un tercer criterio para evaluar el funcionamiento del sistema de partidos es **el grado de compromiso de los actores políticos con las reglas de juego democrático**, en términos del respeto del pacto político (en este caso implícito) establecido en torno a la Constitución de 1979. Y no nos referimos aquí al escrupuloso cumplimiento de todos y cada uno de sus artículo, cosa que nos parece un criterio excesivo para evaluar el funcionamiento del sistema de partidos. Nos referimos aquí a lo que podríamos llamar el "**pacto fundamental**" surgido en el proceso de transición, a la luz de la correlación de fuerzas establecido en las elecciones de 1978 para la Asamblea Constituyente. Se partía de un diagnóstico básico: el electorado peruano se dividía gruesamente en tres tercios, cortados ideológicamente en torno a un clivaje de izquierda/derecha; a la izquierda los diversos grupos de izquierda, al centro el APRA, y a la derecha AP y el PPC; por lo cual ninguna fuerza por sí sola podría aspirar a constituirse en una fuerza hegemónica del sistema de partidos.

La consecuencia de este diagnóstico era que tenía que establecerse un compromiso en torno al pluralismo y alternancia en el poder; de manera que ninguno de los actores buscara acabar con el sistema en caso de ser derrotado, con la esperanza de ser ganador en las elecciones siguientes. Para ello, se estableció la prohibición de la reelección presidencial inmediata. Además, se estableció un sistema electoral de dos vueltas (*ballotage*) para la elección presidencial, poniendo muy alto el requisito para ganar en primera vuelta (mayoría absoluta de los votos). Todo en el entendido (a partir de los resultados de las elecciones de 1978) de que como ninguno de los actores era hegemónico, debía estimularse la formación de alianzas para llegar a la presidencia en segunda vuelta. Podríamos presumir que esta disposición buscaba evitar la posibilidad de un acceso de la izquierda a la Presidencia de la República en el caso de obtener una mayoría relativa; en ese caso, funcionaría una alianza entre la derecha y el APRA para impedirlo en segunda vuelta.

De hecho, durante la Asamblea Constituyente funcionó una suerte de alianza entre el APRA y el PPC en contra de la izquierda. Ella se expresó en el apoyo de Luis Bedoya, líder del PPC a Haya de la Torre para que éste ocupara la presidencia de la Asamblea Constituyente, pero sobre todo, en la aprobación de la tercera disposición transitoria de la Constitución, que establecía que sólo en las elecciones de 1980 la

presidencia se alcanzaría con el 36% de los votos; en caso de no obtenerse ese porcentaje, sería el Congreso el que elegiría al presidente entre los dos candidatos más votados. Esta disposición fue dada para favorecer el triunfo del candidato del APRA en las primeras elecciones presidenciales democráticas desde 1963. Finalmente, para asegurar la gobernabilidad del sistema a partir de 1980, se fortaleció relativamente al poder ejecutivo frente al Congreso, para evitar la repetición de la experiencia del Congreso entre 1963 y 1968.

De otro lado, el gran tema político de fondo era la definición del carácter del país, lo que llamamos la disputa por la herencia del velasquismo, la definición del Perú post-oligárquico. Mientras la derecha peleaba por un país encaminado hacia una economía de mercado, la izquierda aspiraba a una revolución social, mientras que el APRA aspiraba a cristalizar la vieja propuesta reformista de Haya de la Torre. Frente a estas indefiniciones, la Constitución de 1979 expresa una solución de compromiso: los artículos establecen un modelo económico plural (“economía social de mercado”), con fuerte énfasis en los derechos sociales. La definición del rumbo del país quedaba pues abierta a la competencia política.

Pese al grado de polarización y pese a las grandes diferencias de proyectos e ideologías existentes, los actores se movieron respetando este **pacto fundamental** tal como lo hemos definido. Como señaláramos más arriba, ello se dió al margen del grado de compromiso valorativo de los actores con el régimen democrático. Desde un punto de vista basado exclusivamente en sus intereses políticos, para todos los actores los beneficios de jugar el juego democrático superaban a los costos de no hacerlo, pese a todos los problemas, y pese al no cumplimiento de otros aspectos de la Constitución. Pero aún en esos casos, invocando a ésta para legitimar sus acciones. Es interesante a este respecto la conducta de la izquierda, por ejemplo. Pese a que los constituyentes de izquierda no firmaron la Constitución por considerarla “burguesa”, y pese a que algunos de esos partidos nunca renunciaron a proyectos insurreccionales y revolucionarios, de hecho a lo largo de los ochenta jugaron dentro de los márgenes del sistema, y con un notable éxito: llegaron a ser una de las izquierdas electorales más exitosas de América Latina. Lo mismo puede decirse, en el otro extremo, de sectores de la derecha. Todo esto, nuevamente, en medio de los desafíos que imponía la crisis económica y la existencia de muy fuertes partidos anti-sistema.

Así, las reglas básicas de competencia política juego se respetaron en lo fundamental, y ello incluía que cualquier cambio en las reglas debía seguir el procedimiento establecido por las reglas mismas. A lo largo de los ochenta hubo en muchas ocasiones, y en los momentos más críticos, encuentros y conversaciones entre los principales líderes de los bloques políticos: Belaúnde, Bedoya, Barrantes, Sánchez... pero lo que es más importante, varios intentos de golpe de Estado fueron conjurados por la confluencia de la clase política en torno a la defensa del orden constitucional; p.e. entre la segunda mitad de 1988 y la primera de 1989, una situación especialmente crítica, como se verá más adelante.

De este modo, creemos que puede afirmarse que el sistema de partidos en el Perú de los ochenta funcionó al menos cumpliendo requisito mínimos, y que resultaba medianamente razonable pensar en posibilidades de consolidación a mediano o largo

plazo. En todo caso, lo que nos parece importante marcar es que el principal desafío del sistema de partidos aparecía no como un problema de **representación**, sino de **gobernabilidad** en el contexto de muy diversos proyectos políticos, algunos de ellos de carácter excluyente, en pugna por la hegemonía en el país. El sistema de partidos era el espejo, por más distorsionado que estuviera, en el que se reflejaba la sociedad dentro de la esfera de la política.

La racionalidad de los actores: la combinación de cuatro arenas políticas

¿Cómo entender más concretamente la acción de los actores políticos durante el período? ¿Cómo entender el colapso final en relación a la racionalidad de sus acciones? Decíamos más arriba que en lo que llamábamos el “modelo clásico” de representación política, las democracias occidentales lograron que sus sociedades se reconocieran o vieran reflejadas en lo fundamental en sus sistemas políticos. Lo que para ellas constituyó un conflictivo y largo proceso que desembocó en esa dinámica representativa, para nuestros países en el contexto de las transiciones el reto fue lograr un mínimo de esa representación, teniendo que combinar a la vez el desempeño en la arena electoral, en su relación con grupos de interés y movimientos sociales activos, además en un contexto de crisis económica. No pudo darse el proceso descrito por Dahl en el clásico *Poliarquía*, de una progresiva liberalización (competencia partidaria) inicial, y luego la ampliación de los niveles de participación (incorporación de las masas, relación con grupos organizados).

En este contexto, analizando las cosas más detenidamente, encontraremos que el reto que enfrentaron los actores partidarios para lograr la representación (precondición ciertamente para la acción política) fue lograr la mejor combinación en los pagos a obtener en cuatro arenas políticas principales: **la electoral; la de los grupos de interés** (que implica la relación con grupos de interés y movimientos sociales); una arena más, a la base de las otras dos, **la del espacio intra-partidario**, pero además enfrentando las restricciones y posibilidades que les imponía la arena de **las políticas públicas**, en el caso de los partidos con responsabilidades de gobierno, en un difícil contexto de crisis. Creemos que la racionalidad en la actuación de los actores debe medirse en relación al desempeño combinado en estas cuatro arenas. Acaso analizando la actuación de algún actor partidario en función de sólo una de ellas pueda sugerir irracionalidad, pero creemos que el análisis del conjunto de arenas en las que debían desenvolverse los actores pueda hacer comprensible su lógica¹⁹.

Estas cuatro arenas son relevantes para los actores en la medida en que ellas son las que permiten el acceso al **poder**, sea éste definido tanto como acceso al gobierno, o como acumulación de fuerza. En la arena electoral se obtiene poder por medio de votos (que llevan al gobierno); en la de los grupos de interés, se obtiene poder en base a la capacidad de intermediar y eventualmente movilizar esos intereses en la arena política y en el sector público (en la medida en que los grupos de interés buscan determinadas políticas de gobierno); finalmente, la arena intra-partidaria constituye una suerte de

¹⁹ En términos teóricos, hemos encontrado inspiración para desarrollar esta parte en Tsebelis, 1990.

preámbulo al poder en sí, ya que allí se determina la posibilidad de postular a cargos en las elecciones, así como de adquirir visibilidad para poder intermediar entre el Estado y los grupos de interés. La arena de las políticas públicas y sus restricciones pone el límite a un fácil juego de suma positiva de carácter distributivo. Más aún en los difíciles años ochenta.

Queremos resaltar que, en términos generales, la política latinoamericana en la década pasada, dentro del modelo de centralidad estatal prevaleciente, realizó una combinación de arenas que tendió a privilegiar una lógica electoral (maximización de votos), y lo que llamamos una lógica **movimientista**: entendiendo por ésta la capacidad de expresar en lo político las demandas de los grupos de interés y movimientos sociales estratégicos, con una lógica en la cual se maximizaban éstas para poder entrar en mejores términos a la negociación política²⁰. La clave del éxito, por así decirlo, de los actores partidarios consistía en la posibilidad de combinar arrastre electoral con la capacidad de imponer condiciones en la negociación política basado en la capacidad de movilizar los intereses de grupos estratégicos. Sostenemos que a lo largo de los años noventa, con el agotamiento del modelo de centralidad estatal²¹ y los cambios estructurales asociados a la extensión de los mecanismos de mercado, pasamos gradualmente a una lógica en la cual el éxito de los actores políticos empieza a estar cada vez más asociado a la combinación de arrastre electoral con un buen desempeño en una arena de creciente importancia: la de la **opinión pública**. Poniéndolo en una frase, estaríamos pasando de una política **electoral-movimientista** a una política **electoral-mediática**.

Siguiendo con las características del juego partidario y de la combinación de arenas políticas en el Perú, nos parece justo notar que en este caso la actuación de los actores partidarios se hacía particularmente difícil, dada la situación de extrema crisis y violencia, y dada la naturaleza fragmentaria del país, lo que hacía que las arenas en ocasiones estuvieran desconectadas y más aún, que la compatibilización entre ellas fuera necesariamente un juego de suma cero: las ganancias en una arena se traducían casi inevitablemente en pérdidas en otra. De otro lado, la conformación de **un sistema de partidos** se hacía difícil en la medida en que cada actor definía la relevancia de cada una de las arenas de manera distinta, en función de sus preferencias y proyectos políticos, como veremos más adelante.

Las características estructurales de la sociedad peruana, en trance de definir su rumbo en los ochenta, de definir en algún sentido el orden post-oligárquico dejado como gran tarea pendiente por el velasquismo, hacía que si bien las estructuras tuvieran un rol importante en la determinación de los resultados (*outcomes*) políticos, también su incidencia fuera menor: justamente, la situación de tránsito que se vivía resaltaba la importancia de las apuestas y la voluntad política para determinar el desenlace. El futuro aparecía relativamente abierto para los actores partidarios, pese a los límites que imponía la situación de crisis y violencia. Precisamente, para algunos, ellas podrían

²⁰ Giorgio Alberti (mimeo, s/f) habla de *movimientismo* para referirse a una lógica populista exacerbada. Como se ve, nuestra idea si bien está relativamente emparentada con ella, es un poco distinta.

²¹ Ver al respecto Wise, 1994.

constituirse en “parteras de la historia”. Así, podría decirse que la complejidad y fragmentación de la realidad peruana en los ochenta, su carácter cambiante, junto con la existencia de actores partidarios distantes ideológicamente, hacía que en esos años se estuviera produciendo la disputa entre **varios Perús posibles**, es decir, la naturaleza del rumbo del Perú post-oligárquico.

Esto permite entender las extremas diferencias tanto en los diagnósticos como en las apuestas políticas de los actores, y la relativa sensatez de cada una de ellas pese a sus diferencias. El desenlace de la historia peruana no estaba predeterminado, sólo una falacia de *determinismo retrospectivo* podría llevarnos a esa idea. El desenlace podría haber ido desde un golpe militar sangrientamente represivo hasta procesos revolucionarios de muy distinto tipo, pasando por una guerra civil o por un desmembramiento del Estado. También desde la consolidación de un régimen democrático con una hegemonía liberal, hasta otra de hegemonía social-demócrata. Estas diferencias nos permiten entrever el muy complejo juego político que tenían que enfrentar los actores²². Ese era el clima intelectual y político de la discusión en el Perú de los ochenta. Obviamente, estas consideraciones hacen que la articulación de las diversas arenas relevantes se hiciera sumamente compleja: los actores partidarios debían satisfacer a un electorado volátil y con tendencia a ser centrista; a *constituencias* partidarios altamente ideologizados; y a grupos de interés fuertes y activamente movilizados en pos de sus objetivos particulares. Todo ello en medio de acaso la más terrible crisis de la historia peruana...

Nos parece que estas dificultades, lejos de demostrar la inviabilidad de la democracia en el Perú, resaltan por el contrario la importancia de sus logros a lo largo de los años ochenta, y el relativo éxito de su sistema de partidos en cuanto a su *performance* representativa. Como veremos en la parte que sigue, sostenemos que hasta el proceso electoral de 1989-1990, en el que se inicia la tendencia al abandono del sistema de partidos y la preferencia por candidatos independientes, los principales actores partidarios se hallaban relativamente bien situados en cuanto a su *performance* representativa, expresando tanto las preferencias electorales como los intereses de los principales grupos de presión, y ateniéndose al **pacto fundamental** simbolizado en la Constitución de 1979. Acaso justamente el relativo éxito de los actores en su desempeño representativo es lo que dificultó el advertir los profundos cambios que vinieron dándose a lo largo de la década, que estrechaban cada vez más los márgenes del juego **electoral-movimientista** en el que estaban los actores partidarios.

El funcionamiento del sistema de partidos y la combinación de arenas políticas: los dilemas de los actores principales

²² Hacia 1986, un artículo de Nelson Manrique registraba que en el Perú coexistían perfectamente la izquierda legal, el movimiento armado maoísta y el partido socialdemócrata más grandes de América Latina, con el APRA en el poder. Hacia 1987, con la irrupción del Movimiento Libertad, algunos afirmaban que a esa combinación había que sumarle la existencia del movimiento neo-liberal más fuerte de América Latina. Sobre los escenarios más “pesimistas” que se adivinaban, ver p.e. Pásara, 1988. Sobre la posibilidad de una hegemonía liberal ver De Soto, *El otro sendero*. El escenario social-demócrata es explorado por Sanborn, 1991.

A continuación, examinemos someramente la actuación de los principales actores partidarios del período, para desarrollar más concretamente el modelo de análisis planteado en la parte anterior. Considerando que el sistema de partidos se basaba en tres bloques: uno a la derecha del espectro político, compuesto por AP, el PPC y luego por el FREDEMO; uno al centro, donde se ubicaba el PAP; y a la izquierda, diversos grupos que desde las elecciones municipales de 1980 y hasta las municipales de 1986 se presentaron unidas dentro del frente Izquierda Unida.

El bloque de derecha

Pese a que a la derecha del espectro encontramos varios grupos distintos, creemos que es posible considerarlos como un solo bloque político. Primero, porque AP y el PPC formaron coalición de gobierno durante el período 1980-1984 (la alianza “se rompe” con la campaña electoral para las elecciones presidenciales y de Congreso de 1985); y porque a partir de 1987 y hasta 1990 formaron junto con el Movimiento Libertad el FREDEMO.

En 1980, Fernando Belaúnde el indiscutido líder de Acción Popular, gana las elecciones presidenciales con un muy amplio e inesperado margen (en relación a las previsiones de 1979) sobre el candidato del APRA. El Presidente depuesto por el golpe militar de Velasco en 1968 retorna al poder doce años después. Es interesante notar que en las elecciones de 1980 los candidatos principales fueron los mismos que los de las elecciones de 1962 y 1963: AP y el APRA. El Perú empezaba pues de manera similar a la de otros países en la región, en la cual los viejos partidos reaparecen después de las dictaduras que se habían propuesto liquidarlos.

Conviene detenernos un momento en esta elección. Si en las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1978 los votos del bloque de derecha (representados sólo por el PPC, ya que AP no participó en ellas) alcanzaron el 23.8%, encontramos un salto espectacular a un 55%. La candidatura de Fernando Belaúnde, que obtiene el 45.4% constituyó un verdadero “maremoto”, más todavía si consideramos que el PPC sólo obtuvo el 9.6% en esas elecciones. AP le restó votos no sólo al PPC, también al APRA, que baja su votación de 35.3 a 27.4% entre 1978 y 1980, e incluso a la izquierda, que baja su votación de 29.4% a 14.4%. Además, el voto por independientes y candidatos menores se redujo de 11.5% a sólo 3.2%. Todo ello habla de grandes niveles de volatilidad en las preferencias electorales (ver cuadro 4).

Llamamos la atención sobre este hecho para señalar que la espectacular votación obtenida por Belaúnde es a todas luces “inflada”, no reflejando realmente las verdaderas preferencias electorales, expresadas en auto-percepciones políticas: nuestro planteamiento es que hubo mucho de “voto estratégico” en la elección de Belaúnde. Creemos que si Belaúnde ganó tan espectacularmente fue por la extrema debilidad de las candidaturas alternativas; para empezar, Bedoya y el PPC mostraron su carácter de “partido limeño” (Bedoya obtuvo en total 382,547 votos, de los cuales unos 342,173 fueron obtenidos en Lima, es decir, como el 89%; el desempeño electoral del PPC en 1978, a la luz de todas las elecciones posteriores, se revela bastante “inflado” por la ausencia de AP).

Del lado del APRA, encontramos a este partido sumido en una profunda crisis y muy dividido. Haya de la Torre, su líder histórico, murió en 1979, y el partido se encontraba en medio de la lucha sucesoria y en la definición de su ambigua herencia política. Los líderes de las principales facciones eran Armando Villanueva y Andrés Townsend, identificados con posiciones “radicales” y “reformistas” respectivamente. Finalmente, el APRA inscribió una fórmula presidencial encabezada por Villanueva, con Townsend como candidato a la primera vice-presidencia. La inscripción de la candidatura se realizó en medio de desorden e insultos entre los propios apristas, que prácticamente terminó en una batalla campal. El APRA perdería así unos ocho puntos porcentuales entre 1978 y 1980. Las tensiones se mostrarían al final insostenibles: en el XII Congreso Nacional del APRA en agosto de 1980, la división se consumaría, alejándose Townsend del partido.

Del lado de la izquierda las cosas fueron aún peores. Esta atravesó un bochornoso proceso de unidad-división que le hizo caer 15 puntos porcentuales entre 1978 y 1980. A lo largo de los debates en la Asamblea Constituyente, surgió claramente la necesidad de unificación de los dispersos y enfrentados grupos de izquierda. Así, después de intensas negociaciones, a lo largo de 1979 se acordó el desarrollo de un “proceso de unificación”, que terminaría en la conformación de un frente único y una sola candidatura presidencial. Hacia fines de 1979, se constituyó el ARI (Alianza Revolucionaria de Izquierda). Sin embargo, el 18 de febrero de 1980, al cerrar el Jurado Nacional de Elecciones el plazo para inscribir candidaturas, encontramos a la izquierda dividida en cinco candidaturas, cada una de las cuales culpando a las otras el no haber podido consumir la candidatura de unidad²³.

La importancia de este “voto estratégico” en las elecciones de 1980 es crucial para poder entender la espectacular votación de AP en 1980 y su igualmente espectacular desplome en 1985, que no guarda a nuestro juicio relación con el desempeño del gobierno. En la medida en que la primera estuvo relativamente “inflada”, creemos que no deberíamos dejarnos impresionar excesivamente por su desplome posterior. Y así como el caudal de votos de Belaúnde en 1980 es en cierto modo “inflado”, también lo es el magro 7.3% obtenido por Javier Alva O. en 1985. Al gobierno de AP-PPC le toca enfrentar la crisis de la deuda y el inicio y desarrollo de la violencia política, con la aparición de Sendero Luminoso junto con el régimen político democrático²⁴, al que se le suma el MRTA en 1984. Estos y otros problemas afectaron gravemente el respaldo electoral de AP, de modo que tiene una dramática caída en las preferencias electorales. Belaúnde gana la presidencia con el 45.4% de los votos en 1980; en las elecciones municipales de 1980 mismo, la votación de AP cae al 35.8; en las municipales de 1983, al 17.5%; para obtener en las elecciones presidenciales de 1985 un magro 7.3% de los votos válidos. La caída en la preferencia electoral por AP no logró ser

²³ Creemos que la debilidad de los adversarios ayuda más a entender la votación de Belaúnde que explicaciones de corte “cultural” (representaciones simbólicas). No sólo porque son más fácilmente verificables, también porque éstas últimas no se verifican con el desarrollo posterior de los acontecimientos.

²⁴ Precisamente una de las primeras acciones de Sendero Luminoso en el departamento de Ayacucho buscaban impedir la realización de las elecciones presidenciales de 1980.

capitalizada por el PPC, que apenas aumenta su caudal de votos en medio de la gran caída de AP. Quienes aumentan sus votos fueron el APRA y la IU, lo que habla nuevamente del alto grado de volatilidad en las preferencias del electorado.

La caída en el respaldo electoral del gobierno de Belaúnde fue aparejada también de la pérdida de las capacidades de intermediación de AP y del PPC ante los grupos empresariales hacia el final del gobierno. No sólo por los conflictos que trajo la política de liberalización del comercio exterior ejecutada por el gobierno, también porque el proceso electoral de 1985 aparecía disputado entre el APRA y la IU, y las organizaciones empresariales abiertamente jugaron la carta del APRA, más moderada frente a la opción representada por Alfonso Barrantes.

La pérdida de las capacidades representativas de AP y del PPC hacia el final del gobierno de Belaúnde permiten analizar de manera interesante la dinámica del sistema de partidos. En primer lugar, la caída en la votación del bloque de derecha es espectacular, pero también lo fué la magnitud de sus votos de 1980. Si comparamos la suma de los votos de AP y el PPC en las elecciones de 1978 (23.8%) con las de 1985, en medio de un triunfo aplastante del APRA, encontramos que disminuyó sólo un poco, al 19.2%, descontando la engañosa marejada de votos de las elecciones presidenciales de 1980.

¿Cuál sería la verdadera magnitud electoral del bloque de derecha? Creemos que el 7.3% de los votos de AP es también bastante engañoso, y que se debe a que Alva O. resultó simplemente un mal candidato. Alva Orlandini resultó candidato, primero, porque la Constitución prohibía la reelección inmediata de Belaúnde. Si bien es imposible saber cuántos votos habría obtenido Belaúnde de haber podido postular, tenemos el significativo dato que el índice de aprobación de la gestión del presidente a lo largo del último semestre del gobierno se ubicó por el 33.8% según algunas encuestas, siendo al final del gobierno 24%²⁵ (Carrión, 1992). Además, existe la hipótesis plausible que Belaúnde no realizó una política económica expansiva en apoyo del candidato de AP hacia el final de su gobierno receloso de la posibilidad de que Alva Orlandini pudiera cuestionar su poder dentro del partido²⁶. El conflicto entre la arena electoral y la intra-partidaria. Ello benefició al gobierno aprista, que encontró así una situación económica relativamente benigna al empezar su gestión.

¿Por qué AP presentó un candidato tan débil en las elecciones de 1985? ¿Por qué la derecha no se presentó con un solo candidato, de modo de maximizar su desempeño electoral? De hecho, esa posibilidad se discutió intensamente meses antes de la inscripción de candidaturas²⁷. Analizando la combinación de arenas políticas que enfrentaban los actores partidarios, veremos que éstos privilegiaron las ganancias en la arena intra-partidaria antes que en la electoral. Belaúnde prefería una candidatura

²⁵ Considerando los niveles de popularidad presidencial por promedios cuatrimestrales, encontramos que el nivel más bajo al que llegó Belaúnde fue 19%.

²⁶ Ver al respecto Iguíñiz, 1992.

²⁷ Las posibilidades barajadas iban desde una sola candidatura encabezada por un candidato de AP, por uno del PPC, como por un independiente: se habló de personalidades como Mario Vargas Llosa e incluso de Javier Pérez de Cuéllar, en esos momentos Secretario General de la ONU.

unitaria, liderada por un independiente como Mario Vargas Llosa. De este modo, evitaba que el PPC ganara espacio a costa de AP, y evitaba que Alva O. adquiriera mayor presencia política. Además, por supuesto, se maximizaban las posibilidades electorales del bloque de derecha. Sin embargo, esta propuesta fue derrotada tanto por el PPC, el que no aceptó que la candidatura fuera encabezada por otro que no fuera su líder, Bedoya (en una especie de retribución por el apoyo del PPC al gobierno de AP) como por Alva O. dentro de AP. Es importante recordar que Belaúnde tuvo problemas a lo largo de todo el gobierno con AP como partido. AP se quejó siempre de “no gobernar” y de estar excluido de las decisiones del ejecutivo, en la medida en que ésta se hallaba en manos de “tecnócratas” (idea que relativiza además el supuesto fracaso de **los partidos** como tales en la gestión gubernamental). Las protestas de AP fueron encabezadas por su Secretario General, precisamente Alva O. quien desempeñó ese cargo desde junio de 1982.

Una vez inscrita la candidatura de Alva O. por AP, a Belaúnde podría haberle beneficiado personalmente un mal desempeño de ésta, de modo que su poder dentro del partido no quedara cuestionado. El gobierno desarrolló durante el proceso electoral una política relativamente estricta, bastante alejada de un manejo electoral. En parte por las restricciones que impuso el Banco Central de Reserva. Pero por lo visto Belaúnde no hizo gran cosa para cambiar esa situación²⁸. Del lado de Alva O., su candidatura era la única manera de defender de la mejor manera su poder dentro del partido, pese a su mal desempeño en la arena electoral.

El propósito de esta parte de mostrar que los niveles de volatilidad electoral registrados entre 1980 y 1985 son un poco engañosos. Primero, no podría decirse que el bloque de derecha “realmente” expresara el 55% del electorado peruano en 1980; después, creemos que tampoco se expresaba correctamente en el 19.2% de 1985. La debilidad de las candidaturas de derecha ayuda a entender la nuevamente aluvional votación obtenida por Alan García en 1985, quien ganó con el 53.1% de los votos válidos. Nuevamente, creemos que hay aquí una dosis importante de voto estratégico (en el sentido de que no expresa necesariamente las preferencias ideológicas de la sociedad); frente a la posibilidad de un crecimiento o eventual triunfo de la IU, y con el dato de la debilidad de las candidaturas de derecha, creemos que una parte importante de votos “de derecha” terminaron encauzándose en favor de Alan García.

Esto nos ayuda a entender varias cosas. Primero, lo extremadamente baja que fue la votación obtenida por Alva Orlandini, que ciertamente no guarda relación con el desempeño gubernamental, que si bien enfrentó una serie de problemas, no dejó el país hacia el final del período en una situación especialmente difícil. Si comparamos el desempeño de este primer gobierno democrático con los de sus pares en Bolivia, Argentina o Brasil, encontramos que el desempeño peruano tuvo de lejos mejores resultados; en Bolivia y Argentina incluso los presidentes Siles y Alfonsín no pudieron terminar sus períodos de gobierno (ver cuadro 1).

Otra cosa que podemos entender es la a nuestro juicio espectacular recuperación del bloque de derecha de su caída en 1985 tan pronto como en 1987. La rapidez de la

²⁸ La versión de los hechos presentada por el propio Alva O. puede verse en Alva, 1993.

recuperación nos parece que es indicativa de lo engañosa que fue la supuesta debacle en 1985, y lo apresuradas que fueron las lecturas que se hicieron en 1985 que apuntaban a una hegemonía social-demócrata/socialista en el Perú. Como respuesta a la propuesta de nacionalización de la banca del gobierno de Alan García anunciada el 28 de julio de 1987, encontramos a un bloque de derecha impresionantemente vigorizado. Tan rápido como el 14 de agosto, Luis Bedoya encabezaba una importante manifestación en Lima en contra de la propuesta. Y el 21 de agosto, Mario Vargas Llosa realizaba otra, que marcaba la aparición del Movimiento Libertad. Desde entonces, Balaúnde, Bedoya y Vargas Llosa inician conversaciones que desembocan en la creación, en enero de 1988, del Frente Democrático (FREDEMO).

Creemos que realmente es un error señalar, como lo han hecho algunos, que la reactivación del bloque de derecha es consecuencia del error de Alan García al intentar la estización de la banca. Nuevamente, se trata de una falacia retrospectiva. El 28 de julio de 1987, por el contrario, la percepción generalizada era que el gobierno tendría un enorme éxito con la iniciativa. Desde Alan García hasta Mario Vargas Llosa se compartía esa impresión²⁹. O por lo menos, muchos pensaban que no se trataba de un error, sino de una medida que había que respaldar. La IU reaccionó pidiendo medidas más radicales. A lo largo de las semanas posteriores, una serie de intelectuales vinculados a la izquierda se pronunciaron a favor de la propuesta³⁰.

De modo que creemos que la reactivación del bloque de derecha tiene en parte que ver con errores de García, pero sobre todo por la capacidad de renovación de la derecha misma (además, su crisis no era tan profunda como se pensaba en 1985). Especialmente con la capacidad de convocatoria de Vargas Llosa, con su enorme prestigio como escritor, y con una remozada ideología neo-liberal, la derecha pudo hacia la segunda mitad de 1987 nuevamente ser expresión política no sólo de los intereses de los banqueros y empresarios, también de importantes sectores medios y populares. La nueva propuesta de derecha tenía además una importante apertura frente a demandas populares, y sobre ello cabe resaltar el aporte ideológico de Hernando de Soto expresado en su célebre libro *El Otro Sendero*.

Así, hacia inicios de 1988, el bloque de derecha podía legítimamente aspirar con retornar al poder en las elecciones de 1990. Encontramos así una lógica “normal” en un sistema de partidos, en la cual los perdedores de una elección pueden convertirse en ganadores en las elecciones siguientes, previo proceso de renovación, que la derecha llevó a cabo de una manera notable, y muy poco resaltada en la literatura existente. En el caso de la derecha, encontramos una importante renovación, en cuanto a líderes y personalidades y en cuanto a programa político. Además, la constitución del FREDEMO implicó la subordinación de los intereses partidarios a los del frente, pese a las tensiones y protestas de sus partes componentes; el privilegiamiento esta vez de la arena electoral a la de los intereses intra-partidarios. La reconstitución del bloque de derecha,

²⁹ Ver el recuento de los hechos en las memorias de Vargas Llosa (1993).

³⁰ Entre ellos intelectuales como Francisco Guerra García, Marcial Rubio, Héctor Béjar, Diego García Sayán, Carmen Rosa Balbi, Juan Abugattás, Alberto Adiranzén, Rolando Ames, Carlos Iván Degregori, Javier Iguíñiz, Sinesio López, Nicolás Lynch, Guillermo Rochabrún, Eduardo Ballón, Manuel Castillo... al respecto ver Barreda, 1994.

finalmente, terminó siendo exitosa: Vargas Llosa ganó la primera mayoría de los votos en las elecciones de abril de 1990, pese a perder en la segunda y no alcanzar la presidencia. Sin embargo, el bloque de derecha que sumó sólo 19.2% de los votos en 1985, alcanzó el 32.6% en 1990³¹, y se constituyó en el visible referente de sectores sociales medios y gremios empresariales.

La izquierda

Lo que encontramos en la izquierda de manera definitiva a lo largo de los 80 es la tensión propia de esa década de transición, del paso de una política *electoral-movimientista* a una política *electoral-mediática*. En la medida en que vivió más agudamente este conflicto, terminó desmembrada, y tuvo la peor *performance* hacia el comienzo de los noventa. La izquierda, por razones de su ideología, estuvo especialmente anclada en el primer tipo de acción política, de allí su importante éxito en los ochenta (pese a estar tensada también entre la lógica electoral y la propiamente *movimientista*), pero no supo o no pudo evolucionar hacia el segundo.

En la combinación de arenas políticas, en la izquierda encontramos a lo largo de los ochenta un manejo bastante eficiente de la tensión clásica descrita por Przeworski (1985 y 1986) para la socialdemocracia europea: los requerimientos de la arena electoral, que incentivan la moderación programática en búsqueda del votante medio de un lado, y del otro aquellos de la arena intra-partidaria (el partido-vanguardia), con *constituencias* ideologizadas, y los de la arena de los grupos de interés y movimientos sociales precisamente movilizados en torno a un reivindicacionismo que lleva por el contrario a la radicalidad. La dificultad de lograr una combinación exitosa entre estas arenas resalta justamente el desempeño de la izquierda en los ochenta.

Si observamos a la izquierda a fines de los años setenta y en los primeros meses de 1980, después de las elecciones generales, encontramos un panorama de extrema ideologización, de gran fragmentación, extremas rivalidades (expresadas claramente en la ruptura de ARI en febrero de 1980), y gran dificultad para entrar a jugar políticamente dentro de un régimen democrático; los constituyentes de izquierda, p.e., no firmaron la Constitución de 1979, en un acto de denuncia de su carácter “burgués”³². Sin embargo, los resultados de las elecciones de 1980 (las presidenciales de abril y las municipales de 1980) tuvieron un gran efecto demostrativo para la izquierda: en las primeras, divididos en cinco candidaturas, obtuvieron 14.4% de los votos, donde el candidato más votado, Hugo Blanco del troskista PRT obtuvo sólo el 3.9% de los votos

³¹ Creemos que sería interesante hacer el ejercicio de analizar la constitución del Movimiento Libertad desde la perspectiva de los movimientos sociales en sentido “tourainiano”. De hecho, se trató de una movilización iniciada como una respuesta eminentemente social a la iniciativa de estatización; que rápidamente llegó a expresarse en lo político... y que progresivamente fue permeando a la sociedad de nuevas ideas y prácticas. ¿Oposición, identidad e historicidad? Sí existieron movimientos sociales en el Perú creemos que el Movimiento Libertad estuvo más cerca de ello que muchos movimientos resaltados por la literatura de los movimientos sociales, y que a la larga se revelaron débiles y efímeros.

³² Sobre el desempeño de la izquierda en la Asamblea Constituyente ver Sanborn, 1991.

válidos totales³³. En las segundas, juntos dentro de IU (Izquierda Unida) obtuvieron el 23.3%, acercándose al resultado del conjunto de la izquierda en 1978 (29.4%).

Así que entre abril y noviembre, la izquierda había logrado, mal que bien, superar sus disputas internas, constituyendo IU, y lanzando a la política nacional a una nueva figura, Alfonso Barrantes, candidato a la alcaldía de Lima, dejando atrás a Hugo Blanco, el líder de izquierda más importante en las elecciones de 1978 y en las presidenciales de 1980. Desde entonces, la IU empezó un importante camino de consolidación: en las elecciones municipales de 1983 la IU con Barrantes ganaba la alcaldía de Lima, y en 1985 disputó la presidencia con el candidato del APRA, Alan García. No sólo se trató de un avance electoral: también la izquierda empezó a mostrar un eficiente trabajo en el parlamento, y también en muchos de los gobiernos locales que le tocó administrar. En Lima Metropolitana, en 1986, Barrantes estuvo a punto de lograr la reelección, y la perdió en medio de unas elecciones muy disputadas y en medio de acusaciones de fraude.

De este modo encontramos que pese a que consideraciones ideológicas hacían difícil el desempeño de IU en la arena electoral, ésta logró tener una *performance* notable, llegando a ser la IU una de las izquierdas electorales más importantes en América Latina. La IU, pese a la ideología de sus partidos componentes, se integró plenamente y jugó dentro de los márgenes del sistema y se avino al pacto político expresado en la Constitución de 1979. Y todo ello sumado a una igualmente exitosa relación con organizaciones sociales populares. Los partidos de la IU hegemonizaban ampliamente el mundo de los “nuevos movimientos sociales” de las organizaciones de trabajadores. Algunos de los más importantes: el movimiento sindical, “expresado” en la CGTP, hegemonizado por el PCP; el movimiento campesino “expresado” en la CCP y la CNA, por el PUM y el PSR, respectivamente; el movimiento magisterial, expresado en el SUTEP, hegemonizado por el UNIR... De modo que la IU no aparecía en absoluto durante gran parte de los ochenta adoleciendo de crisis de representación. Por el contrario, hasta podría criticarse una relación excesivamente estrecha de los partidos de izquierda con las organizaciones sociales, al extremo que éstas perdían autonomía respecto a éstos³⁴.

La izquierda ilustra con gran claridad la importancia de la arena de los grupos de interés y movimientos sociales, en la medida en que su ideología le otorga primera importancia a las organizaciones populares (“el pueblo organizado”), supuestos titulares de la soberanía popular-revolucionaria. La izquierda por definición busca el poder, la correlación de fuerzas en el terreno de los actores estructurales y estratégicos, y la vinculación con el “el pueblo organizado” es fundamental en la medida en que no se cuenta con el apoyo de los poderes estructurales. La arena intra-partidaria también es crucial; según la ideología de los partidos componentes de IU, el partido es la “vanguardia” del proceso revolucionario.

³³ Peor aún, por efectos de los mecanismos de asignación de escaños, la izquierda sólo obtuvo 19 de 240 escaños en el Congreso, es decir, sólo el 7.9%. Tuvo sólo 10 diputados de 180, y 9 senadores de 60.

³⁴ Una interesante visión crítica de la relación entre la izquierda y los movimientos sociales puede verse en Pásara, ed., 1991.

Pese a las tensiones y complicaciones que implica la combinación de estas arenas, la IU logró sin duda un éxito formidable. La IU expresó claramente la lógica *electoral-movimientista* que a nuestro criterio caracteriza la manera de hacer política en la región en el contexto de las nacientes democracias y de la vigencia del modelo político “Estado-céntrico”. En el caso de la IU, esta combinación de arenas quedó expresada en la fórmula de “*estrategia de gobierno y de poder*”, que permitió la convivencia de sus partes dentro de un solo frente político.

Con el gobierno del APRA y de Alan García, las tensiones en IU empiezan a ser más evidentes. De un lado, quienes proponían una oposición frontal al APRA, esperar a que los límites del reformismo queden en evidencia, y prepararse para una posibilidad de un desenlace revolucionario a partir de 1990. Ello llevaba a privilegiar las arenas de los grupos de interés y la intrapartidaria en desmedro de la electoral. De otro lado, quienes proponían una relación de “colaboración crítica” con el APRA, con la idea de consolidar una hegemonía socialdemócrata-socialista en el país y evitar la reconstitución de la derecha. Esta estrategia llevaba a privilegiar la arena electoral, y subordinar las identidades tradicionales a nivel intrapartidario y la relación de los grupos de interés vinculados a los partidos en aras de estrategias más cooperativas.

Estas tensiones llegaron a niveles mayores cuando Barrantes (vinculado a esta última posición y con una pública y estrecha amistad con Alan García) perdió la alcaldía de Lima frente al candidato del APRA en las elecciones del 9 de noviembre de 1986, en medio de denuncias de fraude (realizadas por la IU y respaldadas por el PPC). El 14 de noviembre la IU convoca a un mitin para protestar por el supuesto fraude, y en éste Barrantes es largamente abucheado por los manifestantes. El 27 de mayo, en el acto de inauguración del IX Congreso del PCP, Barrantes nuevamente es duramente abucheado³⁵. Estos y otros incidentes revelan un clima que hacen que el 31 de mayo de 1987 Barrantes renuncie a la presidencia de IU (más no a su “liderazgo”). Acusó a quienes lo cuestionaban de haberse “propuesto su liquidación política”, desde una “indisimulada posición proterrorista”.

Las tensiones vuelven a estallar a partir de julio del mismo año, con el intento de estatización de la banca por parte del gobierno. Esta iniciativa de García polariza la escena política entre el gobierno y el movimiento Libertad, encabezado por Mario Vargas Llosa. La IU queda descolocada, y su propuesta (más radical que la de García) obviamente pierde conforme la oposición a la estatización va ganando la batalla. En medio de esta agitada coyuntura política, quedan en evidencia las indefiniciones y los problemas que IU tenía que encarar. Por ejemplo, el asunto de la conducción política: hasta ese momento, la dirección de IU era ejercida por medio de un Comité Directivo Nacional, integrado por los Secretarios Generales de los partidos miembros, con un “Coordinador de turno”, cargo rotativo cada dos meses. Es decir, cada dos meses la IU tenía un líder distinto, y en ocasiones hasta posiciones políticas distintas. Lo insostenible de esta situación, con la posibilidad de que IU pudiera ganar las elecciones

³⁵ Los militantes del PCP corearon ante su presencia: “la izquierda es consecuencia y no vacilación”.

en 1990 llevaron a que se convocara al Primer Congreso Nacional de IU, para setiembre de 1988 (se realizó finalmente en enero de 1989).

La convocatoria al Congreso reaviva a la IU, la dinamiza, la hace crecer. En julio de 1988, al concluir el proceso de empadronamiento de militantes de IU, se llegó a la cifra de 130,000 inscritos, cifra que superó por mucho todas las expectativas. Diversas encuestas de opinión mostraban a lo largo de todo 1988 y hasta enero de 1989 que la IU, con Barrantes de candidato presidencial, vencía a Vargas Llosa como candidato del FREDEMO si las elecciones de 1990 se realizaran en ese momento.

Sin embargo, sabemos lo que pasó. En enero de 1989, en el Congreso mismo, la IU inicia su largo y tortuoso proceso de división, que progresivamente irá minando sus posibilidades electorales. La tensión entre “reformistas” y “vanguardistas-militaristas” desencadenó la ruptura. Sobre la división nos interesa destacar dos aspectos, a nuestro juicio poco resaltados y fundamentales para entender lo que sucedió. El primero, que las lecturas del país que desencadenaron la ruptura, las dos, nos parece que en el momento eran razonablemente válidas. Ya más arriba habíamos hablado de la disputa entre varios Perús posibles, y mientras que para una parte de IU el rumbo del país le imponía ocupar el centro político y poner el tema de la gobernabilidad como un punto central en la agenda, para otra parte por el contrario lo que correspondía era prepararse para una creciente polarización, militarización y conflicto social que podría desencadenar una crisis revolucionaria.

En segundo lugar, creemos que lo que realmente destruyó las posibilidades electorales de la izquierda no fue tanto la división en sí. A final de cuentas, hasta habría sido mejor para cada parte seguir más consistente y coherentemente su propio camino sin interferencias. El verdadero problema fue la manera en que se produjo: confusamente, en medio de descalificaciones mutuas, que apenas empiezan en enero de 1989, siguen en agosto cuando se inscriben por separado dos distintos candidatos a las elecciones municipales de noviembre, uno por IU y otro por el recién creado ASI (Acuerdo Socialista); hasta ese momento, sin embargo, la división no estaba consumada; recién lo está en octubre de ese año, cuando IU registra a Henry Pease como su candidato presidencial y Alfonso Barrantes se registra como candidato de IS (Izquierda Socialista). Pero tan tarde como hasta setiembre, el propio Pease proponía a Barrantes como candidato de IU. Y hasta pocas horas antes de la inscripción de las fórmulas presidenciales en octubre se seguía negociando la posibilidad de evitar la ruptura.

¿Por qué una división tan tortuosa y complicada? Creemos que pese a las diferencias de las partes, ambas compartían, a su modo, la creencia en la necesidad de continuar con la fórmula política electoral-movimientista, de “gobierno y de poder”, que tan buenos resultados le había dado a la IU. Del lado la IS, se tenía al candidato (Barrantes), se tenía una buena carta para jugar en la arena electoral, pero faltaban los vínculos en la arena de los grupos de interés y movimientos sociales. Entre enero y octubre, la IS estuvo hasta el final tratando de convencer al PCP de unirse a los disidentes de IU. Incluso para la IS, la relación con el PCP y por ende con el principal gremio de trabajadores del país (CGTP) resultaba fundamental. Del lado de IU, por el contrario, el balance en esa arena era bastante favorable; lo que faltaba era el candidato para poder desempeñarse bien en la arena electoral. De allí que Pease buscara hasta el

final la posibilidad de que Barrantes fuera el candidato, pero dentro de IU. Del lado del propio PCP, también internamente dividido entre dos alas, se tuvo que jugar siempre a la unidad, para evitar la propia división del partido. Al final, el PCP se quedó en IU.

El problema tanto para la IU como para la IS es que estas disputas tuvieron efectos devastadores sobre la opinión pública: para una gran parte en ella las disputas respondían a meras rivalidades personales. Ellas minaron seriamente la credibilidad de las candidaturas tanto de Barrantes como de Pease. Incluso Pease sacó más votos que Barrantes en 1990.

Encuesta de agosto de 1989 (Lima): Causa de la crisis en Izquierda Unida

Rivalidad personal	55%
Discrepancias ideológicas	34%
Discrepancias programáticas	6%
Otros	1%
NS/NR	4%
Total	100%
Encuestados	335

Fuente: APOYO.

Ahora bien, pese a la difícil situación en la que se encuentra la izquierda a lo largo de la campaña electoral 1989-1990, ambos grupos tenían elementos para sentirse con fundadas esperanzas tener desempeños razonablemente buenos en el sistema de partidos. La IU mantenía dentro de sus filas a “básicamente todos los destacamentos del movimiento popular organizado”, según declaraciones de Pease después de consumarse la división (fuera de IU quedaron “tres partidos pequeños y Alfonso Barrantes”). Esto en la arena de los grupos organizados. En la arena electoral, a la IU tampoco parecía irle tan mal. En las elecciones municipales de noviembre de 1989, preámbulo de las presidenciales de abril, la IU no quedó tan mal parada: las elecciones las ganó el FREDEMO, pero con el 31.2%, bastante lejos del 50% que necesitaban para ganar en primera vuelta en abril; segundo quedó el APRA, con 20.4%, la IU quedó tercera, pero muy cerca: con 20.2%. La votación de los disidente del ASI resultó mínima a nivel nacional: sólo sacaron el 2.3% de los votos. De modo que la IU podía especular con la posibilidad de quedar segunda en las elecciones de abril, y poder pasar a segunda vuelta con Vargas Llosa.

Del lado de Barrantes y la IS, pese a los resultados municipales, también podían abrigar esperanzas de entrar a la segunda vuelta. Las elecciones se realizaron el 8 de abril. Las encuestas a lo largo de 1989, incluso después de consumada la división de IU en octubre, indicaban que Barrantes era el candidato que iba a entrar a la segunda vuelta, pese a la tendencia declinante en su intención de voto. Recién en el mes de febrero el candidato del APRA, Luis Alva Castro, pareció igualar y superar la intención de voto por Barrantes (dicho sea de paso, la intención de voto por Alva C., muestra una consistente tendencia ascendente). Una encuesta realizada entre el 8 y el 11 de marzo, una de las últimas en ser publicadas antes de las elecciones (según la ley, no podían publicarse encuestas quince días antes de la elección) daba los siguientes resultados: Vargas Llosa 42%, 16% Alva Castro, 12% Barrantes, 10% Pease, y Fujimori sólo con un

3%. Mostraba, de un lado, todavía la posibilidad para Vargas Llosa de ganar en primera vuelta, y una cerrada disputa por el segundo lugar³⁶.

El APRA

El caso del PAP (Partido Aprista Peruano), el eje del sistema de partidos de los ochenta, es el más complejo e interesante, en tanto por medio de él podemos analizar con claridad muchos de los dilemas, espejos y espejismos de la democracia y del sistema de partidos, y las razones de su colapso a lo largo de la primera mitad de los noventa.

Más arriba nos habíamos referido a la gravísima crisis en la que se encontraba el partido en su intento de resolver el tema de la sucesión y la definición de la herencia política del aprismo después de muerto Haya de la Torre. Esta crisis afectó duramente el desempeño del APRA en las elecciones de 1980, tanto las presidenciales de abril como las municipales de noviembre. Pero la gravedad de la crisis habla también de la gran capacidad del partido para salir adelante. Hacia 1982 era el APRA ya claramente la cabeza de la oposición al gobierno de Belaúnde. Mucho de la recuperación del partido se debía a su nuevo y joven dirigente: el entonces diputado Alan García, de 33 años, electo Secretario General del APRA en su XIV Congreso Nacional de octubre de ese año. Ya en las elecciones municipales de noviembre de 1983, el APRA volvía a ser la primera fuerza electoral del país. Y el país apareció claramente dividido en tres tercios: el APRA obtuvo el 33.1% de los votos, AP obtuvo el 17.5%, el PPC el 11.9% (sumados eran el 31.4), y la IU alcanzó el 29%.

Creemos que la capacidad de renovación del APRA en la primera mitad de los ochenta no ha sido estudiada ni evaluada con justicia, dada la experiencia posterior del gobierno de García. Sin embargo, García supo darle al partido una nueva imagen, de partido moderno, con una ideología social-demoócrata, cuando éste parecía por el contrario destinado a ser controlado por una gerontocracia octogeneraria, por sus líderes históricos. Creemos que bajo el liderazgo de García el APRA muestra un *aggiornamento* impresionante³⁷.

En las elecciones presidenciales de 1985, con una derecha en crisis, desgastada por el ejercicio de gobierno, sin candidaturas sólidas, una izquierda sin convicción, que jugó más a consolidar su espacio social antes que jugar decididamente en la arena electoral³⁸, Alan García como candidato del APRA ganó con un arrollador 53.1% de los votos válidos, otra vez expresivos de la alta volatilidad del electorado. AP obtuvo sólo el 7.3%, el PPC el 11.9% (sumados el 19.2%), y la IU el 24.7%. Nos parece importante resaltar nuevamente el carácter “inflado” de la votación del APRA, otra vez nos parece

³⁶ Sobre las elecciones de 1990 ver el a nuestro criterio excelente artículo de Schmidt, 1996.

³⁷ Ver al respecto Barreda, 1994; Graham, 1992; y Sanborn, 1989 y 1991.

³⁸ Los *slogans* de campaña son ilustrativos: mientras García buscaba al elector medio (“mi compromiso es con todos los peruanos”), Barrantes hablaba sólo a su base social tradicional (su “compromiso con los pobres”). Pese al arrollador triunfo de García, según la ley electoral los votos debían contarse no sobre el total de válidos, sino sobre el de emitidos (incluyendo blancos y nulos), con lo que García obtenía sólo el 45.8%. Barrantes sin embargo declinó a participar en una segunda vuelta, y esta no se realizó.

expresivo en cierto grado de voto estratégico, sobre todo de derecha. Así es más fácil entender la rápida recuperación de la derecha desde 1987, que en 1985 aparecía a nuestro juicio sub-representada. Llegó así finalmente el APRA al gobierno después de más de sesenta años de protagonismo en la historia peruana.

Entender el desempeño del gobierno de García a nuestro juicio requiere entender la situación política en la que se encontraba y los desafíos que tenía que enfrentar:

- dada la historia del APRA en general y la historia inmediata precedente, en la que García enarbó banderas de cambio, y sobre las cuales basó su identidad política, había una gran presión sobre el gobierno para hacer “algo grande”, y no ser “uno más”.
- de otro lado, la competencia inter-partidaria hacía que el gran adversario del APRA resultara la IU, en ascenso. Para la IU, se trataba de esperar a que se “evidenciaran los límites del reformismo” y aspirar a ser alternativa de gobierno en 1990. Por lo mismo, el APRA tenía una fuerte presión para ir “hacia adelante”, buscando medidas audaces, para evitar ser desbordado por su flanco izquierdo. En el mismo sentido empujaba la acción de Sendero Luminoso y el MRTA. Como señalan varios testimonios, García estaría persuadido (como gran parte de la intelectualidad progresista) de que la mejor estrategia para enfrentar a Sendero sería realizar un gran programa de cambios sociales;
- en tercer lugar, considerando estrictamente los intereses de García como actor, encontramos que el vasto respaldo y la gran popularidad de la que gozaba, así como su enorme voluntad política personal, dificultaban sobremanera el cumplimiento del artículo 204 de la Constitución que impedía la reelección presidencial inmediata. Para lograr una reforma constitucional, García requería tener siempre la iniciativa política y altos niveles de aprobación, para así poder vencer las resistencias no sólo de los adversarios políticos del APRA, también la de los apristas que aspiraban a sucederlo en la presidencia³⁹.

Todos estos elementos ayudan a entender el por qué de la actitud de García de siempre buscar medidas espectaculares, de por qué buscó siempre “huídas hacia

³⁹ Si bien en el ambiente peruano hay una extendida idea en contra de la reelección inmediata, y sólo pensando hipotéticamente... ¿qué hubiera pasado en el Perú si se hubiera permitido la reelección inmediata? De hecho, las cosas serían muy distintas, y acaso mejores. ¿Belaúnde habría actuado de la misma manera si él hubiera enfrentado la re-elección en 1985? ¿No habría sido más activo en la búsqueda de alternativas? García, ¿habría realizado acciones políticas tan temerarias como las que tomó entre 1987 y 1988? ¿No habría seguido un rumbo más moderado? Fujimori, ¿habría realizado el golpe del 5 de abril de 1992? En la actualidad, ¿cómo se estaría desarrollando la vida política peruana si estuviera permitida la re-elección indefinida? Son sólo especulaciones, pero son útiles para cuestionar la idea de que la re-elección presidencial es intrínsecamente negativa... ello es cierto sólo en algunos contextos. Creemos que hubiera sido mejor si los constituyentes de 1979 hubieran permitido la reelección inmediata por sólo un período (no más) y hubieran buscado mecanismos efectivos, de rango constitucional, que impidieran el empleo indiscriminado del poder estatal en favor del presidente-candidato... acaso también hubiera sido mejor establecer la posibilidad de disolver el Congreso una vez durante el mandato (no en el último año), con convocatoria inmediata a elecciones... con ello, el golpe del 5 de abril tal vez nunca habría sucedido...

adelante” (*fuites en avant*) y por qué evitó, cuando no tuvo mayor opción, hasta el final, hasta el “último minuto” las correcciones y los retrocesos. Sólo un elemento empujaba hacia la moderación: el hecho de que parte del respaldo del APRA dependiera del anti-comunismo de las fuerzas conservadoras, que utilizaban al APRA como “colchón” para evitar el avance de la izquierda. Como se ve, el gobierno de García no tenía un panorama político sencillo. A todo esto, obviamente, había que sumar los problemas a enfrentar en la gestión de gobierno: crisis económica, terrorismo, militarización...

Al inicio del gobierno, sin embargo, hubo cierto margen para establecer un juego de suma positiva, pudiéndose lanzar un programa económico expansivo; la arena de las políticas públicas dejaba ciertos márgenes de acción, facilitados por el gobierno saliente de Belaúnde. Ello requirió optar por privilegiar el frente interno en desmedro del externo: así surge la iniciativa de la moratoria unilateral por un año en los pagos por servicios de la deuda externa, y el empleo de esos recursos en función de la reactivación. A la política económica se sumó una política fuerte en materia de derechos humanos, e indicios de nueva orientación en política antisubversiva. En el frente interno, todos ganaron.

Este juego de suma positiva tuvo resultados inmediatos espectaculares. La popularidad de García subió a niveles de aprobación prácticamente unánimes, otra vez indicativos de los altos niveles de “disponibilidad” y volatilidad de una gran parte de la ciudadanía. Incluso el MRTA decidió otorgarle una “tregua” al gobierno. Durante el primer año del gobierno, la aceptación ciudadana superaba el 80% en promedio, y durante el segundo año, el 60%. Sin embargo, el programa económico “heterodoxo” implementado, basado en la ampliación de la demanda empezó rápidamente a mostrar su carácter de corto plazo. Tan temprano como fines de 1985 y comienzos de 1986 ya se discutía sobre qué opciones tomar frente a los “cuellos de botella” internos y externos que se veían venir. Semanas antes del mensaje al país que el Presidente debía dirigir a la nación desde el Congreso el 28 de julio de 1986, García discute con un grupo reducido de personas la posibilidad de estatizar el sistema financiero, cosa aprobada en principio. Sin embargo, a último momento, García decidió “congelar” ese proyecto (Barreda, 1994)⁴⁰.

García decidió hacia mediados de 1986 una estrategia intermedia, de alianza con los principales grupos empresariales del país, los llamados “doce apóstoles”, en busca de aumentar los niveles de inversión de modo de poder ampliar la capacidad ociosa. Sin embargo, como era de esperarse, la inversión no podía darse al ritmo y los niveles a los que el modelo en agotamiento requería; p.e., difícilmente la producción y las exportaciones crecerían al ritmo con el que empezaban a crecer los precios y a agotarse

⁴⁰ Es importante recordar que a lo largo del primer semestre de 1986 el gobierno enfrentaba serios problemas en su relación con las Fuerzas Armadas y Policiales, y con las acciones de Sendero Luminoso, fuerza que no se dejó seducir en absoluto por García, el “aprendiz de Führer”, en su peculiar terminología. En junio de 1986, presos senderistas se amotinaron y tomaron el control de varios centros penales en Lima, que terminaron en un debelamiento sangriento. La masacre de los penales marcó un punto de inflexión en la estrategia contrasubversiva del gobierno, crecientemente militarizada y represiva. Sobre el gobierno de García en general ver Crabtree, 1992.

las reservas. Así, a lo largo de 1986 y el primer semestre de 1987, García empieza a perder en todas las arenas en las que antes ganaba.

En la arena electoral, García veía que en el campo de su principal adversario político, la IU, las posiciones encabezadas por Barrantes, más cooperativas frente al gobierno, perdían posiciones frente a las que jugaban a un rol de oposición más frontal. En la arena de los grupos de interés, tenía una muy conflictiva relación con los empresarios, que se sentían “presionados” a invertir con medidas de tipo compulsivo; con los gremios de trabajadores, García mostraba cada vez menos capacidad de manejo. La CGTP realizó un paro nacional, el primero en contra del gobierno aprista, bastante importante, el 19 de mayo de 1987; apenas unos días antes, el 15 de mayo, se había realizado un paro policial y el control interno quedó por unos días en manos del ejército. Finalmente, en la arena intra-partidaria, García también se veía en apuros; hacia mayo Luis Alva Castro, hasta entonces ministro de economía, anuncia que renunciará a su cargo, para postular a la presidencia de la cámara de diputados en la legislatura que empieza el 28 de julio. Se trata del primer movimiento de Alva Castro en pos de la candidatura presidencial del APRA para 1990 (el control de Alva Castro de la cámara, obviamente, dificultaba la posibilidad de que el Congreso aprobara la modificación constitucional para posibilitar la reelección de García)⁴¹.

Así hacia de julio de 1987, García se veía en una encrucijada: de un lado, el camino era “frenar” el ritmo de actividad económica para hacerlo más congruente con los niveles de inflación y los déficits internos y externos; profundizar el camino de la concertación con los empresarios; girar hacia estrategias más conciliadoras en materia de deuda externa... todo lo que haría seguramente crecer a la izquierda en su rol de oposición, e implicaría además abandonar sus aspiraciones de re-elección y resignarse a ver crecer la figura de Alva Castro dentro del partido. Del otro lado, primaba la voluntad política: tomar una medida espectacular, que le permitiera recuperar la iniciativa política. Y como sabemos, tomó este camino.

Pese a los pronósticos de muchos, como ya vimos, la iniciativa de la estatización resultó siendo un fracaso⁴². Perdida la “batalla de la banca” (Tantaleán) en la segunda mitad del 1987, García se encuentra por primera vez con una rotunda derrota política. Pese a ello, todavía logró mantener durante la primera mitad de 1988 muy altos niveles de popularidad (cerca al 40%). Estando derrotado en todas las arenas de disputa política, lo único que le quedaba a García era niveles relativamente altos en su

⁴¹ El anuncio de la renuncia de Alva Castro motivó una reacción destemplada de García, que ilustra el grado de rivalidad existente dentro del APRA. Los diarios del 22 de junio registran declaraciones de García en los que señala que “en el APRA no hay renunciadas... todo aquel que de un paso atrás es un traidor”.

⁴² Uno de los motivos más importantes por los cuales la iniciativa de la estatización no prosperó es porque ella encontró resistencia dentro de la propia bancada aprista en el senado. Es interesante este hecho, que contrasta con la imagen de un poder “omnímodo” presidencial frente a un parlamento “genuflexo”. Esa imagen no es correcta ni durante el gobierno de García, ni con el de Belaúnde, que tuvo que enfrentar siempre el juego propio de la bancada de AP con Alva Orlandini. Esto nos lleva a cuestionar o al menos relativizar la imagen de los partidos “patrimoniales” sugerida por varios autores, en la que los líderes aparentemente tendrían capacidad ilimitada para imponer su voluntad.

popularidad. Por ello resulta fácil entender por qué se aferró a ésta. Ello implicó posponer medidas de ajuste duras que a inicios de 1988 resultaban imprescindibles. Por el contrario, García emprende durante 1988 un camino “gradualista” de ajuste, que resultó totalmente insuficiente (ver Lago, 1992).

¿Por qué García evitó un ajuste importante hacia los primeros meses de 1988? Algunos de sus asesores le recomendaron llevar a cabo un ajuste “fuerte” a comienzos de 1988, de modo de lograr una cierta estabilización hacia fines de año, y poder acabar el gobierno nuevamente en crecimiento, de cara a las elecciones de 1990. Pero ello habría significado la renuncia de García a su búsqueda de poder personal, en aras de su rival en el partido, Alva Castro.

García tenía varias cartas todavía para jugar. En primer lugar, García todavía tenía esperanza de que pudiera discutirse la reforma constitucional que le permitiera tentar la reelección en la legislatura de abril de 1988. La posibilidad se discutió durante mayo, antes del inicio de la primera legislatura ordinaria del período 1988-1989 (en julio) pero no prosperó. Segundo, para agosto de 1988 estaba programada la realización del XVI Congreso Nacional del APRA (que finalmente se realizó en diciembre), donde sería electo el nuevo Secretario General del partido, en un contexto en que dentro de éste había cada vez más descontento frente al rumbo del gobierno y la escasa participación que tenía dentro de las decisiones del ejecutivo. Así que estos escollos hacían que García pospusiera la decisión del ajuste hasta literalmente el último minuto.

Pero no es solamente la pura lógica de sobrevivencia de García la que dificulta tomar la decisión del ajuste. El país atravesaba una serie de agudos problemas durante 1988 que hacían pensar que una política de ajuste drástico tendría efectos devastadores. 1988 fue el segundo año con mayor cantidad de huelgas desde 1970, después de 1981. En términos de miles de horas-hombre perdidas, 1988 encabeza la lista (en segundo lugar queda 1978). Y la dinámica de protesta en 1988 no es consecuencia del ajuste de setiembre, sino que la antecede (ver cuadro 5). Además, uno de los sectores más conflictivos en 1988 fue el sector minero, estratégico por su importancia en el total de exportaciones peruanas (mayor al 50%), más aún en un contexto de escasez y rápido agotamiento de reservas. Enfrentaba a uno de los gremios empresariales y de trabajadores más fuertes del país; de un lado, la Sociedad Nacional de Minería, y del otro a la Federación Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos, además, hegemonizada por las organizaciones de izquierda de corte más radical, algunas de ellas fuera de IU. Entre el 18 de julio y el 16 de agosto se realizó la primera gran huelga minera; la segunda, después del paquete de setiembre, entre el 17 de octubre y el 12 de diciembre (que terminó en derrota para la Federación Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos, cuyo punto principal de reivindicación era el pliego nacional único).

La dinámica reivindicativa, en el caso del sector minero, se cruzaba también con la de la violencia política. Sendero Luminoso y el MRTA también se habían propuesto el control del sector minero. 1988 continuó con un alto número de acciones terroristas, pero si miramos el número de víctimas por la violencia, 1988 fue el año con más víctimas registradas hasta el momento durante el gobierno aprista (después de una tendencia declinante). De modo que el escenario de la guerra contribuía también a la hacer más difícil la decisión de un ajuste (ver cuadro 10).

Estos factores nos permiten entender cómo fue posible que el gobierno llegara a una situación tan crítica como la de setiembre de 1988 (ver cuadros 6 y 7). Nos parece que la intersección entre los requerimientos económicos y la dinámica política es la clave para entender esta situación, que resulta un tema central en la literatura sobre los procesos de ajuste⁴³. En gran parte sin duda se trata de la responsabilidad de Alan García como gobernante, pero también ésta se combinó en cierta forma con los temores, expectativas y las reacciones de los grupos de interés y la sociedad en general. El Perú entró desde fines de 1987 en un régimen de alta inflación, que como la literatura sobre la inflación muestra, tiene sus propios elementos estabilizadores, pese a su situación esencialmente inestable. Ello se comprueba también analizando las otras experiencias heterodoxas en Argentina y Brasil, que igualmente desembocaron en hiperinflaciones (ver cuadro 1, 8 y 9). Volveremos sobre este punto en la sección siguiente.

En setiembre de 1988 el ajuste no pudo ser pospuesto más; para agosto el nivel de reservas internacionales netas del Banco Central eran negativas en 266 millones de dólares (ver cuadro 6). El paquete de medidas del ministro de economía de entonces, Abel Salinas, llevó a que en el mes de setiembre la tasa de inflación registrara un aumento de 114.1%. El paquete de setiembre constituye la verdadera gran derrota política de Alan García, no el haber perdido la batalla de la banca. El ajuste de setiembre es el que realmente destruye su popularidad, haciéndola caer de 40% en julio de 1988 a 11.4 en julio de 1989. La derrota se dió en todas las arenas; especialmente cruda fue en la arena intra-partidaria. En el XVI Congreso Nacional del APRA Luis Alva Castro es electo nuevo Secretario General, y García perdió el cargo de presidente del partido que tenía desde 1985. Durante la inauguración del evento, García fue varias veces interrumpido por la militancia aprista mientras pronunciaba su discurso, en medio de gritos que cuestionaban su gestión.

A nivel de la clase política, el desprestigio de García era muy grande, y llegó a niveles especialmente graves entre setiembre y los primeros meses de 1989. Trascendió a nivel público el malestar por técnicos vinculados al manejo de la economía, por las intervenciones del presidente, que atentaban contra la coherencia de los programas y el cumplimiento de las metas fijadas. El propio ajuste del 6 de setiembre salió recortado. El 22 de noviembre, el ministro de economía Salinas lanzó otro paquete de medidas (el mes de noviembre registró un nivel negativo de Reservas Internacionales Netas en el BCR de 304 millones de dólares) nuevamente recortado por García a último minuto, lo que motivó su renuncia del ministro y el vice-ministro de economía. Para muchos, el nivel de caos en el que se encontraba el país respondía en gran medida a la intervención del presidente. Así, entre setiembre de 1988 y los primeros meses de 1989, diversos actores pidieron la renuncia del presidente. Según algunos testimonios, a lo largo de esos meses se realizaron algunos intentos de golpe de Estado⁴⁴; entre ellos un “auto-

⁴³ Ver al respecto Alesina, 1994, entre muchos otros.

⁴⁴ En enero de 1989, el embajador de los Estados Unidos, Alexander Watson, prácticamente tuvo que realizar una declaración pública anunciando que su gobierno no apoyaría ningún golpe de Estado. En el mismo mes, Mario Vargas Llosa realizó una declaración pública exhortando al APRA a impedir el golpe del Estado contra García.

golpe” propiciado por el propio García. Aparentemente, García mismo buscaría en esos meses la realización de un golpe que lo depusiera, de modo evitar los costos políticos de una crisis cada vez más aguda.

Pese a todos estos problemas, los intentos de golpe de Estado fueron conjurados, y las propuestas que apuntaban a una modificación de las reglas de juego de 1979 (renuncia o declaración de vacancia de la presidencia, elecciones anticipadas) fueron derrotadas. Este hecho nos parece de la mayor importancia, y muestra claramente el compromiso de los actores políticos principales en torno al pacto político establecido en 1979, y una importante dosis de confluencia sistémica en cuanto a los principales actores partidarios. El sistema de partidos funcionó efectivamente como sostén del régimen democrático, y además, pese al creciente desgobierno, las principales fuerzas alternativas al APRA eran capaces de canalizar las preferencias electorales ciudadanas con vistas al proceso electoral de 1989-1990, y lograban expresar políticamente, con gran claridad, los intereses de determinados grupos de interés. Más todavía, el propio APRA, y el mismo García personalmente, logró recuperarse de la difícil situación política en la que se encontraba, y al finalizar el proceso electoral de 1989-1990, como veremos, resulta siendo uno de los grandes ganadores...

Queremos concluir esta parte llamando la atención sobre el relativo éxito del sistema de partidos en medio de sus dificultades hacia el final de 1988, y su capacidad representativa. Nuevamente, el principal tema de la agenda política era la crisis de **gobernabilidad** en la que se encontraba el país y las perspectivas de una elección altamente ideologizada y polarizada entre Barrantes por la IU y Vargas Llosa por el FREDEMO. Creemos que los diversos actores políticos, vistos hacia fines de 1988, han sido además relativamente exitosos en su desempeño político, combinando las arenas políticas fundamentales. Salvo quizá en el caso del APRA y de García... pero sólo momentáneamente, como veremos a continuación. El APRA y García son de los que mejor terminan el proceso electoral de 1989 y 1990.

La coyuntura 1988-1990: los espejismos de la democracia y el “tsunami Fujimori”

Creemos que precisamente el relativo éxito de los actores políticos en las diversas arenas en las que se desempeñaban, su capacidad representativa y su buena ubicación al inicio del proceso electoral de 1989-1990 ayuda en mucho a explicar el posterior colapso del sistema de partidos. Nuestra tesis es que justamente en esos años se revelan de manera un tanto abrupta los límites del juego que venían jugando los actores hasta ese momento, que si bien fue inicialmente representativo, con los años y los efectos de la crisis, fue deviniendo en un juego crecientemente elitista, pese a involucrar a los principales grupos de interés y movimientos sociales, que fueron también, al igual que los partidos, perdiendo capacidad de expresar a los segmentos sociales que supuestamente representaban. En medio de estos cambios, creemos que es muy importante la configuración de una nueva arena en la que se encontraron los actores, que adquirió autonomía de las otras, que podríamos llamar la arena de la **opinión pública**. Pasamos así al progresivo debilitamiento de una lógica **electoral-movimientista**, y el paso a lo que podríamos llamar una lógica **electoral-mediática**.



Vemos más en detalle el proceso electoral 1989-1990, clave para entender el colapso del sistema de partidos. El preámbulo de las elecciones presidenciales fueron las municipales en noviembre de 1989. En ellas, encontramos por primera vez desde la primera elección que marcó el inicio de la transición democrática, en 1978, un importante voto por candidatos independientes, es decir, por fuera del sistema de partidos. El voto independiente alcanzó el 28.5%, y el 71.5% de los partidos se repartió así: 31.6% para el FREDEMO, 19.7% para el APRA, 17.9% para la IU, y 2.3% para ASI (la fracción encabezada por Barrantes) (ver cuadro 4). Lo más impactante fue el triunfo del independiente Ricardo Belmont en Lima Metropolitana. El triunfo de Belmont constituye la primera señal de cómo la insatisfacción ciudadana puede expresarse en la arena electoral por encima de la capacidad de encuadramiento (*screening*) de los partidos respecto de las opciones disponibles para la ciudadanía en la arena electoral.

¿Por qué precisamente en esta elección es que aparece este fenómeno de los “independientes”? Si analizamos los resultados en términos de los del conjunto de la década, podemos deducir que el voto independiente crece a costa de la pérdida de votos “tradicionales” del APRA y de la IU, que ya hemos visto, fueron muy volátiles desde el principio. Pero además, este desplazamiento ocurre en el contexto de una sensación más amplia, hasta cierto punto generalizada, de malestar respecto a la clase política en su conjunto. Durante la segunda mitad de 1989, tenemos una serie de indicadores de ingobernabilidad que generan de parte de la sociedad una fuerte demanda de respuestas por parte de las élites políticas; en primer lugar, la crisis económica y la inflación se mantiene a niveles muy altos; segundo, hay una fuerte actividad huelguística en sectores esenciales. Si bien los datos agregados registran en 1989 una disminución de la actividad huelguística, éstos no registran en impacto político de ésta. Algunos ejemplos a lo largo de 1989: las huelgas mineras, a las que ya hemos hecho referencia; las huelgas de los trabajadores estatales (CITE): una que se extendió entre enero y marzo, que duró 65 días; reiniciada en agosto y levantada nuevamente en noviembre, después de 77 días; la huelga médica, iniciada en mayo y levantada en setiembre, después de 97 días; diversas huelgas campesinas, de empleados públicos... en octubre, se registró incluso una huelga policial...

En tercer lugar, no menos importante, hay que señalar el frente de la guerra: la ofensiva de Sendero Luminoso en 1989, destinada a impedir la realización de las elecciones municipales. Además, Sendero inicia una ofensiva destinada a “cercar Lima” durante ese año. Diversos “paros armados” se dan en diversas partes del país, y en medio de la ola de asesinatos selectivos a candidatos a alcaldes y regidores, esos crímenes se convirtieron en asunto casi cotidiano. Además, durante 1989 también intensificó sus acciones el “Comando Rodrigo Franco”, grupo paramilitar según muchos indicios vinculado a personajes del mismo Ministerio del Interior y la policía. En este contexto, el silencio de los partidos en conjunto frente a estos temas es asombroso⁴⁵. Pero no sólo eso, sino que justamente en este particular contexto, los partidos exhiben su peor rostro: el de las pugnas intra-partidarias.

⁴⁵ Es de justicia registrar que los partidos reaccionaron frente al problema de la violencia, pero desgraciadamente, de manera un tanto tardía; por ejemplo, con iniciativas como la

Ya hemos visto que la izquierda, entre enero y octubre, estuvo enfrascada en su proceso de división, que afectó seriamente su credibilidad y capacidad de convocatoria. El APRA sufría las consecuencias de la crisis. Del lado del FREDEMO las cosas tampoco estaban bien. Las tensiones al interior del frente subieron de tono con la definición de candidatos en las elecciones municipales. Mientras que Vargas Llosa pugnaba por candidatos únicos, Belaúnde por AP prefería candidatos propios de cada organización y candidatos únicos sólo para las elecciones de 1990. En medio de tensas negociaciones AP aceptó candidatos únicos, pero a condición de que AP presentara el candidato del FREDEMO en la ciudad de Lima. La descolocación del PPC ocasionó una declaración de Bedoya cuestionando el acuerdo, que motivó la renuncia de Vargas Llosa a la candidatura presidencial, en el mes de junio. En su carta de renuncia, Vargas Llosa acusó a sus compañeros dentro del frente de ponerlo en la obligación de renunciar por manejar éstos criterios “mediocres y deleznable” que “con un mínimo de transigencia” podrían ser superados⁴⁶...

A nuestro juicio, estos sucesos mellaron seriamente la credibilidad y la capacidad representativa de los partidos ante la ciudadanía en general, de allí que un sector importante del electorado prefiriera candidatos independientes, y no se pronunciara en favor de ninguno de los partidos base del sistema de partidos. Es decir, en medio de una situación particularmente dura, la clase política prácticamente en su conjunto se mostró alejada de las preocupaciones más sentidas por la ciudadanía, encerrada en las pugnas intra-partidarias, en medio de la definición de candidaturas para las elecciones municipales de noviembre de 1989 y presidenciales de abril de 1990⁴⁷. En estos meses es que se consolida la autonomía del electorado respecto de las élites políticas, y la imagen negativa de éstas: de allí que desde 1989 se pueda notar como tendencia la preferencia por candidatos que se presentan a sí mismos como “independientes” y “no políticos”.

En términos analíticos, creemos que los actores partidarios desatendieron una arena política que recién desde entonces muestra autonomía y de allí en adelante cobrará creciente importancia: la arena de la **opinión pública**. Hasta ese momento, la opinión pública era relativamente desatendida, en la medida en que estaba relativamente subsumida tanto por la arena electoral como por la de los grupos de interés y movimientos sociales. Es decir, la lógica electoral-movimientista lograba expresar de alguna forma los “humores” de la sociedad en general. Pero hacia fines de los ochenta empiezan a sentirse y manifestarse recién los efectos de procesos que vinieron desarrollándose a lo largo de toda la década. Una creciente autonomía de la sociedad en general respecto del sistema de partidos y una separación cada vez mayor entre la dinámica de los gremios y organizaciones sociales y los segmentos sociales que supuestamente representaban. A la base de este fenómeno están ciertamente los efectos

“Coordinadora multipartidaria por la paz y la democracia”, creada en el Congreso en el mes de octubre; o la “Marcha por la paz” convocada por la IU y en la que participaron todos los partidos el día 3 de noviembre, para rechazar el “paro armado” convocado por Sendero ese día en la ciudad de Lima.

⁴⁶ Sobre la división de la izquierda y la renuncia de Vargas Llosa ver Cameron, 1994.

⁴⁷ La inscripción de las candidaturas para las elecciones municipales se realizó en agosto de 1989. La inscripción de las fórmulas presidenciales se realizó en octubre de 1989.

disolventes de la crisis, la creciente informalización de la estructura laboral, y la violencia.

En lo que llamamos arena de la opinión pública, se disputan *sentidos*, que son un elemento más en la disputa política, que dan ventajas o desventajas en la disputa por el poder en las otras arenas. Sus actores principales son, de un lado, lo que podríamos llamar los “emisores”, los diversos actores políticos con sus objetivos y proyectos, pero bajo la intermediación decisiva de los medios, que son a su vez actores autónomos ellos mismos, también con objetivos y proyectos particulares; y del otro lado, lo que podríamos considerar los “receptores”, la ciudadanía en general, que recibe los mensajes de los medios y los evalúa en función de su información, socialización, criterio, identidades, intereses, etc. Es importante notar que a diferencia de la arena de los grupos de interés y movimientos sociales, los “receptores” son individuos, a pesar de que ciertamente sus códigos interpretativos están mediados por pertenencias a grupos y socializaciones específicas⁴⁸.

En esta arena, las herramientas con las que se juega son los diversos medios y diversas estrategias de comunicación, dentro de un lenguaje autónomo, específico discernible de otros, propiamente *mediático*. Es importante señalar que las herramientas más eficaces en esta arena tiene también por lo general costos económicos muy altos, lo que como es obvio, tienen consecuencias muy grandes sobre la dinámica política. Las reglas de juego con las que se juega en esta arena son muy difusas: están prácticamente delimitadas sólo por su eficacia, por los márgenes de credibilidad que generan. Son difusas porque están amparadas dentro de los márgenes de la libertad de expresión. De manera que en cierto sentido, en esta arena “todo vale” mientras tenga resultados⁴⁹.

A lo largo de los ochenta segmentos cada vez más grandes de la sociedad empezaron a quedar por fuera de la dinámica en la cual venía funcionando la representación hasta ese momento. Crecientemente, para estos segmentos la vinculación con la política pasaba por la influencia de los medios, antes que a través de organizaciones sociales e identidades partidarias. Y lo que los medios transmitían en pleno proceso electoral en 1989 era un espectáculo de tensiones y recriminaciones mutuas dentro de las principales opciones. Creemos que los actores políticos desatendieron las consecuencias de esta dinámica en la medida en que, primero, confiaban en la capacidad de “encuadramiento” (*sceening*) del sistema de partidos en la arena electoral: es decir, no importa lo mal que quedemos, los electores tendrán que elegir necesariamente por alguno de nosotros. Segundo, confiaban implícitamente en que la representación y la relación con la ciudadanía se lograría por medio de los grupos de interés y movimientos sociales. Es decir, seguir jugando con la lógica electoral-movimientista, pero en un contexto en el cual lo *mediático* cobraba creciente importancia. En todo caso, que valía la pena privilegiar esa arena antes que la de la

⁴⁸ Nos parece fundamental evitar dos modelos erróneos para pensar la comunicación política: el que piensa a los emisores como “manipuladores” y a las audiencias como meras receptoras pasivas; así como el que idealiza la capacidad crítica de las audiencias y desatiende las intenciones de los emisores.

⁴⁹ Sobre medios de comunicación, opinión pública y dinámica política en el Perú durante Fujimori, ver Fowks, 1996.

difusa “opinión pública”, además con cuya lógica de funcionamiento no estaban familiarizados.

En el caso de la izquierda, creemos que ello se expresa en la larga y desgastante disputa por el PCP (y la CGTP) en medio de su proceso de división; como en la opción de apoyar la lógica de huelgas y movilizaciones de los diversos gremios en conflicto. En el caso de la derecha, hay que recordar que los conflictos dentro del FREDEMO son consecuencia de la opción de Vargas Llosa de establecer una alianza con AP y el PPC; Vargas Llosa (1993) cuenta en sus memorias que el criterio que manejó para buscar la alianza y no postular a la presidencia como independiente fue el considerar que era necesaria la presencia de los partidos para poder contar con sus vínculos con diversas organizaciones sociales y las redes clientelares que manejaban. Pero este criterio fue más allá de la alianza con AP y el PPC. El propio Movimiento Libertad estuvo permeado de este criterio de representación, de allí que p.e. muchos de sus candidatos al parlamento fueran connotados líderes de gremios empresariales y diversos grupos de interés⁵⁰.

Pero hay un segundo punto interesante en los resultados de las elecciones municipales de noviembre de 1989. Uno, la votación de los candidatos independientes. El segundo, precisamente el segundo lugar obtenido por el APRA (con 19.7%, después del 31.6 del FREDEMO, y por encima del 17.9% de la IU y del 2.3% del ASI) pese a la situación de crisis en el que se encontraba el país. Sabemos que este segundo lugar dentro del conjunto de partidos se refrendaría en las elecciones de 1990, en las que Alva Castro alcanzó el 22.6% de los votos. Aparentemente, la votación por el APRA no se correspondería con el nivel de crisis y desarreglo en el que se encontraba el país. Sin embargo, creemos que esta imagen es equivocada, y habría que revisarla.

Si analizamos con más detenimiento la dinámica de la crisis, veremos que durante varios meses a lo largo de 1989, el ajuste iniciado en setiembre de 1988 empezó a rendir algunos frutos, utilizados por el gobierno. Observando el nivel de las reservas internacionales netas, encontramos que si bien entre octubre de 1988 y febrero de 1989 su nivel era fuertemente negativo (mayor a -300 millones de dólares) hacia abril era de -45, y hacia mayo ya registraba un nivel positivo de 79 millones. En el mes de abril, García anuncia el inicio de una política de reactivación. Los siguientes datos muestran la variación porcentual del PBI trimestral desestacionalizado (datos preliminares de la Memoria del BCR de 1990):

Trimestre	Variación porcentual
89-I	-2.2
89-II	3.2
89-III	3.6
89-IV	6.4
90 -I	-0.4
90-II	-7.6
90-III	-13.2

⁵⁰ Hernando de Soto en diversas declaraciones expresó que se alejó del Movimiento Libertad y del FREDEMO justamente por estar en contra de esta lógica. De Soto habría defendido la posición de ir a las elecciones como grupo independiente, buscando además vínculos con el “Perú informal” antes que con los principales grupos de interés.

Observando la dinámica de la inflación mensual, encontramos que ésta registró niveles muy altos, superiores al 40%, desde setiembre de 1988 hasta abril de 1989 (con la excepción de noviembre de 1988). Entre mayo y noviembre de 1989, durante el proceso electoral municipal, la tasa de inflación se redujo, de modo que su nivel mensual bordeó el 25%. Entre diciembre de 1989 y marzo de 1990, la inflación mensual subió un poco, de modo que bordeó el 30%. Lo que queremos marcar es que pese a que 1988 cerró con una inflación anual de 1,722.3%, y 1989 con una de 2,775%, analizando la dinámica mensual de la inflación podríamos decir que ella fue eficiente en términos de un manejo electoral que le permitió a García y al APRA tomar la iniciativa política y sobre todo, sembrar el temor ante los efectos devastadores de una política de *shock* como la supuestamente propuesta por Vargas Llosa.

De modo que García, el APRA y la izquierda, tuvieron éxito en convencer a la ciudadanía de la conveniencia de seguir un curso gradualista de combate a la inflación, pese a las altas tasas que se registraban mensualmente. En términos de sus consecuencias políticas, nos hallábamos dentro de una dinámica de alta inflación, antes que de hiper-inflación, con lo que la sociedad “no se hallaba lista” para asumir los costos de una política drástica de lucha anti-inflacionaria; antes bien, los diversos agentes que “acomodaban” de la mejor manera a ésta (ver Cavarozzi, Nelson y Urrutia, 1994). La sociedad misma parecía preferir un régimen de alta inflación que pagar los costos de un proceso de ajuste de consecuencias inciertas⁵¹. De hecho, Vargas Llosa perdió las elecciones de junio de 1990 por ser identificado con el ajuste, y Fujimori ganó haciendo campaña en contra del mismo. De otro lado, durante la campaña electoral se dieron experiencias de ajuste en otros países que sirvieron como “efecto demostración” de su inconveniencia: en febrero de 1989 se realizó el “caracazo” en Venezuela luego del ajuste implementado por el gobierno de Carlos Andrés Pérez; en febrero también, de 1990, después del ajuste intentado por Collor en Brasil, al Perú llegaban las noticias de desórdenes y amplias protestas (días después de que Vargas Llosa declarara su identificación con éste).

Este curso de los acontecimientos no es raro, por el contrario se repite en otros casos. Tanto en Argentina con la elección de Menem, en la misma Venezuela con la elección de Pérez y en el Perú con Fujimori, las sociedades expresaron su desconfianza ante propuestas de ajuste de resultados inciertos, y prefirieron salidas graduales. Por el contrario, lo extraño resulta que las sociedades acepten los costos de este tipo de políticas. Por lo general, ellas se han llevado a cabo una vez que nuevos gobernantes han sido electos, contrariando sus ofertas electorales como candidatos (ver Stokes, 1996).

Vistas las cosas retrospectivamente, sabemos que una consistente tendencia electoral de abandono a los partidos empieza en las elecciones municipales de

⁵¹ Ver Przeworski, Adam: *Democracy and the market*, entre muchos otros, sobre los cálculos de la sociedad frente a los procesos de ajuste. Sobre las condiciones políticas que facilitan los procesos de ajuste ver Williamson y Haggard, 1994.

noviembre de 1989, pero ello por supuesto no era posible de saber en ese momento. Para los actores partidarios, si bien las preferencias por independientes constituyó un signo de preocupación, ella se atribuyó al carácter local de la elección. De otro lado, la capacidad de *screening* del sistema de partidos (lograr que las opciones del electorado se mantuvieran dentro de las ofertas presentadas por alguno de éstos) se mantenía intacta respecto a las elecciones verdaderamente importantes, las de abril de 1990. Así, el independiente Ricardo Belmont, ganador en Lima Metropolitana derrotando a los candidatos de los partidos⁵², expresó su abierto apoyo a Vargas Llosa para la elección presidencial. Incluso Belmont fue orador en el mitin de cierre de campaña del FREDEMO en la ciudad de Lima.

De otro lado, analizando los resultados de las elecciones municipales y tomándolos como indicador de los resultados presidenciales, la mayoría de los actores partidarios podían sentirse relativamente satisfechos. Primero, el FREDEMO ganó claramente la elección, y podía aspirar a ganar gran parte del voto independiente (ganando adhesiones como las de Belmont). Incluso, Vargas Llosa podía todavía aspirar a un triunfo en primera vuelta: según una encuesta de APOYO de octubre de 1989, Vargas Llosa contaba con un 47% de intenciones de voto. El APRA obtiene casi un 20% de los votos, nada mal dado el contexto de crisis por el que pasaba el país. Alva Castro podía sentirse satisfecho, y podía aspirar legítimamente a pasar a segunda vuelta. Lo mismo Pease, el candidato de IU, la que quedó muy cerca del APRA. Pese al mal desempeño de los candidatos de ASI, Barrantes todavía en algunas encuestas de opinión se encontraba cerca de Alva Castro y de Pease... finalmente García podía también sentirse satisfecho al ver que Vargas Llosa no lograba pasar la barrera del 50% en las intenciones de voto, y que para la segunda vuelta electoral quien se perfilaba como competidor de Vargas Llosa era Alfonso Barrantes (según la misma encuesta de APOYO de octubre de 1989, Barrantes tenía un 14%, seguido de Alva Castro con 8%)⁵³.

García, como hemos explicado, al tener cerrada la posibilidad de postular a la reelección inmediata, estaba en una situación por la cual lo más importante era mantener el control del partido, de modo de seguir siendo protagonista y tentar nuevamente la candidatura presidencial en 1995. Por ello, para él un escenario desfavorable era un buen desempeño de Alva Castro, quien podría quitarle el control del partido. Por ello, y esto está confirmado por diversos testimonios, “el candidato” de García en las elecciones era Alfonso Barrantes. Si Alva Castro no entraba a segunda vuelta, tenía un escenario muy desfavorable, que prácticamente lo ponía fuera de la escena política, ya que él no había postulado de manera simultánea a un lugar en el

⁵² En Lima Metropolitana, el voto por candidatos independientes alcanzó el 47.99%, muy por encima del 28.5% registrado a nivel nacional; en realidad, el voto por independientes sólo superó el 15% en 7 departamentos de 28 (Arequipa, Ayacucho, Junín, Lima Metropolitana, Moquegua, Puno y Tacna). En Lima Metropolitana, por debajo de Belmont (quien ganó con el 45.15% de los votos) quedaron: el FREDEMO (Incháustegui), con el 26.79%; la IU (Pease), con 11.54%; el APRA (Cabanillas) con 11.53%; y el ASI (Bernales), con sólo el 2.15%.

⁵³ Otro signo “tranquilizador” para los partidos es que Sendero fracasó en su intento de impedir las elecciones municipales.

Congreso (mientras que García, como ex-presidente, resultaba siendo senador vitalicio, según el artículo 166 de la Constitución de 1979)⁵⁴.

De este modo, “la advertencia” dada por un sector del electorado al preferir a candidatos independientes sobre los de los partidos pasó relativamente desatendida. Sin embargo, sabemos lo que ocurrió meses después: sorpresivamente, un inesperado candidato, Alberto Fujimori, fue quien quedó segundo en las elecciones de abril, muy cerca de Mario Vargas Llosa, y luego triunfó en la segunda vuelta electoral de junio, llegando a la Presidencia de la República en julio de 1990. El triunfo de Fujimori ha dado y está dando lugar a una producción bastante interesante, que no repetiremos aquí. Para efectos de nuestra exposición, nos interesa resaltar dos puntos que nos parece no son evidentes, al menos no para parte de la literatura existente sobre el punto:

Primero, no hay que olvidar que si bien en estas elecciones la suma de los votos de los partidos se reduce al 68%, y se abre de manera espectacular, con el triunfo de Fujimori, la tendencia por la preferencia de candidatos “independientes”, todavía los partidos son relativamente fuertes. De hecho, el inesperado y desconcertante triunfo de Fujimori no puede ser entendido sin la intervención de los actores partidarios. Y no nos referimos a los errores en la campaña de Vargas Llosa o a la debilidad de la izquierda por su división. Primero, el triunfo de Fujimori acaso podría no haberse dado sin la intervención directa de Alan García. García, durante el mes de marzo, al ver que la caída en las encuestas de Barrantes ponía a Alva Castro como rival de Vargas Llosa en la segunda vuelta, empezó a jugar la carta de apoyar a Fujimori; creemos que con la intención inicial de apoyar a Barrantes (restándole votos a Pease, candidato de IU), para luego descubrir que Fujimori empezaba a ganar rápidamente más y más intenciones de voto⁵⁵.

Según APOYO, Fujimori dejó de aparecer en el rubro de “otros” en su encuesta entre el 8 y 11 de marzo, en la que apareció con 3%; luego en la del 16 al 18 de marzo,

⁵⁴ García a comienzos de 1989 era propiamente un *lame duck*, al no tener posibilidades de reelección. Además, en medio de su rivalidad con Alva Castro por el control del partido, García apostó más bien al triunfo de Barrantes en las elecciones de 1990, elecciones en las que Vargas Llosa aparecía como el seguro ganador. En esta situación, ni García ni el APRA tenían estímulos para actuar muy responsablemente en el gobierno; de este modo, García utilizó los recursos del Estado según una lógica electoral, sin importarle las consecuencias que ello tendría sobre el gobierno siguiente. Es más, según algunos, García personalmente preparó diversas “bombas de tiempo” para dificultar la gestión del gobierno siguiente. Todo esto, ciertamente, dice mal de García; pero, ¿no dice mal también de prohibir la reelección presidencial inmediata? La ingeniería institucional, tomando el término de Sartori, no debería asumir la existencia de políticos responsables, sino de políticos interesados en el poder... por lo cual, el sistema debería diseñarse de modo tal que el político tenga estímulos, recompensas por actuar de manera responsable, y castigos por lo contrario. Creemos por ello que prohibir la reelección inmediata constituye un error.

⁵⁵ Sobre la relación entre García y Fujimori ver Daeschner, 1993; Vargas Llosa, 1993, y Schmidt, 1996, en quien descansamos mucho para argumentar esta parte. El asesor personal de García asesoró a Fujimori para su polémica televisada con Vargas Llosa antes de la segunda vuelta electoral. Al conocerse los resultados de la elección de junio de 1990, en la que Fujimori derrotó a Vargas Llosa, García apareció en la redacción del diario *Página Libre*, y brindó con su director, Guillermo Thorndike, “por el triunfo” que acababan de obtener.

registró un 6%; y en la de 24 al 26 de marzo, un 9%. Según IMASEN, en su encuesta del 5 al 7 de marzo, Fujimori aparece con 2.5%; en la del 9 al 12, con 6.1%; en la del 14 al 16, con 9.5%... este movimiento “espontáneo” de una parte del electorado, que luego “prende” habla nuevamente de un electorado volátil, pero esta vez dispuesto a votar por un candidato por fuera del sistema de partidos, no como en las anteriores, que la volatilidad se convirtió en un voto aluvional por el candidato partidario que ocupó el centro político, como Belaúnde en 1980 y García en 1985. Una parte del electorado estaba “disponible” políticamente, en la búsqueda de un candidato. Semanas atrás, se produjo un similar “despunte” de otro de los candidatos menores, Ezequiel Ataucusi, pero que así como se produjo, igualmente se desvaneció⁵⁶. Ataucusi era candidato del FREPAP, Frente Agrícola Peruano, y líder de un grupo evangélico; reclamaba, entre otras cosas, ser hijo de dios y su profeta.

Si es que Fujimori no se desvaneció como Ataucusi es porque logró convertirse en un candidato “creíble”. Y en la credibilidad de Fujimori la intervención de García nos parece decisiva. El 18 de marzo, el diario *Página Libre*, vinculado estrechamente a García, tituló “Fujimori supera a Pease⁵⁷”, y “Fujimori al 9%”, basado en los resultados de la encuesta de IMASEN; de esta manera, convirtió un movimiento electoral subterráneo, de una parte pequeña de la población, en un tema de debate a nivel nacional. Desde entonces los medios vinculados a García empezaron a cubrir las actividades de Fujimori. De otro lado, García y su ministro de economía, César Vásquez Bazán, realizaron una activa campaña en contra de Vargas Llosa.

Se produce así el encuentro de un movimiento espontáneo de una parte del electorado, que estaba buscando un candidato “independiente” y los intereses de García. Pero además, en la votación de Fujimori en la elección de abril está también una importante intervención de “votantes estratégicos”, corroborando un patrón que registramos también en 1980 en la elección de Belaúnde y en 1985 en la de García. Es decir hubo muchos votantes que tenían como primera opción “real” algún candidato de partido, pero en la medida en que más importante para ellos era evitar el triunfo de Vargas Llosa, votaron por Fujimori para no “desperdiciar su voto”⁵⁸.

Segundo: si bien las elecciones de 1990 tuvieron un desenlace realmente inesperado, desconcertante, y si bien el aumento en la intención de voto por Fujimori en la elección de abril muestra un crecimiento muy rápido a partir de marzo hasta el 29.1% final, con lo que es de alguna manera válido hablar, como se hizo por la prensa, de un “*tsunami* Fujimori”, no debemos olvidar que esas elecciones las ganó Vargas Llosa (con un 32.6%); que cerca de Fujimori quedó el candidato del APRA, Luis Alva Castro (con 22.5%); y que el conjunto de los partidos “tradicionales” obtuvo el 68% de los votos (sumando el 8.2% de Pease por la IU y el 4.7% de Barrantes por IS), frente al 31.7% de

⁵⁶ Al respecto ver Vargas Llosa, 1993.

⁵⁷ Creemos que la intención de este titular de *Página Libre* era restar votos a Pease y favorecer a Barrantes, antes que apoyar a Fujimori en sí. Pero el crecimiento de Fujimori llevó a un cambio de estrategia, aún más conveniente para García, como veremos.

⁵⁸ Ver al respecto Schmidt, 1996a.

candidatos independientes⁵⁹. El FREDEMO se convierte en la primera mayoría relativa; el APRA cae cerca del nivel de votación que alcanzó en las elecciones municipales de noviembre de 1980, cuando sufría todavía los efectos de la crisis producida por la muerte de Haya y un proceso de división; y la izquierda cae también cerca de los niveles en los que estuvo después de las elecciones de 1980... en la que también se presentó dividida (ver cuadro 4).

De modo que los resultados, si bien dejaba golpeados a los partidos, los dejaba también en una posición bastante importante en el Congreso. En las elecciones para las cámaras de senadores y diputados, el FREDEMO obtuvo el 32.3% y 30.1% de los votos, respectivamente; Cambio 90, sólo el 21.7% y 16.5% (mucho menos que Fujimori; lo que sugiere, como señala correctamente Schmidt (1996a), la importancia de voto estratégico por Fujimori en la primera vuelta); el APRA, 25.1% y 25%, es decir, **supera a Cambio 90 en ambas cámaras**; la IU, 9.8% y 10%; IS, 5.5% y 5.3%. En cuanto a la composición efectiva del Congreso, Cambio 90 obtuvo sólo 32 de 180 escaños en la cámara de diputados; y en el senado, sólo 14 de 62; mientras que el FREDEMO tuvo 63 y 21 representantes, respectivamente; el APRA 53 y 17 (otra vez, más que Cambio 90); la IU, 16 y 6; la IS, 4 y 3 (ver cuadro 11)⁶⁰. En otras palabras, la bancada del gobierno era pequeña comparada con la del FREDEMO y la del APRA. Y muy pequeña en relación al sistema de partidos de los 80; tenía sólo el 19% del total de escaños, mientras que el conjunto de los partidos desde entonces llamados “tradicionales” tenía el 75% de los escaños. Además, la bancada del gobierno era una bancada “mala” en la medida en que, como Fujimori no tenía muchas expectativas sobre su *performance* electoral al inscribir su lista de candidatos, muchos de los electos no estaban preparados para una buena gestión parlamentaria⁶¹.

El punto que queremos resaltar es que si bien es cierto las elecciones de 1990 registran una muy importante tendencia de desapego a los partidos, y que en el Perú se vivía una suerte de “ambiente” anti-partido, no deja de ser cierto que ubicados a mediados de 1990, los partidos todavía eran bastante importantes y tenían razones para, si no sentirse medianamente satisfechos, sí esperar razonablemente que a futuro tenían posibilidades de recuperación, incluso en el caso de la izquierda. Del ambiente “anti-partido” que existía no puede deducirse el inminente colapso del sistema de partidos. Es interesante recalcar que uno de los grandes ganadores de las elecciones fue Alan García, lo que muestra que el manejo electoral de la economía entre 1989 y 1990 rindió

⁵⁹ Si Fujimori fue un *tsunami* con sólo el 29.1%, ¿qué metáfora habría que emplear para el 32.6% de Vargas Llosa? ¿O el 45.4% de Belaúnde en 1980? ¿O el 53.1% de García en 1985? En este sentido, la metáfora del *tsunami* resulta es muy engañosa.

⁶⁰ Estos resultados requieren mayor análisis. Sólo quisiéramos llamar la atención sobre el hecho de que dentro de la votación del FREDEMO para el Congreso, los partidos (AP y el PPC) obtuvieron mayor representación que el Movimiento Libertad, lo que cuestiona otra vez la idea de un arrollador sentimiento pro-independientes. De los 83 parlamentarios del FREDEMO, AP tuvo 35, el PPC 30, y Libertad sólo 19.

⁶¹ Fujimori aspiraba en realidad a ingresar al senado, por ello candidateó simultáneamente a la presidencia y al senado. Antes de presentar su lista independiente propia, buscó ser incluido en la lista de senadores del APRA y de la Izquierda Socialista. Al ser dejado de lado por esas organizaciones, decidió postular con una lista propia.

los frutos esperados... por supuesto, a costa de dejar irresponsablemente una verdadera “bomba de tiempo” al gobierno entrante.

Los partidos muestran una gran capacidad representativa todavía en la arena de los grupos de interés. La IU pese a su división seguía estrechamente vinculada a las organizaciones de trabajadores y los movimientos sociales. Y Vargas Llosa y el FREDEMO eran muy representativos del sentir de las clases medias y altas, y de sus organizaciones expresivas. No sólo eso: Vargas Llosa apareció muy claramente identificado con lo que algunos llamaron “el Perú formal”. Vargas Llosa contó para la segunda vuelta con el total respaldo de gran parte de los medios de comunicación, la iglesia católica, artistas y personajes de televisión,... las muestras de adhesión que recibió Vargas Llosa en este sentido son abrumadoras. De igual modo, es impresionante la convicción del electorado que no se dejó convencer y optó por un candidato prácticamente desconocido⁶².

Más adelante, una vez electo Fujimori, los partidos volverían a hacer sentir se peso: Fujimori conforma un gabinete compuesto por figuras de partidos, en cierto modo arma un gabinete “multipartidario”, y además, se ve obligado a cambiar su programa e implementar un programa de ajuste que había explícitamente rechazado en su campaña electoral. Hacia julio de 1990, una imagen posible era la de un presidente débil, que llegó al poder ejecutivo por un mero accidente, pero en realidad controlado por el sistema de partidos “tradicional”. Un presidente débil que sería “manejado” por los partidos...

De este modo, encontramos que en la llegada de Fujimori a la presidencia hay mucho de azar, reglas electorales permisivas, cálculos, acciones y omisiones de los actores partidarios principales, intervención de votantes estratégicos que todavía mantenían vínculos con los partidos, que se juntaron con el rechazo de **una parte** del electorado de las opciones presentadas por el sistema de partidos.



Con la elección de Fujimori, el Perú se distingue de países como Argentina o Bolivia, que si bien también llegaron a extremos niveles de ingobernabilidad y procesos hiper-inflacionarios, sus sistemas de partidos lograron canalizar mínimamente las expectativas ciudadanas; a pesar de la importante presencia de *outsiders* como en Bolivia. Acaso ello sea indicativo de la mayor consistencia relativa de sus partidos, y sus capacidades representativas, pese a la histórica de su sistema de partidos (Cavarozzi

⁶² Por ejemplo, el 31 de mayo salió a recorrer las calles de Lima la imagen del Señor de los Milagros, muy venerado en la ciudad, contra la tradición de salir sólo durante el mes de octubre. Se trató de una manifestación indirecta en contra de Fujimori, quien tenía miembros de iglesias evangélicas en su lista parlamentaria. Durante el mes de mayo, acudieron a la casa de Vargas Llosa a expresar su respaldo deportistas, algunos de ellos ídolos populares, como Teófilo Cubillas, Lucha Fuentes, Cecilia Tait, Irma Cordero, Ricardo Duarte, Roberto Abugattás, Alfredo Deza, Mauro Mina, y Jenny Testino; actores de programas cómicos y animadores de programas de televisión de más alto *rating* como Tulio Loza, Gisela Valcárcel, Roxana Avalos, Guillermo Rossini, Analí Cabrera, Mirna Bracamonte, María del Carmen Ureta; periodistas de gran prestigio como César Hildebrandt y Jaime Bayly...

habla en el caso argentino de “partidos fuertes, sistema débil). En ambos países los partidos logran mantener sus vínculos con los principales grupos de interés, y su capacidad de canalizar los votos en la arena electoral, en medio de sus dificultades.

Ahora bien, encontramos en América Latina experiencias relativamente similares a la peruana, en la que *outsiders* llegan al gobierno, y frente a las cuales la comparación es sumamente provechosa. Está el caso de Brasil, con la llegada a la presidencia de Fernando Collor (en marzo de 1990) y el de Serrano Elías, en Guatemala, quien intentó un “auto-golpe” en mayo de 1993⁶³. En ambos casos, estamos ante triunfos electorales desconcertantes de candidatos con un fuerte discurso anti-partido, que llegan a la presidencia en una situación de debilidad, en contextos de aguda crisis y tradicional debilidad de los sistemas de partidos.

Sabemos la diferencia peruana de los desenlaces en esos países: mientras Fujimori se enfrenta a los partidos y al Congreso con éxito, tanto Collor como Serrano pierden la partida. Más recientemente, el caso del Ecuador con la destitución de Bucaram muestra también parecidos interesantes con los de Brasil y Guatemala, y nuevamente, resaltar la particularidad del desenlace peruano. A ello nos dedicaremos en la sección siguiente. Antes de terminar ésta sólo queremos resaltar que esta diferencia en el marco regional general nos parece que obedece antes que nada al proceso político peruano específico, y no tanto a límites estructurales insalvables, cuya relevancia pierde peso en la comparación con otros casos con problemas igualmente graves. El colapso del sistema de partidos y del régimen democrático no estaba entonces “escrito de antemano”. Es más, como veremos a continuación, el destino de Fujimori pudo haber sido mas “normal”, más parecido a los casos mencionados.

El agotamiento y la liquidación del pacto político de 1979: 1990-1995. La fortaleza y la debilidad del sistema de partidos, y su colapso

Ubicados en junio de 1990, con Fujimori ya electo presidente y tratando de armar gobierno para el 28 de julio, encontramos un panorama sorprendentemente distinto al previsto desde 1988 y 1989. La gran confrontación polarizada e ideológica entre izquierda y derecha que definiría el rumbo del Perú post-oligárquico dio paso a la llegada de un *outsider* en el gobierno, con una representación minoritaria en el Congreso, sin programa ni equipo de gobierno, en un contexto de creciente violencia política, una inminente hiper-inflación y una economía y un Estado prácticamente colapsados⁶⁴. Es decir, la agenda política, más que nunca, estaba signada por un problema agudo de **governabilidad**. Otra vez, la gobernabilidad antecedió a la representación en la agenda, aunque ciertamente la llegada de Fujimori a la presidencia con un fuerte discurso anti-partido ya hablaba también de una crisis de representación.

⁶³ Una comparación muy interesante entre Fujimori y Serrano Elías es la realizada por Cameron, 1994 y 1996. Las coincidencias entre ambos son sorprendentes, y las diferencias reveladoras.

⁶⁴ Según la Nota Semanal del BCR, publicada el 5 de agosto de 1990, las Reservas Internacionales Netas eran de -150 millones de dólares, y el déficit fiscal estaba erca del 8 ó 9% del PBI. La inflación de los últimos doce meses de gobierno aprista, medidos entre julio de 1989 y 1990, registró un 3,039.8%, según el Instituto Nacional de Estadística; según APOYO, esa cifra debería ser 4,649%.

De este modo, la “disputa entre varios Perús posibles” de la que hablábamos más arriba se define casi sola, sin grandes o dramáticas confrontaciones políticas, por efectos de la crisis: sobre todo, se descolocó aquella lectura que hablaba de una creciente confrontación y polarización social, con una mayor dinámica de protesta (los datos sobre la dinámica de huelgas son elocuentes). Por el contrario, los efectos corrosivos de la crisis aislaron a los gremios de los segmentos que supuestamente representaban. Es decir, asistimos al desdibujamiento progresivo de la política electoral-movimientista que los actores partidarios se habían acostumbrado a jugar, y también al desdibujamiento de los criterios de representación sobre los cuales ellos habían construido sus identidades.

La situación de extrema debilidad en la que se encontraba Fujimori hacia junio de 1990 y su situación de *outsider* sin demasiados compromisos o ataduras ideológicas lo lleva, como es razonable esperar, a desarrollar una pragmática lógica de alianzas amparándose en los actores más fuertes y en las propuestas más viables, y a desechar las que no cumplieran con esas características. El primer paso que toma Fujimori se da en el terreno económico. Como puede verse en la evolución mensual de la inflación (cuadro 7), en el mes de junio ésta subió a 42.6% y en julio a 63.2%. El país se encaminaba hacia un proceso hiper-inflacionario. A lo largo del mes de junio, Fujimori va abandonando al equipo económico (de corte más gradualista y heterodoxo) en base al cual había enfrentado las propuestas de ajuste de Vargas Llosa, y va optando por un programa ortodoxo, y el giro se completa durante una gira de Fujimori por Estados Unidos y Japón. La decisión fue relativamente simple: se trataba de recomponer las relaciones con los organismos financieros internacionales, y de lanzar un programa fácil de administrar.

Ubicados hacia junio y julio de 1990, Fujimori realmente no tenía muchas opciones de política económica. El manejo electoral de la economía del país realizado por García llevó hasta sus máximos límites las posibilidades de un modelo dirigido por el Estado, de modo que para entonces no había cabida en la práctica para un camino distinto al del ajuste. El ajuste se fue imponiendo por su propio peso, o más bien por el peso de la incertidumbre en el mercado en el contexto del cambio de gobierno. Es esas tensas semanas entre la elección de Fujimori y su posesión de mando, los agentes económicos empezaron un proceso espontáneo de ajuste, reflejado en los niveles de inflación semanales y más adelante, en especulación y desabastecimiento en los mercados. Todo ello configuró un escenario en el cual el ajuste aparecía como inevitable. Pero el ajuste también se legitimó políticamente. Fujimori armó un gabinete multipartidario, convocando a personalidades directamente vinculadas a los partidos, con la excepción del APRA⁶⁵. Su presencia también legitimó el ajuste, presentándolo como inevitable, pese a sus costos.

⁶⁵ El Premier y Ministro de Economía, Juan Carlos Hurtado Miller, era militante de AP, había sido Ministro de Agricultura durante el gobierno de Belaúnde y además era pariente de éste. El Ministro de Agricultura, Carlos Amat, había sido Jefe de la Comisión de Plan de Gobierno de Izquierda Socialista y candidato a la vice-presidencia con Barrantes; Fernando Sánchez Albavera fue designado Ministro de Energía, también militante de Izquierda Socialista, había sido diputado en el Congreso 1985-1990 por Izquierda Unida; Fujimori ofreció la cartera de

De esta manera se lanzó el programa de ajuste del 8 de agosto, que elevó el nivel de inflación de ese mes a 397%⁶⁶; según una encuesta de APOYO publicada el 14 de agosto y tomada en Lima Metropolitana, un 49% de los encuestados respaldó las medidas económicas... y no se reprodujo el temido “caracazo” en la ciudad de Lima. Un poco más de mes después, el 18 de setiembre, otra encuesta de APOYO registraba que un 51% aprobaba la gestión de Fujimori, y un 54% la del Ministro de Economía Hurtado Miller; el nivel de aprobación del gobierno en general era de 48%, y el de desaprobación 31%.

De este modo, Fujimori empezó a soldar una convergencia de intereses con los organismos financieros internacionales y la clase empresarial del país, en torno al camino del ajuste y las reformas estructurales orientadas al mercado. Paralelamente, Fujimori soldó también una convergencia de intereses con las Fuerzas Armadas. Una de las primeras medidas que tomó Fujimori, antes del *shock* del 8 de agosto, fue disponer los cambios, en su calidad de Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas, de los Comandantes Generales de las tres armas, y luego el pase al retiro de 350 generales, coroneles, y comandantes de la Policía Nacional. Este hecho fue indicativo de la decisión del nuevo presidente de descansar enteramente en las Fuerzas Armadas en cuanto a la lucha antisubversiva.

Es obvio que Fujimori necesitaba de las Fuerzas Armadas, pero también éstas requerían de él, en la medida en que Fujimori legitimaba dentro del marco democrático sus acciones, que de lo contrario serían simplemente basadas en la fuerza. Esto nos lleva al punto de la legitimidad de Fujimori. Fujimori era un presidente débil: su legitimidad democrática lo ponía en una situación de desventaja: en minoría en el Congreso, con un gabinete multi-partidario, en un contexto de crisis, y con partidos estrechamente vinculados todavía con los principales grupos de interés y movimientos sociales. Desde cierto ángulo, Fujimori podía aparecer “atrapado” por los partidos; aceptando sus condiciones, asumiendo un rol de líder de transición, mientras se alcanzaba algún reequilibramiento tanto en lo económico como en lo político, y se avanzaba en la derrota de Sendero Luminoso, que no dejó de mantener el ritmo, intensidad y espectacularidad de sus acciones.

Es decir, Fujimori tenía por delante un camino de puros costos... y ningún beneficio político, ya que tenía impedida la reelección. Un camino además que podía terminar mal, y estaba signado por una gran contradicción: mientras que el manejo del ajuste y la lucha antisubversiva empujaban hacia un creciente “decretismo” y a la concentración de decisiones en el ejecutivo, la situación de Fujimori en el Congreso lo llevaba a la necesidad de negociar, establecer acuerdos y concesiones... que podrían

Educación a Henry Pease, candidato de Izquierda Unida; la rechazó, pero se llegó al acuerdo de que la cartera fuera desempeñada por Gloria Helfer, miembro de la Comisión de Plan de Gobierno de IU, y Coordinadora de su Comisión de Educación. Sobre la legitimación de las medias de ajuste ver Weyland, 1996.

⁶⁶ Algunos ejemplos de la aterradora espectacularidad de las medidas: el precio del galón de gasolina subió de 21,500 a 675,000 (!) intis (el precio aumentó 31 veces); el precio del gas pasó de 55,000 a 1'500,000 (!) intis (27 veces); el precio de la papa pasó de 27,700 a 300,000 (!) intis (aumentó 10 veces)...

minar la eficacia de las medidas a tomar⁶⁷. Por ello, Fujimori tenía desde varios lados fuertes estímulos para hacerse de la mayor autonomía posible de los partidos y del marco institucional en el que se encontraba. En cierto sentido, su “sobrevivencia política” lo empujaba a ello.

De este modo, Fujimori tenía que hacerse del mayor poder posible para así estar en condiciones de imponer condiciones en el Congreso. Y para ello, Fujimori exacerbó el sentimiento “anti-partido” existente en parte del electorado; elaboró un discurso anti-partido creando una polaridad **gobernabilidad vs. partidos**, que logró funcionar y hacerse creíble. Desapareció la polaridad derecha-izquierda que había caracterizado la política a lo largo de todos los ochenta. En términos analíticos, Fujimori encontró que con su relativa fortaleza en la arena de la **opinión pública** podía compensar su debilidad en la arena electoral, que determinó su debilidad en el Congreso, en el terreno institucional enmarcado por la Constitución de 1979, y en la arena de los grupos de interés y movimientos sociales.

La verosimilitud del discurso anti-partido no es resultado simplemente de la manipulación. Acá puede verse con claridad la complejidad de la arena de la opinión pública. El sentimiento “anti-partido” empezó a manifestarse desde las elecciones municipales de 1989, y ciertamente fue uno de los grandes temas de las elecciones de 1990 en las que Fujimori llegó a la presidencia. Pero después del 28 de julio de 1990, ya con Fujimori en el gobierno, hay un hecho que nos parece fundamental y que legitima ese discurso. Y tiene que ver con la conformación del gabinete Hurtado Miller y la manera en que se da el ajuste del 8 de agosto. Las personas que aceptan las carteras ministeriales, miembros de partido o no, lo hacen con un criterio muy claro: el país vivía una situación de emergencia, y no cabían cálculos de índole político o personal; la gobernabilidad del país estaba en juego. Así lo entendió también la ciudadanía, y en una proporción muy alta respaldó el ajuste, pese a sus enormes costos sociales (Graham, 1994).

Sin embargo, en esta coyuntura crucial, los partidos actúan con otra lógica: los partidos no quieren comprometerse con los costos de un programa del que además no se sabe si tendrá éxito, y marcan diferencias entre la actuación de los ministros y las identidades partidarias. Sectores de IU se opusieron a la presencia de Gloria Helfer en el Ministerio de Educación, y Helfer renuncia a la IU en el mes de agosto, “para no comprometer al frente”. En el mes de setiembre, Barrantes a nombre de Izquierda Socialista “deslinda” la posición de la organización política y la actuación de los ministros Amat y Sánchez Albavera. Lo mismo ocurre en el caso de Hurtado Miller y Acción Popular; en un contexto en el que la población ha asumido la inevitabilidad de las medidas, y el gabinete goza de respaldo ciudadano. ¿Qué mejor prueba podría mostrar Fujimori de la diferencia entre “independientes comprometidos con el país” y “egoístas cálculos partidarios”?

⁶⁷ Sobre el “decretismo” en el contexto del ajuste ver Naím, 1994, entre muchos otros. Ciertamente Fujimori podría haber intentado establecer alianzas en el Congreso, pero ellas resultan inevitablemente inestables; además, Fujimori tenía otras alternativas disponibles.

De esta manera, Fujimori muestra desde muy temprano lo que serían las líneas directrices de su política: respaldo total a las Fuerzas Armadas, crítica a los partidos en su conjunto y a las instituciones de la Constitución de 1979 en general, y una política económica orientada al mercado; en su discurso Fujimori atacará a los poderes legislativo y judicial, a las dirigencias sindicales, a los partidos políticos, a la iglesia... se empieza así a configurar una dinámica política en la que Fujimori busca hacerse de poder a costa de los partidos y de la institucionalidad y del pacto expresado en la Constitución de 1979. Como habíamos visto, este pacto funcionó con el sistema de partidos y los actores de los años ochenta: sin embargo, con Fujimori en la presidencia, y en el contexto particular en el que se encontraba, ella perdió capacidad de estructurar la dinámica política. Decíamos que en los ochenta, las reglas de juego establecidas por ella establecían altos costos a aquellos que pretendieran romperlas, y ganancias presentes y posibles ganancias futuras a quienes se avenían a su cumplimiento. Con Fujimori esto no funcionó más. Por eso hablamos del agotamiento del pacto político de 1979 en este momento. Fujimori sólo tenía pérdidas dentro de sus marcos, y posibles ganancias con su rompimiento.

Se va configurando de este modo un escenario político en el cual no sólo Fujimori “construye” una polaridad entre él y los partidos en bloque, si no que además, los partidos empiezan efectivamente a actuar de manera concertada precisamente en defensa de la institucionalidad constitucional. Los enfrentamientos empezaron bastante temprano, siendo el primer incidente importante el iniciado en setiembre de 1990, cuando Fujimori da un Decreto Supremo que amplía el beneficio del indulto, que buscaba dejar en libertad a presos inculpados por delitos leves y encarcelados por mucho tiempo, recogiendo así una vieja demanda y respondiendo a la situación de hacinamiento de las cárceles. La reacción de las instituciones fue contraria, y en base a criterios legales: la Asociación Nacional de Magistrados del Perú y el Colegio de Abogados cuestionaron el D.S. por considerarlo inconstitucional y por invadir los fueros legislativo y judicial. Finalmente, el senado dejó sin efecto el D.S., y propuso lograr la despenalización buscada por medio de la modificación en el Congreso del Código Penal... estos enfrentamientos serían respondidos por Fujimori, calificando de “canallas” y “chacales” a los jueces y fiscales que abusan de sus cargos, y denunció que habrían “grandes y menudos intereses” en contra de la reforma judicial que proponía, y llamó a los “jueces honestos y probos” y a los “políticos que no se fijan en el cálculo” para que lo respalden, y vayan “más allá del debate innecesario”.

Este primer enfrentamiento deja varias lecciones. En primer lugar, muestra que Fujimori apela a la opinión pública para legitimar sus acciones, priorizando la **eficacia**; mientras que los partidos en el Congreso asumen posiciones **institucionalistas**, pero que aparecen como obstruccionistas. Segundo, se establece claramente una estructura de confrontación entre ejecutivo y legislativo: una suerte de *chicken game*, en donde ambas partes extreman sus posiciones de modo de poder establecer amenazas creíbles al adversario, y así obligarlo a hacer concesiones; cada uno desde la arena en la que era más fuerte: del lado de Fujimori, su mayor amenaza era cerrar el Congreso y dar un “auto-golpe”; del lado del Congreso, su mayor amenaza era declarar la vacancia de la presidencia aplicando el artículo 206 de la Constitución. Estas amenazas se configuraron relativamente temprano: ya en el mes de octubre de 1990 el senador Diez Canseco de IU denunciaba “el propósito de cerrar el parlamento y de implantar un régimen cívico-

militar al más puro estilo Bordaberry”. Del otro lado, a comienzos de marzo de 1991, ya la prensa daba cuenta de movimientos en el Congreso encaminados a lograr la destitución de Fujimori⁶⁸...

Así, a lo largo de 1991 se estableció esta suerte de *chicken game*, una medición de fuerzas para determinar el rumbo que seguiría el país. Otra vez, viendo las cosas retrospectivamente, los partidos aparecen tomando una decisión que los conduce al colapso. Pero ubicados en el contexto de 1991, ello no es así. En esta suerte de *war of attrition* entre Fujimori y los partidos, a lo largo de 1991 en muchos momentos pareció que el derrotado iba a ser Fujimori. Si observamos los niveles de aprobación de Fujimori, encontraremos que éstos se mantienen altos y con tendencia ascendente entre agosto y diciembre de 1990, en un promedio de 54%, para luego bajar entre enero y setiembre a un promedio de 38.5%. Entre enero y setiembre de 1991 empiezan a observarse signos de lo que muchos llaman “fatiga del ajuste”. Si bien la inflación fue sustancialmente rebajada en relación a lo años anteriores, todavía se mantenía bastante alta: la inflación acumulada de 1991 fue de 139.2%. En términos comparativos, tenemos casos, como ya señalamos más arriba de presidentes que se enfrentan a los partidos en el Congreso y pierden la partida: Brasil con Collor, Serrano en Guatemala, más recientemente Bucaram en Ecuador. Ello podría haber pasado en el Perú.

Hacia inicios de marzo de 1991, la desaprobación a Fujimori, medida en febrero, era cercana al 50%, y su aprobación alrededor de un 33% según las diversas encuestas. Se vivía una sensación de fracaso del programa económico, vinculado a los saltos inflacionarios en diciembre de 1990 (23.7%) y enero 1991 (17.8%). Pese a que la inflación se estabiliza relativamente entre febrero y setiembre, se ubica en un nivel promedio de 7.7%, todavía alto. En marzo se empieza a discutir en el Congreso la posibilidad de destituir a Fujimori, y hacer que la presidencia sea asumida por el primer vicepresidente entonces presidente del senado, Máximo San Román. Si bien nos parece ociosa la pregunta de en qué momento Fujimori habría decidido el camino del “auto-golpe”, nos parece que vistas las cosas desde la situación del primer semestre de 1991, una de las perspectivas más probables para él era la de terminar destituido por el Congreso o, en el mejor de los casos, haciendo muchas concesiones ante éste⁶⁹. Además, a mediados de febrero el premier y ministro de economía Hurtado Miller renuncia, justamente marcando simbólicamente el agotamiento de esta etapa del gobierno. El ministro entrante, Carlos Boloña, en el mes de marzo, anuncia un nuevo conjunto de medidas económicas, entre ellas una política de liberalización del comercio exterior, que generó la protesta de los gremios empresariales...

El panorama para el gobierno en marzo era aún peor. En ese mes se desata con una enorme fuerza una epidemia de cólera (ver cuadro 13), que cobraba víctimas día a día con una tremenda rapidez. El Ministro de Salud, Carlos Vidal, renuncia a su cartera al rechazar un recorte presupuestal de su sector en plena epidemia. También en marzo dan inicio una serie de huelgas, en sectores estratégicos; en plena epidemia, entran en

⁶⁸ Sobre los conflictos entre ejecutivo y Congreso y su relación con el “auto-golpe” ver Kenney, 1996, con cuya argumentación estamos básicamente de acuerdo.

⁶⁹ De hecho, la prensa empezó a discutir la existencia del famoso “Libro Verde”, el plan operativo del golpe militar, en marzo de 1991.

huelga los trabajadores del sector salud, a los que se suman médicos y enfermeras; los gremios en conflicto involucraban también a muchos otros sectores públicos, entre ellos los maestros, y además había crecientes rumores de una huelga policial en ciernes... esta ola de huelgas fue una verdadera prueba de fuego para el gobierno: la huelga en el sector salud recién se levantó en julio, después de **123** días de huelga. La huelga de maestros duró entre mayo y agosto. A lo largo de esos meses de 1991, además, Sendero Luminoso intensificó sus acciones. 1991 fue el año en que se registraron más acciones subversivas hasta ese momento. En 1991 Sendero declaró haber alcanzado el “equilibrio estratégico”, lo que implicaba el paso de acciones terroristas y asesinatos selectivos a buscar acciones de mayor envergadura y enfrentamientos con la policía y el ejército⁷⁰.

Sin embargo, el gobierno fue capaz de capear el temporal⁷¹. La tasa de inflación mensual, que entre enero y setiembre se ubicaba alrededor de un 7.7%, baja a partir de octubre; entre ese mes y febrero de 1992, bajó a un promedio de 3.9%. Ello tuvo un claro correlato sobre el nivel de aprobación presidencial, que pasó de un promedio de 38.5% entre enero y setiembre de 1991 a un promedio de 60% entre octubre de 1991 y febrero de 1992. La recuperación de la aprobación presidencial en esos meses responde también a la baja en la dinámica de huelgas y protestas sociales. La relación directa entre inflación y aprobación presidencial se verifica en febrero y marzo; en tanto en esos dos meses la inflación muestra una ligera tendencia escendente (4.7% y 7.4%), la aprobación de Fujimori baja en esos meses del 65% de enero a 64% en febrero y 53% en marzo (ver cuadro 12).⁷²

Ahora bien, en términos analíticos, podríamos decir que el gobierno hacia el último trimestre de 1991 y comienzos de 1992 empieza a ganar la batalla en la arena de la **opinión pública**⁷³. No sólo eso; al pasar por encima, al lograr contener las protestas sociales, vence en la arena de los movimientos sociales, con la cual no tenía vínculos, y con la cual sólo quedaba la imposición. Es interesante que la lógica de estos conflictos muestran el grado de desconexión entre la opinión pública y la dinámica del movimiento social; Fujimori gana en la opinión pública por **derrotar** la protesta social, no por **satisfacerla**. La estabilización económica y la derrota del movimiento laboral, de

⁷⁰ Quizá la mejor manera de expresar la situación por la que pasaba el Perú a mediados de 1991 sea por medio de esta cita del Resumen Semanal de noticias de DESCO (nº 617, del 26.4 al 2.5), rayando trágicamente en lo “real maravilloso”: “*Ultimamente, el Perú y sobre todo la capital se la visto convulsionada socialmente por acontecimientos como las imágenes de vírgenes que, en casas de simples y humildes moradores, ‘derraman lágrimas’, aún frente a las cámaras de televisión; primero fue una pequeña imagen de la Virgen de Fátima en el distrito de Carmen de la Legua, en el Callao, luego una estatua de la Virgen de Chapí y finalmente otra imagen de la Virgen de Fátima en Chaclacayo. A ello se suma la llegada de un curandero brasileño al cual se le atribuyen cualidades sobrehumanas para curar a las personas generando tal expectativa y ansiedad que originó graves disturbios sociales y hasta la muerte de un anciano y el suicidio de otro. La situación es más difícil aún con la serie de fuertes sismos que recientemente sacudieron gran parte del país*”... Respecto a esto, declaraciones de Julio Cotler en *La República*, 2.5.91: “*El país se hace pedazos. La gente no sabe cuál es su razón de existir y qué puede esperar en el futuro por parte del sistema. Entonces no queda más camino que recurrir a lo desconocido, misterioso, para encontrar sosiego y paz interior*”.

⁷¹ Sobre este punto, y sobre el período de Fujimori en general, ver Cotler, 1994, con quien coincidimos en varios puntos de su análisis.

⁷² Sobre las relaciones entre aprobación presidencial y niveles de inflación ver Stokes, 1996a.

⁷³ Sobre la opinión pública y el “auto-golpe” ver Conaghan, 1995.

otro lado, va configurando la comunión de intereses entre el gobierno y la clase empresarial. De otro lado, del lado de los partidos del Congreso, encontramos justamente lo contrario. Junto con las protestas sociales aparecen descolocados el APRA y la izquierda, quienes las apoyaron. Y con la convergencia de intereses entre empresarios y gobierno los partidos de derecha quedan también descolocados: dejan de cumplir un rol de intermediación. En otras palabras, los partidos empiezan a aparecer como superfluos. Esto se refleja en la percepción de la opinión pública respecto a los partidos y al Congreso (ver cuadro 14). Las encuestas muestran que entre setiembre de 1991 y marzo de 1992 la imagen de la presidencia se ha recuperado decisivamente, mientras que la del parlamento, los sindicatos y partidos siguieron en niveles muy bajos.

De este modo vemos cómo Fujimori cambia drásticamente las reglas de juego de los años ochenta y descoloca profundamente a los partidos. El juego representativo que se había dado queda rápidamente rebasado en los hechos. Primero, la arena de la **opinión pública** se autonomiza de la electoral; es decir, la configuración política establecida por las elecciones de 1990, en la que los partidos están en mayoría frente al gobierno, queda rebasada por los hechos; segundo, en la arena de los movimientos sociales, los partidos de izquierda, que todavía mantenían fuertes vínculos con los gremios en conflicto, encuentran que por medio de éstos no resolvían su problema de representación, acaso hasta lo agravaban (ver cuadro 14 sobre confianza en sindicatos y CGTP); nuevamente, la arena de la opinión pública aparecía autonomizada de la de los movimientos sociales. Respecto a los empresarios, uno de los más importantes grupos de interés, encontramos que el gobierno logra establecer una relación directa con ellos, y una relativa confluencia de intereses, por encima de los partidos de derecha, tradicionalmente su vínculo para relacionarse con la política. De esta manera, se quiebra también la relación de representación e intermediación.

Finalmente, con Fujimori el “pacto fundamental” de 1979 aparece totalmente rebasado también por la nueva situación; entre 1990 y 1992 quedaron rebasados sus protagonistas (un sistema de partidos de tres bloques cortados ideológicamente), sus reglas de competencia (alternancia) y su disputa de fondo, la determinación de la herencia del velasquismo, la integración de los sectores populares. Fujimori no tenía incentivos significativos para jugar con sus reglas, en cambio muchos para salir de ellas. Además, su extrema debilidad en el Congreso hacía imposible pensar en cambiar las reglas con el mecanismo previsto por ellas, el camino de la reforma constitucional. La respuesta de los actores partidarios en este contexto aparece presa del “espejismo” de la vigencia de la legalidad instaurada en 1979, cuando ella ya había sido ampliamente rebasada por la nueva situación política⁷⁴.

Las piezas que van armando el rompezaberas del “auto-golpe” ya están sobre la mesa. Sólo falta una, sin duda fundamental, a la que hemos hecho referencia sólo

⁷⁴ La Constitución aprobada en 1993 expresa claramente los cambios y la nueva situación política: se trata ahora de facilitar la transición hacia una economía de mercado, que abandona el problema de la integración, y que se aboca al problema de la liberalización. Por supuesto que el gran tema pendiente, hasta ahora, es el tema de la democracia y el respeto del Estado de derecho, que el gobierno parece menospreciar...

tangencialmente: la Fuerza Armada. Quien continuó inamovible con sus acciones y su lógica de guerra pese a los enormes cambios que se venían produciendo en el país fue Sendero Luminoso. 1991 y 1992 fueron los años de mayor número de acciones subversivas de todo el período de guerra. Autores como Rospigliosi (1996) y Tapia (1997) han llamado la atención sobre la percepción que tenía la Fuerza Armada de la seriedad de la amenaza de Sendero Luminoso sobre el Estado peruano, aparentemente magnificada por el Servicio de Inteligencia Nacional, que preparaba el golpe con Fujimori (cuando éste ya contaba con información que hacía pensar que, por el contrario, Sendero podía ser derrotado en el corto plazo, como efectivamente ocurrió). De la gravedad de la situación se desprendía obviamente la necesidad de actuar con firmeza respecto a ello. Y el mantenimiento del sistema democrático aparecía como un inconveniente: aparentemente, sectores de la Fuerza Armada se mostraban incómodas por el hecho de que ellas asumían los costos inevitables de la guerra sin un compromiso correspondiente del poder civil, que por el contrario las limitaba por medio de constantes denuncias por violación a los derechos humanos⁷⁵.

De este modo, las piezas que conforman el golpe del 5 de abril de 1992 ya están todas sobre la mesa; así Fujimori, con el Servicio de Inteligencia, preparan un “auto-golpe” que cuenta con el apoyo de la Fuerza Armada como institución, el respaldo de los grupos de interés más poderosos, y la aprobación de la opinión pública. La resistencia provino de los partidos en el Congreso, que ya para entonces no tenían ningún poder real de su lado: sólo una legalidad y un formato institucional rebasados por las nuevas situaciones políticas. El contexto inmediato del golpe no hizo sino acentuar el aislamiento del parlamento frente al ejecutivo, sea éste propiciado o no por Fujimori⁷⁶.



El colapso del sistema de partidos realmente no llega con el 5 de abril de 1992. En realidad, en sentido estricto éste llega en abril de 1995, con las elecciones presidenciales, en las que ninguno de los partidos base del sistema en los ochenta logra alcanzar más del 5% de la votación, con lo que todos pierden su registro ante el Jurado Nacional de Elecciones. Como observamos en casi todos nuestros países, Perú incluido, no es raro que un golpe cuente con el respaldo de la población. Si lo es que al reestablecerse la vida democrática, los partidos depuestos no vuelvan a establecer una dinámica similar a la de los años previos al golpe. En el Perú mismo, la elección presidencial de 1980 tuvo como protagonistas a los dos mismos partidos protagonistas de las últimas elecciones presidenciales, de 1962 y 1963, AP y el APRA. Algo similar puede decirse de casi todos los demás países que experimentaron transiciones democráticas entre fines de los años setenta y la década de los ochenta. Una pregunta final es ¿por qué en el Perú los partidos se quedaron en el camino entre 1992 y 1995, en apenas tres años? ¿Por qué el Perú no tuvo un camino más bien “intermedio”, en el cual

⁷⁵ Frente a la percepción de la amenaza de Sendero, la conformación de una Comisión multipartidaria que elaboraba una propuesta de pacificación desde mayo de 1991, aparecía tardía e insuficiente... Sobre la situación de los derechos humanos en el Perú entre 1990 y 1992 ver Youngers, 1992.

⁷⁶ Sobre el contexto del golpe ver Kenney, 1996, McClintock, 1996; Mauceri, 1995 y 1996; Pease, 1994, entre otros.

en las elecciones democráticas siguientes vemos compitiendo a los partidos existentes previamente al golpe y a un partido “heredero” del período autoritario? Ello sucedió por ejemplo en Bolivia, con la disputa entre el MNR y AND en el contexto de la transición.

La respuesta no es tan complicada. Sucede que mientras que las interrupciones autoritarias por lo general están acompañadas de un ciclo de auge y posterior crisis que las lleva a la apertura democrática y a la transición, en el Perú ésta se produce básicamente ante presiones internacionales y siguiendo un patrón establecido por el gobierno, no por la fortaleza de la oposición. En el Perú, entre 1992 y 1995 asistimos a la progresiva “consolidación” del camino, de la reestructuración iniciada en 1990, del cambio de modelo socio-político de desarrollo. Se consolida la descolocación de la dinámica representativa electoral-movimientista, y el paso a lo que llamamos electoral-medático, con la centralidad de la opinión pública. Los niveles de inflación se muestran claramente descendentes (pasa del 139.2% de 1991 a 56.7% en 1992, 39.5% en 1993, y 15.4% en 1994); el PBI crece (pasa del -4.9% de 1990, 3% en 1991, -2.6% en 1992, a 6.5% en 1993, 13.6% en 1994, y alrededor de un 7% en 1995). En el frente de la guerra, Abimael Guzmán cae preso en setiembre de 1992, y las acciones terroristas y el número de víctimas empiezan a disminuir, y ya se habla de la “derrota estratégica” de las organizaciones terroristas. Igualmente impresionantes son los datos de la disminución de la dinámica de huelgas y conflictos sociales... todo esto se expresa en los altos niveles de aprobación de la gestión presidencial, que desde abril de 1992 (después del autogolpe la aprobación subió a un 81%, nivel aún superior que el obtenido en setiembre de 1992 después de la captura de Abimael Guzmán, 74%) hasta abril de 1995 no bajó del 60% (con la excepción de sólo dos meses, en que se situó apenas por debajo de ese 60%)⁷⁷.

Es importante notar que este panorama está lejos de estar exento de conflictos. Fujimori sufrió importantes derrotas políticas, aunque ellas no hayan podido ser capitalizadas por la oposición; por ejemplo, en el Referendum de octubre de 1993, en el que apenas logró ser aprobada la Constitución elaborada por el CCD⁷⁸; en las elecciones municipales de ese mismo año, los candidatos respaldados por Fujimori fueron derrotados; finalmente, en una serie de temas de discusión pública (vinculados a violaciones de derechos humanos y conducta autoritaria del presidente), la opinión pública se mostró mayoritariamente en contra de las posiciones asumidas por el gobierno⁷⁹.

En todo caso, el resultado es que con la consolidación de Fujimori entre 1992 y 1995 y la consolidación del proceso de reformas estructurales lo que hicieron es consolidar también el discurso antipartido y descolocar las prácticas a las que habían estado habituados durante todos los años ochenta. Así, en la elección presidencial de

⁷⁷ Compartimos la idea de McClintock, 1996, quien señala que la estabilización no es producto del golpe, sino que lo antecede; más todavía, el golpe introduce también elementos de inestabilidad. Sin embargo, a nivel de la opinión pública, la estabilización justifica las medidas tomadas en abril de 1992.

⁷⁸ El “sí” obtuvo el 52.3%, y el “no”, 47.7% de los votos.

⁷⁹ Al respecto ver Balbi, 1996; y Conaghan, 1996a.

1995 los protagonistas fueron dos “independientes”: Alberto Fujimori y Javier Pérez de Cuéllar. Esta tendencia se confirmó en las elecciones municipales de 1995, y también en las previsiones de las encuestas para las elecciones del año 2,000.

Algunas conclusiones teóricas y comparativas

Retomando la pregunta con la que empezamos este trabajo: ¿cómo entender la particularidad peruana dentro del contexto regional? Creemos que la clave analítica para entender la diferencia está en la manera en que se relacionan los sistemas de partidos y los procesos de ajuste, o la manera particular en que viven los sistemas de partidos el paso del modelo “Estado-céntrico” al modelo más orientado hacia el mercado que vive la región en esta década; retomando las categorías empleadas en este trabajo, de qué manera los sistemas de partidos logran pasar de una política cada vez menos regida por el principio *electoral-movimientista* y cada vez más por un principio *electoral-mediático*.

En algunos países, como Bolivia con Paz Estensoro o Argentina con Menem, este cambio se realizó por medio de profundas reconversiones en las identidades partidarias básicas de sus países; en estos dos casos, el cambio de modelo, el quiebre del paso de uno al otro, expresado en el control de los procesos hiper-inflacionarios, se realizó dentro de los márgenes del sistema de partidos. El reto principal fue llevar adelante estos cambios en las identidades partidarias de manera creíble y ordenada. Ciertamente estos cambios no son nada sencillos, como lo demuestran las contradicciones e importantes escisiones dentro del justicialismo en los últimos años, pero asistimos a una evolución gradual de los sistemas de partidos. El caso peruano a nuestro juicio se alejó de este camino por la sorpresiva llegada de un *outsider* a la presidencia, que estableció una dinámica política totalmente distinta, que opuso a éste con el conjunto del sistema de partidos.

Pese a estas diferencias, Fujimori se emparenta con líderes como Paz Estensoro, Menem y más recientemente Cardoso en Brasil, en la medida en que al igual que todos es un liderazgo que representa el paso, hasta el momento exitoso, del modelo Estado-céntrico al modelo orientado al mercado. Para todos ellos, y no es en absoluto una casualidad, de alguna forma o de otra se ha planteado el tema de la continuidad de las políticas y de los líderes que las encarnan. Menem logró ambas cosas por medio de un pacto con el radicalismo, que le permitió modificar la Constitución y lograr la reelección. Actualmente, Cardoso en Brasil se encuentra tejiendo una serie de alianzas para lograr el mismo propósito. En el caso de Bolivia, la política de pactos entre las principales fuerzas (ADN, MNR y MIR) permitió la continuidad de las políticas. En el caso peruano, por el contrario, entre 1990 y 1992 Fujimori no tenía posibilidad de asegurar ninguna de las dos cosas, lo que estableció un estímulo para el rompimiento de las reglas de juego constitucionales⁸⁰.

⁸⁰ Estamos de acuerdo con McClintock (1996) y otros cuando afirma que el auto-golpe responde a la voluntad de poder y a la voluntad de reelegirse por parte de Fujimori. Sin embargo, creemos que es natural que todo político busque la permanencia en el poder; el punto crítico está en el contexto político y en una institucionalidad que no era más capaz de establecer una

El caso peruano puede ser provechosamente con otros casos en los que tenemos *outsiders* en el gobierno, que también se enfrentaron a los partidos y al Congreso en sus países... pero perdieron. Son los casos de Collor en Brasil, Serrano Elías en Guatemala y más recientemente también de Bucaram en Ecuador, aunque si bien éste no es un *outsider* en sentido estricto, comparte con los otros la crítica al *establishment*, en el caso ecuatoriano, la crítica a la oligarquía que englobaría en su discurso a todos los gobiernos anteriores, conservadores como social-demócratas. Todos ellos llegaron a la presidencia debido a la crisis y al desprestigio de la clase política en sus países, en base a un fuerte discurso anti-partidos. Y llegaron en una situación de relativa debilidad, al igual que Fujimori, lo que los llevó a buscar mayores márgenes de poder en base a su enfrentamiento a los partidos.

Creemos que la diferencia decisiva entre el fracaso de estos líderes y el éxito de Fujimori en su confrontación con los partidos está, como ya hemos adelantado, en la manera en que los sistemas de partidos se ubicaron en el contexto de los procesos de ajuste. Collor, Serrano Elías y Bucaram fracasaron en su pugna con los partidos porque fracasaron en lograr la estabilización del país y perdieron en la arena de la opinión pública. Con inestabilidad económica, empezaron a ser identificados con los problemas antes que con su solución. En los tres casos, sus caídas (Collor en diciembre de 1992, Serrano Elías con su fallido auto-golpe en mayo de 1993, y Bucaram en febrero de 1997) se vieron rodeadas de inestabilidad económica y escándalos de corrupción. Los desacreditados partidos tuvieron una nueva oportunidad. Creemos que el caso peruano hacia mediados de 1991 podría asemejarse al de éstos líderes. De haber intentado Fujimori el “auto-golpe” a mediados de 1991, la imagen habría sido la de un Presidente desesperado y sin recursos que intenta una solución temeraria. Pero para abril de 1992 Fujimori ya había ganado la batalla en la arena de la opinión pública. Por ello los poderes estructurales se pusieron detrás de él, no en su contra. Y por eso al reestablecerse la competencia electoral en 1995, los partidos base del sistema de partidos de los ochenta llegan prácticamente a su extinción política.

De este modo, nuestra explicación del colapso del sistema de partidos en el Perú y su particularidad en el contexto regional busca mostrar que, **primero**, el sistema de partidos en el Perú durante todos los años ochenta logró, pese a los complejos problemas que se presentaron, cumplir con requisitos mínimos de representatividad, combinando con un mínimo de eficacia los actores partidarios las diversas arenas políticas en las que tenían que jugar, y logrando cierta convergencia básica en torno al respeto a las reglas de juego democrático expresadas en la Constitución de 1979, como en otros países que pasaron también por muy agudas crisis expresadas también en procesos hiper-inflacionarios⁸¹.

estructura de incentivos que evitara el rompimiento del orden; Alan García también buscó un “auto-golpe” en 1988, pero no pudo conseguirlo. Por el contrario, para Fujimori todas las posibilidades de ganancia política aparecían asociadas a la ruptura del orden institucional, y la posibilidad estaba disponible.

⁸¹ Es cierto que en el Perú a la crisis económica hay que sumar los efectos de la violencia política, fenómeno no presente en los casos de Argentina, Bolivia o Brasil. Sin tratar de

Segundo, la representatividad del sistema de partidos se resquebrajó seriamente alrededor del proceso electoral de 1989-1990, por factores particulares de ese proceso. Ellos, aunados a las características del sistema electoral y algunos cálculos estratégicos de actores y votantes, permitieron la inesperada y sorprendente llegada a la presidencia de un *outsider* como Fujimori, que rápidamente basa su atractivo en un discurso anti-partido. **Tercero**, Fujimori recibe la presidencia en el contexto del agotamiento del modelo de centralidad estatal vigente hasta el momento, e inicia con éxito el camino del ajuste estructural. Los cambios que se producen descolocan la dinámica *electoral-movimientista* en el que se habían habituado a jugar los actores partidarios, perdiendo éstos sus capacidades representativas; no son capaces de desempeñarse con eficacia en una nueva arena que cobra desde entonces creciente importancia, la arena de la *opinión pública*, que marca el paso hacia una dinámica *electoral-mediática*.

En **cuarto** lugar, Fujimori se encontró entre 1990 y 1992 en una situación de extrema debilidad en relación a los partidos según las reglas del pacto político expresado en la Constitución de 1979, que ya había quedado en práctica rebasado por los hechos. Sin embargo, tenía por medio de su eficaz desempeño en la arena de la opinión pública posibilidades de pasar por encima de ellos en el terreno de la confrontación de fuerza. De este modo se establece el escenario que conduce al “auto-golpe” de abril de 1992. **Quinto**, Fujimori logra vencer en su confrontación con los partidos porque, a diferencia de casos como los de Collor en Brasil, Serrano Elías en Guatemala y Bucaram en Ecuador, en el contexto del golpe ya había logrado estabilizar el difícil tránsito hacia un modelo más orientado hacia el mercado, lo que le permitió convertirse en una opción más segura frente a la que podrían constituir los partidos (en un contexto de violencia que reforzaba la necesidad de un liderazgo fuerte). Así, logra que la opinión pública y los poderes estructurales lo sigan en su acción. **Sexto**, la consolidación de Fujimori entre 1992 y 1995 termina de legitimar su discurso anti-partido, de modo que en las elecciones de 1995 encontramos la práctica desaparición del conjunto de partidos base del sistema vigente durante los ochenta.

En términos **teóricos**, nos parece interesante resaltar que el colapso del sistema de partidos muestra la importancia decisiva de variables específicamente políticas, pese a que sin duda legados históricos y debilidades estructurales e institucionales ciertamente hicieron más difíciles las cosas para los actores partidarios. Pese al colapso del sistema de partidos y el actual camino autoritario por el que transita el gobierno, creemos que la consolidación del régimen democrático era una posibilidad hacia fines de los años ochenta, pese a todos sus problemas. Si ella no se concretó, es porque los actores partidarios no lograron, por una serie compleja de circunstancias, adaptar su lógica de actuación política a situaciones altamente cambiantes y en alguna medida, azarosas; justamente en el contexto de la definición de un nuevo modelo de acción política que redefinió los parámetros de la representación política a los que habían

menospreciar la importancia del fenómeno terrorista, creemos que su efecto específico sobre la legitimidad del sistema de partidos es marginal. Al respecto ver Carrión, 1992, quien muestra que no hay una correlación significativa entre los niveles de popularidad presidencial de Belaúnde y García y el número de acciones terroristas.

estado habituados. En el crucial momento de este cambio, el sistema de partidos no logró pasar la prueba.

Un breve apunte de índole teórico general en este punto. Creemos que es importante pensar el proceso de consolidación de nuestras democracias en relación a los diversos momentos por los que atraviesa, que en cada caso, requieren de criterios de evaluación específicos. Así, en un primer momento, en el que todavía estaba vigente el orden “estado-céntrico”, creemos que la democracia peruana y su sistema de partidos pasaba una prueba mínima de consistencia. El problema se produce en el Perú en el momento del cambio de modelo, que el sistema de partidos no logra manejar dentro de sus parámetros.

Nos parece particularmente central la importancia que adquiere la **opinión pública** como arena en la que se juega la representación política en los últimos años, en la que los actores políticos deben ubicarse en torno a diversos *issues* de discusión, que generan confrontaciones y clivajes que no responden como antes a los tradicionales, que involucraban actores colectivos, grupos de presión, y respondían a cortes más basados en categorías ocupacionales clasistas. En la actualidad la disputa se ordena en torno a la construcción de diversos **sentidos** sociales globales antes que confrontaciones involucrando intereses específicos. Así, encontramos que los conflictos de los últimos años en el Perú han girado en torno a temas como el respeto a los derechos humanos, el respeto a la legalidad, los límites a la acción del poder presidencial... también, alrededor de los temas vinculados al momento que atraviesa el proceso de reforma estructural: la reforma del Estado, la reforma del sistema de pensiones, la política de privatizaciones...

Como hemos visto, el desenlace inesperado del caso peruano tiene que ver con la relativa desatención de los actores políticos de las consecuencias de sus acciones en esta arena, privilegiando otras, la de grupos de interés, movimientos sociales, y la electoral entendida como el ámbito de competencia entre élites políticas; todo ello dentro de determinados marcos institucionales, cuya validez aparece dada, nuevamente, por la conducta de las élites políticas y sociales en torno a ellas. Por esta razón, creemos que el caso peruano aporta preguntas y cuestionamientos interesantes a la discusión actual sobre la democracia, y las dificultades para su consolidación. Esta discusión, a nuestro juicio, ha tendido también a girar en torno a las élites y sus interacciones, y más recientemente, a la institucionalización dentro del sistema de derecho⁸².

Sin pretender negar en absoluto la importancia de estas dimensiones, creemos que la experiencia peruana llama la atención sobre la necesidad de ampliar la mirada más allá de las élites y las instituciones hacia los estados de la opinión pública y las consecuencias, los impactos de éstos sobre el funcionamiento de la democracia. El actual nivel de descontento registrado en muchas democracias puede introducir diversos efectos desestabilizadores; ya sea por medio de fenómenos como una extrema volatilidad electoral, y la aparición de liderazgos extrasistémicos de carácter “neo-populista” (es decir, que mantiene cierta retórica maximalista y confrontacionista sin expresar los alineamientos políticos del populismo clásico). Incluso la insatisfacción

⁸² Sobre esta discusión ver O'Donnell, 1996, 1996a y 1996; Linz y Stepan, 1996 y 1996a.

ciudadana con la política puede dar lugar a manifestaciones disruptivas en el campo social, a pesar que no lleguen a expresarse en lo político por medio de nuevos liderazgos. Creemos que esto debe conducir a buscar maneras de evitar la creciente elitización del proceso político, y de fortalecer la dimensión deliberativa y participativa de la democracia, aunque ciertamente, hoy por hoy ella ya no responda más a la lógica *movimientista* a la que hemos hecho mención.

Cuadro 1: datos sobre países que pasaron por experiencias de hiper-inflación.

	Cinco años antes de la transición (promedio anual)	Año de la transición	Primer gobierno democrático (promedio anual)	Segundo gobierno democrático (promedio anual)
Argentina	(1978-1982)	(1983)	(1984-1989)	(1990-1992)
Crecimiento del PBI	-1.5	3.1	-2.2	5.9
Inflación	141.0	343.8	823.0	1,243.0
Déficit fiscal/PBI	-5.2	-3.8	-4.4	-0.8
Inversión/ crecimiento del PBI	20.9	17.3	12.8	15.1
Bolivia	(1977-1981)	(1982)	(1983-1985)	(1986-1989)
Crecimiento del PBI	2.1	-6.6	-3.0	1.2
Inflación	23.7	296.5	3,558.3	28.7
Déficit fiscal/PBI	-3.8	-19.0	-19.2	-0.3
Inversión/ crecimiento del PBI	19.0	12.5	13.2	12.4
Brasil	(1980-1984)	(1985)	(1986-1989)	(1990-1992)
Crecimiento del PBI	2.0	8.4	2.5	-0.9
Inflación	132.8	228.0	805.6	1,462.5
Déficit fiscal/PBI	-3.3	-11.2	-14.2	-3.3
Inversión/ crecimiento del PBI	19.4	16.9	22.2	19.3
Perú	(1975-1979)	(1980)	(1981-1985)	(1986-1990)
Crecimiento del PBI	1.9	3.8	-2.8	-2.3
Inflación	48.3	59.7	108.1	2,465.0
Déficit fiscal/PBI	-3.3	-2.4	-4.3	-3.4
Inversión/ crecimiento del PBI	17.7	28.9	26.2	20.9

Fuente: Haggard y Kaufman, 1995, p. 175.

Cuadro 2: Evolución del voto dentro del sistema de partidos y voto por independientes.

	1978(C)	1980(P)	1980(M)	1983(M)	1985(P)	1986(M)	1989(M)
Suma de los votos de los principales partidos del sistema (S)	88.5	96.5	92.7	93.5	97.0	93.2	71.5
Voto por candidatos independientes (I)	11.5	3.2	7.4	6.7	3.0	7.8	28.2
Votos en blanco	3.2	7.7	4.9	5.4	6.5	3.7	6.2
Votos nulos	12.6	14.5	9.7	12.3	7.3	11.1	15.4
Ausentismo	16	21	31	36	9	22	31

(C): Asamblea Constituyente

(M): Elección Municipal

(P): Elección Presidencial

(S): Incluye AP, PPC; APRA, y la izquierda. En 1978, la izquierda es la suma del FOCEP, PSR, PCR, PCP y UDP. En la presidencial de 1980, es la suma del PRT, UNIR, UI, UDP, FOCEP. Entre las municipales de 1980 y las de 1986, la izquierda es IU. En 1989, es IU y ASI.

(I): suma de los porcentajes de votos válidos obtenidos por listas independientes y partidos pequeños.

(continuación)

	1990(P)	1992(C)	1993(M)	1995(P)
Suma de los votos de los principales partidos del sistema	68.0	15.3	33.3	6.3
Voto por candidatos independientes	31.7	84.8	64.7	93.7
Votos en blanco	8.0	4.0	5.5	9.16
Votos nulos	7.2	19.7	19.7	8.72
Ausentismo	22	29	34.4	26.15

Fuente: Tuesta, 1994; los datos de 1995 son tomados de Conaghan, 1996.

(S): suma de los porcentajes de votos válidos de AP, PPC, APRA y la izquierda. La izquierda en 1990 es la suma de IU e IS; en 1992, es el MDI; en 1993, la suma de IU y MDI; y en 1995, IU.

(I): suma de los porcentajes de votos válidos obtenidos por listas independientes y partidos pequeños.

(C): En 1992, elección para conformar el Congreso Constituyente Democrático.

(P): elección presidencial

(M): elección municipal

Cuadro 3: Electores peruanos en relación a la población total (en miles)

	1876	1939	1956	1978	1985	1990	1993
Población	1,400	6,080	8,904	16,414	16,697	22,332	22,128
Electores (%)	0.26	9.8	17.7	30.3	42.1	45.0	52.3

Fuente: Tuesta, 1994.

Cuadro 4: Porcentaje de votos válidos de principales actores políticos (1978-1995)

	AP	PPC	(AP+PPC) FREDEMO	APRA	IZQUIERDA (IU)	INDEPEN- DIENTES
1978(C)	NP	23.8	(23.8)	35.3	29.4	11.5
1980(P)	45.4	9.6	(55.0)	27.4	14.4	3.2
1980(M)	35.8	11.1	(46.9)	22.5	(23.3)	7.4
1983(M)	17.5	13.9	(31.4)	33.1	(29.0)	6.7
1985(P)	7.3	11.9	(19.2)	53.1	(24.7)	3.0
1986(M)	NP	14.8	(14.8)	47.6	(30.8)	7.8
1989(M)	---	---	31.2	20.4	20.2	28.2
1990(P)	---	---	32.6	22.6	13.0	31.8
1990(P)	---	---	37.5	NP	NP	62.5
1992(C)	NP	9.7	(9.7)	NP	5.5	84.8
1993(M)	11.6	5.7	(17.3)	10.8	3.9	64.7
1995(P)	1.64	NP	(1.64)	4.11	0.57	93.7

Fuente: Tuesta, 1994; los datos de la elección de 1995 son tomados de Conaghan, 1996.

Cuadro 5: dinámica de protesta sindical

Año	Número de Huelgas	Trabajadores afectados (miles)	Horas-hombre perdidas (miles)
1970	345	111	5,782
1971	377	161	10,882
1972	409	131	6,331
1973	788	416	15,689
1974	570	363	13,413
1975	779	617	20,269
1976	440	258	6,822
1977	232	387	4,648
1978	364	1,398	36,144
1979	653	841	13,411
1980	739	481	17,913
1981	871	857	19,974
1982	809	572	22,751
1983	643	786	20,300
1984	516	703	13,967
1985	579	238	12,228
I Trimestre	148	57	2,767
II Trimestre	124	66	5,060
III Trimestre	156	85	3,415
IV Trimestre	151	30	986
1986	648	249	16,867
I Trimestre	190	91	5,344
II Trimestre	177	49	3,054
III Trimestre	152	79	6,353
IV Trimestre	129	31	2,117
1987	726	312	9,068
I Trimestre	201	55	2,321
II Trimestre	164	150	3,077
III Trimestre	192	70	2,143
IV Trimestre	169	36	1,527
1988	815	691	37,921
I Trimestre	197	146	2,304
II Trimestre	275	80	4,852
III Trimestre	206	226	13,749
IV Trimestre	137	239	17,016
1989	667	224	15,223
1990	613	258	15,068
1991	315	181	8,881
1992	219	115	2,319
1993	151	42	2,168
1994	168	63	1,937

Fuente: Perú en números, 1990 y 1995.

Cuadro 6: Reservas Internacional Netas del Banco Central de Reserva, en millones de dólares

	ene	feb	mar	abr	may	jun	jul	ago	set	oct	nov	dic
1985	1077	1102	1048	1018	997	971	894	1003	1144	1310	1388	1493
1986	1539	1500	1541	1434	1407	1278	1234	1135	1239	1201	992	958
1987	833	791	820	858	891	790	765	649	533	415	194	43
1988	-50	-153	-194	-208	-219	-180	-222	-266	-293	-317	-304	-352
1989	-319	-323	-213	-45	79	176	222	373	450	457	453	357

Fuente: Perú en números, 1990.

Cuadro 7: Variación porcentual del índice de precios promedio mensual al consumidor de Lima Metropolitana

	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994
	158.3	62.9	114.5	1722.3	2775.3	7649.7	139.2	56.7	39.5	15.4
ene	13.9	5,2	6.6	12.8	47.3	29.8	17.8	3.5	4.8	1.8
feb	9.5	4.2	5.6	11.8	42.5	30.5	9.4	4.7	2.9	1.8
mar	8.1	5.3	5.3	22.6	42.0	32.6	7.7	7.4	4.2	2.3
abr	12.2	4.1	6.6	17.9	48.6	37.3	5.8	3.2	4.4	1.5
may	10.9	3.3	5.9	8.5	28.6	32.8	7.6	3.4	3.0	0.7
jun	11.8	3.6	4.7	8.8	23.1	42.6	9.3	3.6	1.8	1.1
jul	10.3	4.6	7.3	30.9	24.6	63.2	9.1	3.5	2.7	0.9
ago	10.8	4.0	7.4	21.7	25.1	397.0	7.2	2.8	2.5	1.5
set	3.5	3.6	6.5	114.1	26.9	13.8	5.6	2.6	1.6	0.5
oct	3.0	4.0	6.4	40.6	23.3	9.6	4.0	3.6	1.5	0.3
nov	2.7	3.6	7.1	24.4	25.8	5.9	4.0	3.5	1.6	1.2
dic	2.8	4.6	9.6	41.9	33.8	23.7	3.7	3.8	2.5	0.6

Fuente: Perú en números, 1995.

Cuadro 8: Tasas anuales de inflación en países con experiencia de hiper-inflación, 1980-1992.

	Argentina	Bolivia	Brasil	Perú
1980	87.6	23.9	95.3	60.8
1981	131.3	24.6	93.5	72.2
1982	209.7	296.5	100.3	72.9
1983	433.7	328.5	178.0	125.1
1984	688.0	2,176.8	209.1	111.5
1985	385.4	8,170.5	239.1	158.3
1986	81.9	65.9	58.6	62.9
1987	174.8	10.6	396.0	114.5
1988	387.7	21.5	994.3	1,722.3
1989	4,923.8	16.6	1,779.1	2,775.3
1990	1,343.9	17.1	1,794.8	7,649.7
1991	171.7	21.4	440.8	139.2
1992	24.9	21.0	1,146.6	56.7

Fuente: Cavarozzi, Nelson y Urrutia, 1994, y Perú en números 1995.

Cuadro 9: Tasas anuales de inflación en países con experiencia de hiper-inflación, 1991-1997

	Argentina	Bolivia	Brasil	Perú
1991	84.0	21.4	475.1	409.5
1992	18.6	12.1	1,131.5	73.5
1993	8.0	8.5	2,541.0	48.6
1994	3.9	7.9	929.3	23.7
1995	1.6	10.2	21.1	11.7
1996	2.4	11.0	15.0	10.1
1997	2.5	6.4	15.0	7.0

Fuente: Burki y Edwards.

Cuadro 10: dinámica de la violencia política.

Año	Acciones subversivas registradas por la Policía Nacional	Número de víctimas por violencia política
1980	219	3
1981	715	4
1982	891	170
1983	1,123	2,807
1984	1,760	4,319
1985	2,050	1,359
1986	2,549	1,268
1987	2,489	697
1988	2,415	1,986
1989	3,149	3,198
1990	2,779	3,452
1991	2,785	3,180
1992	2,995	3,101
1993	1,918	1,692
1994	1,195	652

Fuente: Perú en números, 1995.

Cuadro 11: Congreso 1990-1992

Partido	Diputados	Senadores	Total
FREDEMO	63	21	83
(AP)	(27)	(8)	(35)
(PPC)	(25)	(5)	(30)
(Libertad)	(11)	(8)	(19)
PAP	53	17	70
Cambio 90	32	14	46
IU	16	6	22
FIM	7	0	7
IS	4	3	7
FNTC	3	1	4
otros	3	0	3
Total	180	62	242

Cuadro 12: Aprobación de Fujimori como Presidente de la República (% de respuestas favorables)

	1990	1991	1992	1993	1994	1995
ene		43	65	60	66	64
feb		35	64	62	58	74
mar		38	53	61	61	66
abr		49	81	63	60	75
may		45	76	59	61	
jun		35	76	66	64	
jul		31	65	61	65	
ago	46	39	62	65	68	
set	51	32	74	63	68	
oct	53	54	68	70	65	
nov	59	58	65	67	63	
dic	61	60	64	64	67	

Fuente: APOYO.

Cuadro 13: evolución de la epidemia de cólera, 1991

	infectados	hospitalizados	muertos
al 13 de marzo	71,811	19,000	308
al 21 de marzo	88,748	25,804	535
al 26 de marzo	97,115	31,303	780
al 1 de abril	107,152	36,467	780
al 10 de abril	139,461	51,262	936
al 16 de abril	145,422	53,782	1,043
al 25 de abril	163,863	62,163	1,184
al 27 de abril	171,295	64,925	1,249
al 7 de mayo	177,103	68,509	1,300
al 13 de mayo	182,099	70,121	1,453
al 23 de mayo	193,000	75,740	1,559
al 30 de mayo	201,628		1,726
al 13 de junio	211,446	81,993	1,850
al 28 de junio	223,564		2,163
al 3 de agosto	236,449	91,467	2,345

Cuadro 14: Nivel de confianza en instituciones

	mar 1989	set 1990	mar 1991	set 1991	mar 1992	set 1992	set 1993	set 1994
Fuerzas Armadas	42	58	53	47	54	57	66	59
Presidencia	23	57	29	26	42	54	60	63
Consejo de Ministros	18	52	25	24	27	37	43	44
Parlamento	20	45	19	19	17	---	44	42
CGTP / sindicatos	38	35	23	16	----	20	---	32
Partidos	17	21	13	13	12	13	11	14
Encuestados (Lima)		626	602	507	500	500	500	501

Fuente: APOYO.

Referencias bibliográficas

- ALBERTI, Giorgio
s/f "Democracy by default, economic crisis, *movimientismo*, and social anomie in Latin America". Mimeo.
- ALESINA, Alberto
1994 "Political models of macroeconomic policy and fiscal reforms". En: Haggard y Webb eds.
- ALVA ORLANDINI, Javier
1993 *Ayer, hoy y mañana*. Lima, Editora Zeus S.A.
- BALBI, Carmen Rosa
1996 "El Fujimorismo: delegación vigilada y ciudadanía". En: *Pretextos*, nº 9. Lima, DESCO.
- BARREDA, Javier
1994 *Los límites de la voluntad política. La estatización del sistema financiero en 1987*. Tesis para optar el título de Licenciado en Sociología. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Ciencias Sociales. Agosto.
- BENEDICTO, Jorge, y Fernando REINARES, eds.
1992 *Las transformaciones de lo político*. Madrid, Alianza ed.
- BONILLA, Heraclio, y Paul DRAKE, eds.
1989 *El APRA de la ideología a la praxis*. Lima, Centro Latinoamericano de Historia Social, Center for Iberian and Latin American Studies, y Editorial y Productora Gráfica "Nuevo Mundo".
- BURKI, Shahid Javed, y Sebastián EDWARDS
1996 *Dismantling the populist state. The unfinished revolution in Latin America and the Caribbean*. Washington D.C., The World Bank.
- CAMERON, Maxwell
1994 *Democracy and authoritarianism in Peru. Political coalitions and social change*. New York, St. Martin's Press.
1996 "The Fujimori autogolpe and uncivil democracy in Peru". Mimeo.
- CARRIÓN, Julio
1992 "Presidential popularity in Peru, 1980-1990". Paper delivered at the XVII International Congress, Latin American Studies Association, Los Angeles, California.
- CAVAROZZI, Marcelo
1996 *El capitalismo político tardío y su crisis en América Latina*. Rosario, Homo Sapiens Eds.

- CAVAROZZI, Marcelo, Joan NELSON y Miguel URRUTIA
 1994 "Economic and political transitions in Latin America: the interplay between democratization and market reforms". En: Nelson, ed., 1994.
- CONAGHAN, Catherine M.
 1995 "Polls, political discourse, and the public sphere: the spin on Peru's Fuji-golpe". En: Smith, Peter, ed.
 1996 "The irrelevant right: Alberto Fujimori and the new politics of pragmatic Peru". Prepared for conference on "Conservative parties, democratization, and neoliberalism in Latin America: Mexico in comparative perspective". Center for U.S. - Mexican Studies, University of California, San Diego, 31 de mayo - 1 de junio.
 1996a "Vida pública en los tiempos de Alberto Fujimori". En: Tuesta, Fernando, ed.
- CONAGHAN, Catherine, y James MALLOY
 1994 *Unsettling statecraft. Democracy and neoliberalism in the Central Andes*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- CONAGHAN, Catherine, James MALLOY y Luis ABUGATTÁS
 1990 "Business and the 'boys': the politics of neoliberalism in the Central Andes". En: *Latin American Research Review*, vol. XXV, n° 2.
- COTLER, Julio
 1994 "Crisis política, *outsiders* y autoritarismo plebiscitario: el fujimorismo". En: *Política y sociedad en el Perú: cambios y continuidades*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- CRABTREE, John
 1992 *Peru under García. An opportunity lost*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- DAESHNER, Jeff
 1993 *The war of the end of democracy. Mario Vargas Llosa versus Alberto Fujimori*. Lima, Peru Reporting.
- DALTON, Russell, y Manfred KUECHLER, comps.
 1992 *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político* (1990). Valencia, Edicions Alfons el Magnànim-IVEI.
- DORNBUSCH, Rudiger, y Sebastián EDWARDS (comps.)
 1992 *Macroeconomía del populismo en la América Latina* (1991). México, FCE.
- FOWKS, Jacqueline
 1996 *La prensa como actor político en la consolidación democrática en el Perú durante el primer gobierno de Fujimori (1990-1995)*. Tesis para obtener el título de Maestra en Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), julio.

- GONZALES DE OLARTE, Efraín, y Lilian SAMAMÉ
 1991 *El péndulo peruano. Políticas económicas, gobernabilidad y subdesarrollo, 1963-1990.* Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- GRAHAM, Carol
 1992 *Peru's APRA. Parties, politics, and the elusive quest for democracy.* Boulder, Lynne Rienner Publishers, Inc.
 1994 *Safety nets, politics, and the poor. Transitions to market economies.* Washington D.C., The Brookings Institution.
- HAGGARD, Stephan y Robert KAUFMAN
 1995 *The political economy of democratic transitions.* Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- HAGGARD, Stephan, y Steven WEBB
 1994 *Voting for reform. Democracy, political liberalization, and economic adjustment.* Oxford University Press.
- IGUÍÑIZ, Javier
 1992 "Comentarios al artículo de Ricardo Lago". En: Dornbusch y Edwards comps.
- KENNEY, Charles
 1996 "¿Por qué el autogolpe? Fujimori y el congreso, 1990-1992". En: Tuesta, Fernando, ed.
- KIRCHHEIMER, Otto
 1966 "The transformation of the Western European party systems". En: La Palombara, Joseph, y Myron Weiner, eds.: *Political parties and political development.* New Jersey, Princeton University Press.
- LINZ, Juan
 1987 *La quiebra de las democracias (1978).* Madrid, Alianza ed.
- LINZ, Juan, y Alfred STEPAN
 1996 "Toward consolidated democracies". En: *Journal of Democracy*, vol. 7, nº 2, abril.
 1996a *Problems of democratic transition and consolidation. Southern Europe, South America, and post-communist Europe.* Baltimore, John Hopkins University Press.
- LAGO, Ricardo
 1992 "La ilusión de una redistribución por medio de la política macroeconómica: la experiencia heterodoxa del Perú (1985-1990)". En: Dornbusch y Edwards, comps.
- MACPHERSON, C.B.
 1982 *La democracia liberal y su época (1976).* Madrid, Alianza Ed.
- MAINWARING, Scott, Guillermo O'DONNELL, y Samuel VALENZUELA, eds.
 1992 *Issues in democratic consolidation. The new south american democracies in comparative perspective.* Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press.

- MARSHALL, T.H.
1965 *Class, citizenship, and social development*. New York, Anchor Books.
- MAUCERI, Philip
1995 "State reform, coalitions, and the neoliberal autogolpe in Peru".
En: *Latin American Research Review*, vol. 30, nº 1.
1996 *State under siege. Development and policy making in Peru*. Boulder,
Colorado, Westview Press.
- McCLINTOCK, Cynthia
1989 "The prospects for democratic consolidation in a 'least likely' case:
Peru". En: *Comparative Politics*, vol. 21, nº 2, enero de 1989.
1996 "La voluntad política presidencial y la ruptura constitucional de
1992 en el Perú". En: Tuesta, Fernando, ed.
- NAÍM, Moisés
1994 "Latin America: the second stage of reform". En: *Journal of
Democracy*, vol. 5, nº 4, octubre.
- NELSON, Joan, ed.
1994 *A precarious balance. Democracy and economic reforms in Latin
America. Vol. II*. San Francisco, Institute for Contemporary
Studies.
- OCAMPO, Rigoberto, comp.
1992 *Teoría del neocorporativismo. Ensayos de Philippe C. Schmitter*.
Universidad de Guadalajara.
- O'DONNELL, Guillermo
1996 "Another institutionalization: Latin America and elsewhere".
Working Paper, Helen Kellog Institute, University of Notre
Dame.
1996a "Illusions about consolidation". En: *Journal of Democracy*, vol. 7, nº
2, abril.
1996b "Illusions and conceptual flaws". En: *Journal of Democracy*, vol. 7,
nº 4, octubre.
- OFFE, Claus
1984 "Competitive party democracy and the keynesian welfare state".
En: *Contradictions of the welfare state*. MIT Press.
- PÁSARA, Luis
1988 "La 'libanización' en democracia". En: Pásara y Parodi, eds.
- PÁSARA, Luis, ed.
1991 *La otra cara de la luna. Nuevos actores sociales en el Perú*. Buenos
Aires, CEDYS.
- PÁSARA, Luis, y Jorge PARODI, eds.
1988 *Democracia, sociedad y gobierno en el Perú*. Lima, CEDYS.
- PEASE, Henry
1994 *Los años de la langosta. La escena política del fujimorismo*. Lima, La
Voz eds.

- PIZZORNO, Alessandro
 1981 "Interests and parties in pluralism". En: Berger, Suzanne, ed: *Organizing interests in Western Europe. Pluralism, corporatism, and the transformation of politics*. Cambridge University Press.
- PRZEWORSKI, Adam
 1985 *Capitalismo y socialdemocracia*. Alianza ed.
 1986 *Paper stones: the history of electoral socialism*. Chicago, Chicago University Press.
 1992 "The games of transition". En: Mainwaring *et.al.*, eds.
- ROSPIGLIOSI, Fernando
 1996 *Las Fuerzas Armadas y el 5 de abril. La percepción de la amenaza subversiva como una motivación golpista*. Documento de Trabajo. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- SANBORN, Cynthia
 1989 "El APRA en un contexto de cambio, 1968-1988". En: Bonilla y Drake eds.
 1991 *The democratic left and the persistence of populism in Peru: 1975-1990*. Tesis doctoral, The Department of Government, Harvard University. Cambridge, Massachusetts, setiembre.
- SCHMIDT, Gregory
 1996 "Fujimori's 1990 upset victory in Peru: electoral rules, contingencies, and adaptative strategies". En: *Comparative Politics*, vol. 28, nº 3, abril.
 1996a "Comportamiento electoral estratégico. La fuerza oculta en el tsunami". En: Tuesta, Fernando, ed.
- SCHMITTER, Philippe
 1995 "Transitology: the science or the art of democratization?". En: Tulchin y Romero, eds.
- SMITH, Peter, ed.
 1995 *Latin America in comparative perspective. New approaches to methods and analysis*. Boulder, Westview Press.
- STOKES, Susan C.
 1996 "Accountability and policy switches in Latin America's Democracies". Mimeo.
 1996a "Reforma económica y opinión pública en el Perú, 1990-1995". En: Tuesta, Fernando, ed.
- TANAKA, Martín
 1995 "Hacia nuevas formas de relación entre sociedad y política en los noventa". En: *Ecuador Debate*, nº 36, diciembre. Quito, CAAP.
- TAPIA, Carlos
 1997 *Las Fuerzas Armadas y Sendero Luminoso. Dos estrategias y un final*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

- TOURAINÉ, Alain
1989 *América Latina. Política y Sociedad* (1988). Madrid, Espasa-Calpe.
- TSEBELIS, George
1990 *Nested games. Rational choice in comparative politics*. California, University of California Press.
- TUESTA, Fernando
1994 *Perú político en cifras. Elite política y elecciones*. Lima, Fundación Ebert, 2ª ed., 1994.
- TUESTA, Fernando, ed.
1996 *Los enigmas del poder, Fujimori 1990-1996*. Lima, Fundación Friedrich Ebert.
- TULCHIN, Joseph, y Bernice ROMERO
1995 *The consolidation of democracy in Latin America*. Woodrow Wilson Center. Boulder, Lynne Rienner Publishers.
- VARGAS LLOSA, Mario
1993 *El pez en el agua*. Bogotá, Seix Barral eds.
- WEYLAND, Kurt
1996 "Risk taking in Latin American economic restructuring: lessons from prospect theory". En: *International Studies Quarterly*, nº 40.
- WILLIAMSON, John, y Stephan HAGGARD
1994 "The political conditions for economic reform". En: Williamson, John, ed.
- WILLIAMSON, John, ed.
1994 *The political economy of policy reform*. Washington D.C., Institute for International Economics.
- WISE, Carol
1994 "The politics of peruvian economic reform: overcoming the legacies of state-led development". En: *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 36, nº 1, primavera.
- YOUNGERS, Coletta
1992 "Peru under scrutiny: human rights and U.S. drug policy". Washington D.C., WOLA.